

PROYECTO DE UNA PSICOLOGÍA PARA NEURÓLOGOS

1895

Tomo: I; Páginas: 211

Cita:

La finalidad de este proyecto es la de estructurar una psicología que sea una ciencia natural; es decir, representar los procesos psíquicos como estados cuantitativamente determinados de partículas materiales especificables, dando así a esos procesos un carácter concreto e inequívoco. El proyecto entraña dos ideas cardinales:

1. lo que distingue la actividad del reposo debe concebirse como una cantidad (Q) sometida a las leyes generales del movimiento;
2. como partículas materiales en cuestión deben admitirse las neuronas. N y Qh [neuronas y cantidad] [*]. Actualmente se emprenden muchos intentos de esta especie. (Cfr. Notas 76 y 77).

PROYECTO DE UNA PSICOLOGÍA PARA NEURÓLOGOS

1895

Tomo: I; Páginas: 212-213

Cita:

Esta concepción, se deriva directamente de observaciones clínicopatológicas, en particular de las relativas a las representaciones hiperintensas, tal como ocurren en la histeria y en la neurosis obsesiva, donde, como veremos más adelante, el carácter cuantitativo se destaca con mayor claridad que en condiciones normales. [Véase la segunda parte.] Procesos tales como los de estimulación, sustitución, conversión y descarga, que son observados y descritos en relación con dichos trastornos, inducen directamente a concebir la excitación neuronal como cantidades fluentes. Parecía lícito, pues, intentar una generalización de lo que en estos casos se había comprobado. Partiendo de esta concepción, se pudo establecer un principio básico de la actividad neuronal con referencia a la cantidad (Q), un principio que prometía ser muy ilustrativo, ya que parecía comprender la función [neuronal] en su totalidad. Me refiero al principio de la inercia neuronal según el que las neuronas tienden a descargarse de cantidad (Q). La estructura y el desarrollo de las neuronas, así como su función, deben ser concebidos sobre esta base.

El principio de inercia explica, en primer lugar, la división estructural de las neuronas en dos clases -motrices y sensitivas-, como un dispositivo destinado a contrarrestar la recepción de cantidad (Q) por medio de su descarga. El movimiento reflejo se comprende ahora como una forma establecida de efectuar tal descarga. El principio de inercia nos da el motivo del movimiento reflejo. Si desde este punto retrocedemos en nuestro examen, podemos vincular, en primer término, el sistema neuronal (como heredero de la irritabilidad general del protoplasma) con la superficie exterior irritable de la célula, segmentada por vastos sectores [de sustancia] no irritable. Un sistema neuronal primario emplea esa cantidad (Qh), así adquirida, [únicamente] para descargarla hacia los mecanismos musculares a través de las vías correspondientes, manteniéndose así libre de estímulos. Este proceso de descarga constituye la función primaria de los sistemas neuronales.

Es éste el punto en que puede desarrollarse una función secundaria, pues entre los diversos métodos de descarga son preferidos y conservados aquellos que entrañan un cese de la estimulación: fuga del estímulo. En general, se mantiene aquí una proporción entre la cantidad de excitación y el esfuerzo requerido para la fuga del estímulo, de modo que el principio de inercia no sea violado por ello.

PROYECTO DE UNA PSICOLOGÍA PARA NEURÓLOGOS

1895

Tomo: I; Páginas: 213

Cita:

Desde un comienzo, sin embargo, el principio de inercia es trasgredido por otra condición. A medida que aumenta la complejidad interna [del organismo], el sistema neuronal recibe estímulos de los propios elementos somáticos -estímulos endógenos-, que también necesitan ser descargados. Se originan en las células del organismo y dan lugar a las grandes necesidades [fisiológicas]: hambre, respiración, sexualidad. El organismo no puede sustraérseles, como lo hace frente a los estímulos exteriores, o sea que no puede emplear la cantidad (Q) que poseen para aplicarla a la fuga del estímulo. Aquellos estímulos cesan únicamente bajo determinadas condiciones que deben ser realizadas en el mundo exterior. (Piénsese, por ejemplo, en las necesidades nutricias). Para llevar a cabo tal acción [creadora de dichas condiciones]-una acción que bien merece ser calificada de «específica»- se requiere un esfuerzo que es independiente de las cantidades endógenas (Qh) y que, por lo general, es mayor [que ellas], ya que el individuo se encuentra sometido a condiciones que cabe designar como apremio de la vida [*]. Con ello, el sistema neuronal se ve obligado a abandonar su primitiva tendencia a la inercia; es decir, al nivel [de tensión] = 0. Debe aprender a tolerar la acumulación de cierta cantidad [Qh] suficiente para cumplir las demandas de la acción específica. En la forma en que lo hace se traduce, sin embargo, la persistencia de la misma tendencia, modificada en el sentido de mantener, por lo menos, la cantidad (Qh) en el menor nivel posible y de defenderse contra todo aumento de la misma; es decir, de mantener constante [su nivel de tensión]. Todas las funciones del sistema neuronal deben ser sometidas al concepto de la función primaria o al de la función secundaria, impuesta por el apremio de la vida.



PROYECTO DE UNA PSICOLOGÍA PARA NEURÓLOGOS

1895

Tomo: I; Páginas: 214

Cita:

La idea de combinar esta «teoría de la cantidad» (Qh) con la noción de la neurona, establecida por la histología moderna, constituye el segundo pilar de nuestra teoría. La esencia de esta nueva noción es la de que el sistema neuronal está formado por neuronas discretas, homólogas en su estructura, que contactan entre sí a través de una sustancia intermedia extraña, que terminan las unas en las otras como si lo hicieran sobre trozos de tejido extraño y en las cuales se hallan preestablecidas determinadas direcciones de conducción, ya que reciben estímulos a través de las prolongaciones celulares [dendritas] y los emiten por un cilindroeje [axón]. A ello se agregan sus exuberantes ramificaciones de diverso calibre.

Si se combina esta representación de las neuronas con la concepción de la teoría de la cantidad (Qh), se llega a la noción de una neurona (N) catectizada, llena de determinada cantidad (Qh), aunque en otras ocasiones puede estar vacía. El principio de inercia halla expresión en la hipótesis de una corriente dirigida desde las prolongaciones celulares [dendritas] hacia el cilindroeje [axón]. Cada neurona aislada es así un modelo del sistema neuronal en su totalidad, con su división en dos partes, siendo entonces el cilindroeje su órgano de descarga. En cuanto a la función secundaria, que requiere una acumulación de cantidad (Qh) se concibe admitiendo que existen resistencias opuestas a la descarga; la estructura misma de la neurona induce a localizar todas esas resistencias en los contactos [entre las neuronas], que de tal modo funcionarían como barreras. La admisión de estas barreras de contacto es fructífera en múltiples sentidos.

PROYECTO DE UNA PSICOLOGÍA PARA NEURÓLOGOS**1895**

Tomo: I; Páginas: 214-215

Cita:

Además, la teoría de las barreras de contacto tiene las siguientes ventajas. Una de las características principales del tejido nervioso es la memoria, es decir, en términos muy generales, la capacidad de ser permanentemente modificado por procesos únicos, característica que contrasta tan notablemente con la conducta de una materia que deja pasar un movimiento ondulatorio, para retornar luego a su estado previo. Toda teoría psicológica digna de alguna consideración habrá de ofrecer una explicación de la «memoria». Ahora bien: cualquier explicación de esta clase tropieza con la dificultad de admitir, por un lado, que una vez transcurrida la excitación, las neuronas queden permanentemente modificadas con respecto a su estado anterior, mientras que, por otra parte, no es posible negar que las nuevas excitaciones inciden, en términos generales, sobre las mismas condiciones de recepción que hallaron las excitaciones anteriores. Así, las neuronas habrían de estar al mismo tiempo modificadas e inalteradas o, dicho de otro modo, «indiferentes». No es dable imaginar de primera intención un aparato capaz de tan complejo funcionamiento. La salida radica, pues, en adjudicar a una clase de neuronas la capacidad de ser permanentemente influidas por la excitación, mientras que la inmutabilidad, o sea, la característica de estar vírgenes ante toda nueva excitación, correspondería a otra clase de neuronas. Así surgió la distinción corriente entre «células perceptivas» y «células mnemónicas», una distinción que no concuerda, empero, con ningún contexto y que nada puede invocar en su favor.

La teoría de las barreras de contacto [*] adopta esta salida formulándola en los siguientes términos. Existen dos clases de neuronas: primero, aquellas que dejan pasar cantidad (Qh) como si no poseyeran barreras de contacto, o sea, que después de cada pasaje de una excitación quedan en el mismo estado que antes; segundo, aquellas en las cuales se hacen sentir las barreras de contacto; de modo que sólo difícil o parcialmente dejan pasar cantidad (Qh) a través de ellas. Las neuronas de esta segunda clase pueden quedar, después de cada excitación, en un estado distinto al anterior, o sea, que ofrecen una posibilidad de representar la memoria [*].

Así, pues, existen neuronas permeables (que no ofrecen resistencia y que nada retienen), destinadas a la percepción, y neuronas impermeables (dotadas de resistencia y tentativas de cantidad [Qh]), que son portadoras de la memoria, y con ello, probablemente, también de los procesos psíquicos en general. Por consiguiente, desde ahora llamaré al primer sistema de neuronas «j», y al segundo, «y».

PROYECTO DE UNA PSICOLOGÍA PARA NEURÓLOGOS**1895**

Tomo: I; Páginas: 215-216

Cita:

A esta altura conviene aclarar qué presunciones acerca de las neuronas y son imprescindibles si pretendemos abarcar con ellas las características más generales de la memoria. La argumentación es la siguiente: Dichas neuronas son permanentemente modificadas por el pasaje de una excitación (o bien, aplicando la teoría de las barreras de contacto: sus barreras de contacto quedan en un estado permanentemente alterado). Ahora bien: como la experiencia psicológica nos enseña que existe algo así como un «sobreaprendizaje», basado en la memoria, esa alteración debe consistir en que las barreras de contacto se tornen más aptas para la conducción -menos impermeables -, o sea, más semejantes a las del sistema j. Designaremos este estado de las barreras de contacto como «grado de facilitación» [Bahnung]. En tal caso, podremos afirmar que la memoria está representada por las facilitaciones existentes entre las neuronas y.

PROYECTO DE UNA PSICOLOGÍA PARA NEURÓLOGOS**1895**

Tomo: I; Páginas: 216

Cita:

Ahora bien: ¿de qué depende la facilitación en las neuronas y? De acuerdo con la experiencia psicológica, la memoria (es decir, la fuerza persistente de una vivencia) depende de un factor que es dable describir como «magnitud» de la impresión, así como de la frecuencia con que una misma impresión se repite. O bien, en los términos de nuestra teoría: la facilitación depende de la cantidad (Qh) que pasa a través de una neurona en el proceso excitativo y del número de veces que este proceso se repite. Adviértese así que la cantidad (Qh) es el factor efectivo, que cantidad y facilitación son el resultado de la cantidad (Qh) y, al mismo tiempo, lo que puede sustituir la cantidad.

PROYECTO DE UNA PSICOLOGÍA PARA NEURÓLOGOS**1895**

Tomo: I; Páginas: 216

Cita:

Estas consideraciones nos llevan a recordar, casi involuntariamente, que la tendencia primaria de los sistemas neuronales, una tendencia sostenida a través de todas las modificaciones, es la de evitar ser cargados con cantidad (Qh) o la de disminuir en lo posible esta carga. Bajo la presión del apremio de la vida, empero, el sistema neuronal se ha visto obligado a conservar una reserva de cantidad (Qh). Con este fin ha tenido que aumentar el número de sus neuronas, y los elementos agregados han debido ser impermeables. Pero ahora evita, por lo menos en parte, la repleción con cantidad (Qh) - es decir, evita la catexis -, por medio del establecimiento de facilitaciones. Adviértase, pues, que las facilitaciones sirven a la función primaria.

PROYECTO DE UNA PSICOLOGÍA PARA NEURÓLOGOS**1895**

Tomo: I; Páginas: 216

Cita:

La necesidad de localizar la memoria en la teoría de las barreras de contacto exige aún algo más: es preciso que a cada neurona y le correspondan, en general, varias vías de conexión con otras neuronas; es decir, varias barreras de contacto. De ello depende, en efecto, la posibilidad de la selección [de vías por la excitación. I.], que a su vez es determinada por la facilitación. Siendo esto así, es evidente que el estado de facilitación de cada barrera de contacto debe ser independiente del de todas las demás barreras de una misma neurona y, pues de otro modo no subsistiría, una vez más, ninguna preferencia [entre las vías]; es decir, ninguna motivación. De esto puede derivarse una inferencia negativa acerca de la índole del estado facilitado. Si se imagina una neurona llena de cantidad (Qh) -es decir, catectizada -, sólo cabe concebir que esta cantidad (Qh) esté uniformemente distribuida por todas las regiones de la neurona, o sea, también por todas sus barreras de contacto. En cambio, nada obsta para que nos imaginemos que en el caso de una cantidad (Qh) fluente ésta siga sólo una vía particular a través de la neurona, de modo que sólo una de sus barreras de contacto quede sometida a la acción de la cantidad (Qh) fluente y conserve luego la facilitación que ésta le proporciona. Por tanto, la facilitación no puede fundarse en una catexis retenida, pues ello no daría lugar a diferencias de facilitación en las barreras de contacto de una misma neurona.

PROYECTO DE UNA PSICOLOGÍA PARA NEURÓLOGOS**1895**

Tomo: I; Páginas: 218

Cita:

Recordemos ahora que el sistema neuronal tuvo, desde un principio, dos funciones: recibir estímulos del exterior y descargar las excitaciones de origen endógeno. Se recordará también que fue precisamente de esta última función de donde surgió la necesidad de un mayor desarrollo biológico, bajo la presión del apremio vital. Podríase suponer ahora que nuestros dos sistemas j y y, habrían sido los que asumieron respectivamente cada una de esas funciones primarias. El sistema j sería entonces aquel grupo de neuronas que recibe los estímulos exteriores, mientras que el sistema y contendría las neuronas que reciben las excitaciones endógenas. En tal caso no habríamos inventado j y y, sino que simplemente los habríamos descubierto, restando sólo el problema de identificarlos con los elementos ya conocidos. Efectivamente, la anatomía nos enseña que existe un sistema de neuronas (la sustancia gris medular) que se encuentra exclusivamente en contacto con el mundo exterior y otro sistema superpuesto (la sustancia gris del cerebro) que no posee contactos periféricos directos, pero que es el substrato del desarrollo del sistema neuronal y de las funciones psíquicas. El cerebro primitivo concuerda bastante bien con nuestra caracterización del sistema y, siempre que podamos admitir que el cerebro tiene vías de conexión directa e independientes de j con el interior del cuerpo. Ahora bien: los anatómicos desconocen el origen y el significado biológico original del cerebro primitivo; de acuerdo con nuestra teoría, tendría que haber sido nada menos que un ganglio simpático. He aquí la primera posibilidad de ensayar nuestra teoría, cotejándola con un material fáctico.

PROYECTO DE UNA PSICOLOGÍA PARA NEURÓLOGOS**1895**

Tomo: I; Páginas: 218-219

Cita:

Otra salida de esta dificultad, empero, parece más fructífera y menos ambiciosa. Recordemos que aun las barreras de contacto de y quedan sometidas, en última instancia, a la facilitación, y que es precisamente la cantidad (Qh) la que las facilita. Cuanto mayor sea la cantidad (Qh) que interviene en el curso de la excitación, tanto mayor será la facilitación, pero ésta entraña una aproximación a las características de las neuronas j. Así, pues, atribuyamos la diferencia no a las neuronas, sino a las cantidades con que ellas se ven enfrentadas, y entonces tendremos buenas razones para presumir que por las neuronas j transcurren cantidades frente a las cuales la resistencia de las barreras de contacto es insignificante, mientras que a las neuronas y sólo llegan cantidades del mismo orden de magnitud que esa resistencia. De ser así, una neurona j se tornaría impermeable y una neurona y permeable, siempre que pudiésemos intercambiar su localización y sus conexiones; pero retienen sus características distintivas simplemente porque las neuronas j sólo están conectadas con la periferia y las neuronas y sólo con el interior del cuerpo. De tal modo, una distinción de esencia queda reemplazada por una distinción del medio al que [las neuronas] están destinadas.

PROYECTO DE UNA PSICOLOGÍA PARA NEURÓLOGOS**1895**

Tomo: I; Páginas: 220

Cita:

A falta de pruebas al respecto, son tanto más interesantes ciertas perspectivas y concepciones que arrancan de dicha hipótesis. Ante todo, si realmente nos hemos formado una impresión correcta de la magnitud de las cantidades (Q) en el mundo exterior, podemos preguntarnos si la tendencia fundamental del sistema neuronal, o sea, la de mantener su cantidad (Q) reducida a cero, es suficientemente realizada mediante la rapidez de descarga, o si no actúa ya en el proceso de la recepción misma de estímulos. Comprobamos, en efecto, que las neuronas *j* no terminan libremente en la periferia, sino a través de formaciones celulares, siendo éstas y no dichas neuronas las que reciben los estímulos exógenos. Estos «aparatos teloneuronales» [*] -en el sentido más amplio del término - bien podrían tener la finalidad de impedir que las cantidades exógenas (Q) incidan con toda su intensidad sobre *j*, sino que sean previamente atenuadas. En tal caso cumplirían la función de «pantallas de cantidad» (Q), que sólo dejarían pasar fracciones de las cantidades exógenas (Q).

Con ello concordaría el hecho de que el otro tipo de terminaciones nerviosas -el de las terminaciones libres, sin órgano teloneuronal - sea, con mucho, el más común en la periferia interna del cuerpo. Allí parecen ser innecesarias las pantallas de cantidad (Q), probablemente porque las cantidades (Q_h) que allí son recibidas no necesitan ser reducidas al nivel intercelular, dado que de por sí ya se hallan en ese nivel.

PROYECTO DE UNA PSICOLOGÍA PARA NEURÓLOGOS**1895**

Tomo: I; Páginas: 220

Cita:

Además, aquí asoma una tendencia que bien podría determinar el hecho de que el sistema neuronal esté formado por varios sistemas: una tendencia cada vez más amplia a mantener la cantidad (Qh) apartada de las neuronas. Así, la estructura del sistema neuronal serviría al propósito de apartar la cantidad (Qh) de las neuronas, mientras que su función serviría al propósito de descargar dicha cantidad.

PROYECTO DE UNA PSICOLOGÍA PARA NEURÓLOGOS

1895

Tomo: I; Páginas: 220-221

Cita:

Todos los dispositivos de índole biológica tienen un límite de eficiencia, más allá del cual fracasan. Esta falla se traduce por fenómenos rayanos en lo patológico y que, en cierto modo, constituyen los prototipos normales de las manifestaciones patológicas. Hemos visto que el sistema neuronal está instalado de tal manera que las grandes cantidades exteriores (Q) quedan apartada de j y aún más de y. Esta finalidad es cumplida por las pantallas teloneuronales y por el hecho de que y se halla sólo indirectamente conectado con el mundo exterior ¿Existe algún fenómeno que pueda ser interpretado como el equivalente del fracaso de estos dispositivos? Tal fenómeno es, según creo, el dolor.

Cuanto sabemos del dolor concuerda con este concepto. El sistema neuronal tiene la más decidida tendencia a la fuga del dolor. Vemos en ella una manifestación de su tendencia primaria a evitar todo aumento de su tensión cuantitativa (Qh) y podemos concluir que el dolor consiste en la irrupción de grandes cantidades (Q) hacia y. De esta manera ambas tendencias quedan reducidas a una y la misma.

El dolor pone en función el sistema j tanto como el sistema y; ningún obstáculo puede oponerse a su conducción; es el más imperativo de todos los procesos. Las neuronas y parecen ser, pues, permeables al mismo, de modo que el dolor debe consistir en la acción de cantidades (Q) de un orden relativamente elevado.

La causa desencadenante del dolor puede consistir, por un lado, en un aumento de cantidad: toda excitación sensible (aun las de los órganos sensoriales más elevados) tiende a convertirse en dolor a medida que aumenta el estímulo, cosa que cabe interpretar sin lugar a dudas como una falla [del mecanismo, (Nota del T.)]. Por otra parte, puede ocurrir dolor en presencia de pequeñas cantidades exteriores, caso en el cual aparece siempre vinculado con una solución de continuidad; es decir, una cantidad exterior (Q) que actúa directamente sobre las terminaciones de las neuronas j sin mediación de los «aparatos teloneuronales», origina dolor. Con ello el dolor queda caracterizado como la irrupción de cantidades (Q) excesivas hacia j y y; es decir, de cantidades (Q) que son de un orden de magnitud aún mayor que el de los estímulos j.

PROYECTO DE UNA PSICOLOGÍA PARA NEURÓLOGOS**1895**

Tomo: I; Páginas: 222

Cita:

En tal caso, sin embargo, el contenido de la consciencia habrá de ser situado en la serie de nuestros procesos y cuantitativos. La consciencia nos suministra ese algo que se ha dado en llamar cualidades, o sea, sensaciones que en una amplia gama de variedades son distintas y cuya alteridad es discernida en función de las relaciones con el mundo exterior [*]. En esta alteridad aparecen series, similitudes, etc., pero en realidad no hay en ella nada cuantitativo. Cabría preguntarse cómo se originan las cualidades y dónde se originan; pero son éstas cuestiones que requieren la más detenida investigación y que sólo podremos abordar aquí con carácter aproximado.

PROYECTO DE UNA PSICOLOGÍA PARA NEURÓLOGOS

1895

Tomo: I; Páginas: 222

Cita:

¿Dónde se originan las cualidades? No, por cierto, en el mundo exterior, pues de acuerdo con nuestra concepción científico -natural, a la que aquí pretendemos someter también la psicología, en el mundo exterior sólo existen masas en movimiento y nada más. ¿Acaso se originan en el sistema j? Esto estaría de acuerdo con el hecho de que las cualidades aparezcan vinculadas a la percepción, pero lo contradicen todos los datos que, con justa razón, hablan en favor de la localización de la consciencia en los niveles más altos del sistema neuronas ¿Se originan entonces en el sistema y? Contra ello cabe aducir una importante objeción. Los sistemas j y y actúan conjuntamente en la percepción; pero existe un proceso psíquico que evidentemente tiene lugar tan sólo en y; me refiero a la reproducción, al recuerdo; mas precisamente este proceso se halla, en términos generales, desprovisto de cualidad. Normalmente el recuerdo no produce nada que posea el carácter peculiar de la cualidad perceptiva. De tal modo cobramos ánimo suficiente para admitir que podría existir un tercer sistema de neuronas -«neuronas perceptivas» podría llamárselas -, que serían excitadas juntamente con las otras en el curso de la percepción, pero no en el de la reproducción, y cuyos estados de excitación darían lugar a las distintas cualidades, o sea, que serían las sensaciones conscientes.

PROYECTO DE UNA PSICOLOGÍA PARA NEURÓLOGOS**1895**

Tomo: I; Páginas: 222-223

Cita:

Si nos adherimos firmemente a la noción de que nuestra consciencia sólo suministra cualidades, mientras que las ciencias naturales únicamente reconocen cantidades, se desprende, como si fuera por regla de tres, una característica de las neuronas perceptivas. En efecto, mientras la ciencia se ha impuesto como objeto el reducir todas nuestras cualidades perceptivas a cantidad exterior, cabe presumir que la estructura del sistema neuronal consiste en dispositivos destinados convertir la cantidad exterior en cualidad, con lo que se impondría una vez más la tendencia primaria al apartamiento de toda cantidad. Vimos que los aparatos teloneuronales constituyen una pantalla destinada a permitir que sólo fracciones de la cantidad exterior lleguen a actuar sobre j , mientras que, al mismo tiempo, j efectúa la descarga gruesa de cantidad. De tal modo, el sistema y ya quedaría protegido de las cantidades de orden mayor y sólo se vería enfrentado con las de magnitud intercelular. Prosiguiendo este razonamiento cabe presumir que el [sistema W^*] sea movido solamente por cantidades aún más reducidas. Podría ser que el carácter cualitativo (es decir, la sensación consciente) sólo aparezca cuando las cantidades han quedado excluidas en la medida de lo posible. Claro está que no es posible eliminarlas por completo, pues también esas neuronas perceptivas deben ser concebidas como catectizadas con cantidad (Qh) y tendientes a lograr su descarga.

PROYECTO DE UNA PSICOLOGÍA PARA NEURÓLOGOS

1895

Tomo: I; Páginas: 223

Cita:

Con esto no encontramos, empero, frente a una dificultad que parecería insuperable. Hemos visto que la permeabilidad depende del efecto producido por la cantidad (Qh) y que las neuronas ya son de por sí impermeables. Pero como las cantidades (Qh) intervinientes son aún más pequeñas, las neuronas perceptivas habrán de ser todavía más impermeables. Es inadmisibles, sin embargo, atribuir tal característica a las neuronas portadoras de la consciencia, pues la rápida mutabilidad de su contenido, el carácter fugaz de la consciencia, la fácil y rápida combinación de cualidades simultáneamente percibidas, todo esto sólo es compatible con una permeabilidad total de las neuronas perceptivas y con su completa restitutio in integrum [*]. Las neuronas perceptivas se conducen como verdaderos órganos de percepción y en ellas no encontramos ningún dato para localizar la memoria. Hemos aquí, pues, ante una permeabilidad, una completa facilitación, que no proceden de cantidades. ¿De dónde proceden entonces?

Sólo veo una salida: revisar nuestra hipótesis básica sobre el curso de cantidad (Qh). Hasta ahora sólo pude concebirlo como una transferencia de cantidad (Qh) de una neurona a otra, pero debe poseer otra característica más -una característica de índole temporal -, pues también la mecánica de los físicos le concede este atributo temporal aun a los movimientos de masas en el mundo exterior. Designaré esta característica simplemente como «el período» y admitiré entonces que la resistencia de las barreras de contacto rige sólo para la transferencia de cantidad (Q), pero que el período del movimiento neuronal se propaga a todas partes sin inhibición alguna, como si fuera por un proceso de inducción.

Mucho queda por hacer aquí en cuanto a la aclaración de los aspectos físicos pues las leyes generales del movimiento también deben regir aquí sin contradicciones. Mi hipótesis, empero, va aún más allá, admitiendo que las neuronas perceptivas serían incapaces de recibir cantidades (Qh), pero que en cambio asumen el período de la excitación, y que esta condición suya de ser afectada por un período, mientras admiten sólo una mínima carga de cantidad (Qh), constituye el fundamento de la consciencia. También las neuronas tienen, naturalmente, su período, mas éste se halla desprovisto de cualidad o, mejor dicho, es monótono [*]. Las desviaciones de este período psíquico específico llegan a la consciencia en forma de cualidades.

PROYECTO DE UNA PSICOLOGÍA PARA NEURÓLOGOS**1895**

Tomo: I; Páginas: 223-224

Cita:

Las desviaciones de este período psíquico específico llegan a la consciencia en forma de cualidades.

¿Dónde se originan estas diferencias del período? Todo parecería indicar los órganos de los sentidos, cuyas cualidades pretendemos representar por diferencias de período del movimiento neuronal. Los órganos de los sentidos no sólo actúan como pantallas de cantidad (Q) -como todos los demás aparatos teloneuronales-, sino también como cribas, pues sólo dejan pasar estímulos procedentes de ciertos procesos con períodos determinados. Es probable que transfieran luego estas diferencias a j, comunicando al movimiento neuronal cualquier período cuya diferencia [cuya característica diferencial. (Nota del T.)] sea en algún modo análoga [a la de los procesos del mundo exterior. (Nota del T.)] o sea, energía específica -, y son estas modificaciones las que pasan de j a través de y hacia W, para engendrar allí, donde están casi desprovistas de cantidad, sensaciones conscientes de cualidad [*]. Esta transmisión de cualidad no es durable, no deja tras de sí rastro alguno y no puede ser reproducida.

PROYECTO DE UNA PSICOLOGÍA PARA NEURÓLOGOS**1895**

Tomo: I; Páginas: 224

Cita:

Naturalmente, es imposible tratar de explicar por qué los procesos excitativos de las neuronas perceptivas (wN) [*] traen aparejada la consciencia. Para nosotros sólo se trata de hallar en las neuronas perceptivas (wN) procesos que coincidan con las características de la consciencia conocidas por nosotros y cuyas variaciones sean paralelas a las de ellas. Ya veremos que no es difícil lograrlo, aun en sus detalles.

PROYECTO DE UNA PSICOLOGÍA PARA NEURÓLOGOS**1895**

Tomo: I; Páginas: 224

Cita:

Antes, sin embargo, digamos algunas palabras sobre la relación de esta teoría de la consciencia con otras teorías. De acuerdo con una teoría mecanicista moderna, la consciencia no sería más que un mero apéndice agregado a los procesos fisiológicos -psíquicos, un apéndice cuya ausencia nada modificaría en el curso del suceder psíquico. De acuerdo con otra teoría, la consciencia sería la faz subjetiva de todo suceder psíquico, o sea, que sería inseparable de los procesos fisiológico -anímicos. La teoría que aquí desarrollo se encuentra entre estas dos. La consciencia es aquí la faz subjetiva de una parte de los procesos físicos [que se desarrollan] en el sistema neuronal -a saber, de los procesos perceptivos (procesos w) -, y su ausencia no dejaría inalterado el suceder psíquico, sino que entrañaría la ausencia de toda contribución del sistema W (w).

PROYECTO DE UNA PSICOLOGÍA PARA NEURÓLOGOS**1895**

Tomo: I; Páginas: 225

Cita:

Hasta ahora, empero, sólo pudimos describir muy parcialmente el contenido de la consciencia, pues además de las series de cualidades sensoriales encontramos en ella otra serie muy distinta: la de las sensaciones de placer y displacer, que ahora habremos de interpretar. Dado que hemos establecido con certeza una tendencia de la vida psíquica hacia la evitación del displacer, estaríamos tentados de identificarla con la tendencia primaria de la inercia. En tal caso el displacer coincidiría con un aumento del nivel cuantitativo (Qh) o con un aumento cuantitativo de la presión: equivaldría a la percepción sensación cuando se produce un aumento de cantidad (Qh) en y. El Placer sería la [correspondiente] sensación de descarga. Dado que se supone que el sistema W debe ser llenado desde y, se desprende que la catexis aumentaría en W al elevarse el nivel en y y disminuiría al caer éste. Placer y displacer serían entonces las sensaciones correspondientes a la propia catexis de W, a su propio nivel, funcionando W y y, en cierto modo, como vasos comunicantes. De idéntica manera también llegarían a la consciencia los procesos cuantitativos en y, o sea, una vez más, como cualidades [véase el parágrafo 7].

Las sensaciones de placer y de displacer entrañan la pérdida de la capacidad de percibir las cualidades sensoriales, que están localizadas, por así decirlo, en la zona indiferente entre placer y displacer [*]. Esto podría traducirse así: las neuronas perceptivas (wN) exhiben una capacidad óptima para admitir el período del movimiento neuronal cuando tienen una catexis determinada, mientras que al elevarse ésta surge el displacer, y al debilitarse, el placer, hasta que la capacidad receptiva se extingue por completo cuando falta toda catexis. Sería preciso concebir la forma de movimiento [en cuestión] que corresponda a estos datos.

PROYECTO DE UNA PSICOLOGÍA PARA NEURÓLOGOS**1895**

Tomo: I; Páginas: 225

Cita:

Podemos formarnos ahora la siguiente concepción sobre el funcionamiento del aparato constituido por j y w.

Desde el exterior inciden magnitudes de excitación sobre las terminaciones del sistema j, topándose primero con los aparatos teloneuronales, que los fragmentan en fracciones cuyo orden de magnitud probablemente sea superior al de los estímulos intercelulares (¿o quizá aun del mismo orden?). Aquí nos encontramos con un primer umbral: por debajo de determinada cantidad no puede constituirse ninguna fracción eficaz, de modo que la efectividad de los estímulos está limitada en cierto modo a las cantidades de magnitud mediana. Al mismo tiempo, la naturaleza de las envolturas nerviosas actúa como una criba, de manera que en las distintas terminaciones nerviosas no todos los tipos de estímulos pueden ser efectivos. Los estímulos que realmente llegan a las neuronas j poseen una cantidad y una característica cualitativa [*]; en el mundo exterior forman una serie de la misma cualidad [que los estímulos] y de creciente [magnitud de] cantidad, desde el umbral hasta el límite del dolor.

PROYECTO DE UNA PSICOLOGÍA PARA NEURÓLOGOS**1895**

Tomo: I; Páginas: 225-227

Cita:

De esta manera, y es catectizada desde j con cantidades (Q) que normalmente son pequeñas. Mientras la cantidad de la excitación j se expresa en y por la complejidad, su cualidad se expresa por la topografía, dado que, de acuerdo con las relaciones anatómicas, los distintos órganos sensoriales sólo se comunican a través de j con determinadas neuronas y. Pero y también recibe catexis del interior del cuerpo, de modo que sería admisible dividir las neuronas y en dos grupos: las neuronas del pallium, que son catectizadas desde j, y las neuronas nucleares, que son catectizadas desde las vías endógenas de conducción.

PROYECTO DE UNA PSICOLOGÍA PARA NEURÓLOGOS**1895**

Tomo: I; Páginas: 227-228

Cita:

La porción nuclear de y está conectada con aquellas vías por las cuales ascienden las cantidades endógenas $[Q]$ de excitación. Sin excluir la posibilidad de que estas vías estén conectadas con j , debemos seguir sustentando nuestra presunción original de que hay una vía directa que lleva del interior del cuerpo a las neuronas y . Esto implica, empero, que y se halla expuesto sin protección alguna a las cantidades (Q) procedentes de esa dirección, y en este hecho [como veremos en la página siguiente] radica precisamente el impulso motor del mecanismo psíquico.

PROYECTO DE UNA PSICOLOGÍA PARA NEURÓLOGOS

1895

Tomo: I; Páginas: 228

Cita:

Cuanto sabemos acerca de los estímulos endógenos puede expresarse en la hipótesis de que son de índole intercelular, que se generan en forma continua y que sólo periódicamente se convierten en estímulos psíquicos. La idea de su acumulación es inevitable y la intermitencia de su efecto psíquico conmina a admitir que en el curso de su conducción tropiezan con resistencias superables únicamente al aumentar la cantidad [de excitación]. Las vías de conducción se encuentran, pues, articuladas en serie, con varias barreras de contacto intercaladas hasta llegar al núcleo y. Por encima de determinada cantidad [Q], empero, los estímulos endógenos actúan en forma continua, y todo aumento de la cantidad (Q) es percibido como un aumento del estímulo y. Esto implica entonces un estado en el cual la [vía de] conducción se ha tornado permeable. La experiencia demuestra, además, que una vez descargado el estímulo y, la [vía de] conducción vuelve a recuperar su resistencia.

Un proceso de esta especie se denomina sumación. Las vías de conducción y se llenan por sumación hasta que se tornan permeables. Evidentemente, lo que permite que ocurra la sumación es la pequeñez del estímulo individual. También se ha comprobado la sumación en las vías de conducción j -por ejemplo, en la conducción del dolor-, pero en este caso sólo interviene en presencia de pequeñas cantidades. El reducido papel que desempeña la sumación en el sector j hablaría en favor de que allí actúan, efectivamente, cantidades de magnitud más considerable. Las cantidades muy pequeñas parecen ser retenidas por la acción liminal de los aparatos teloneuronales, mientras que, no existiendo éstos en el sector y, sólo actúan pequeñas cantidades [Qh].

PROYECTO DE UNA PSICOLOGÍA PARA NEURÓLOGOS

1895

Tomo: I; Páginas: 228-229

Cita:

Es digno de mención que las neuronas de conducción y puedan allí mantenerse alternando entre las características de la permeabilidad y de la impermeabilidad, gracias a que recuperan casi por completo su resistencia a pesar del pasaje de cantidad (Qh). Esta propiedad es absolutamente contradictoria con aquella otra que hemos atribuido a las neuronas y, o sea, la de quedar permanentemente facilitadas por el pasaje de cantidad (Qh) [parágrafo 3]. ¿Cómo explicar esta contradicción? Admitiendo que el restablecimiento de la resistencia al cesar el pasaje de una corriente es un atributo general de las barreras de contacto. No existe entonces dificultad alguna en conciliar esto con el hecho de que las neuronas y son influidas [por el pasaje de cantidad] en el sentido de la facilitación. Para ello sólo necesitamos suponer que la facilitación restante después del pasaje de cantidad [Q] no consiste en la abolición de toda resistencia, sino en su reducción a un imprescindible mínimo permanente. Durante el pasaje de cantidad (Q) la resistencia está suspendida, pero luego se restablece, aunque sólo hasta un nivel particular, dependiente de la cantidad (Q) transcurrida, de modo que la vez siguiente podrá pasar una cantidad menor (Q), y así sucesivamente. Una vez establecida la facilitación más completa, subsistirá todavía cierta resistencia, igual para todas las barreras de contacto, que también exigirá, pues el acrecentamiento de las cantidades (Q) hasta un umbral determinado, a fin de que éstas puedan pasar. Tal resistencia sería una constante. Por consiguiente, el hecho de que las cantidades endógenas (Qh) actúen por sumación no significa otra cosa sino que estas cantidades están compuestas por magnitudes de excitación muy pequeñas y menores que la constante. De ahí, pues, que las vías endógenas de conducción se hallen totalmente facilitadas.

De esto se desprende, sin embargo, que las barreras de contacto y son, en general, más altas que las barreras de las vías [endógenas] de conducción, de modo que en las neuronas nucleares puede producirse una nueva acumulación de cantidad (Qh). Desde el momento en que la vía de conducción alcanza su nivel de saturación, dicha acumulación no tiene límite alguno. Aquí, y se encuentra a merced de la cantidad (Q), y de tal modo surge en el interior del sistema el impulso que sustenta toda actividad psíquica. Conocemos esta fuerza en la forma de la voluntad, el derivado de los instintos.

PROYECTO DE UNA PSICOLOGÍA PARA NEURÓLOGOS

1895

Tomo: I; Páginas: 229

Cita:

La repleción de las neuronas nucleares en y tendrá por resultado una tendencia a la descarga, una urgencia que se libera hacia la vertiente de la motilidad. De acuerdo con la experiencia, la primera vía que es recorrida en tal proceso es la que conduce a la alteración interna (expresión de las emociones, grito, inervación vascular). Pero como demostramos inicialmente [parágrafo 1], ninguna descarga de esta especie puede agotar la tensión, pues a pesar de aquélla persiste la recepción de estímulos endógenos, que restablece la tensión y. En este caso la estimulación sólo puede ser abolida por medio de una intervención que suspenda transitoriamente el desprendimiento de cantidad (Qh) en el interior del cuerpo, y una intervención de esta índole requiere una alteración en el mundo exterior (aporte de alimento, aproximación del objeto sexual), que, siendo una acción específica, sólo puede ser alcanzada a través de determinadas vías. El organismo humano es, en un principio, incapaz de llevar a cabo esta acción específica, realizándola por medio de la asistencia ajena al llamar la atención de una persona experimentada sobre el estado en que se encuentra el niño, mediante la conducción de la descarga por la vía de la alteración interna [por ejemplo, mediante el llanto del niño 1.]. Esta vía de descarga adquiere así la importantísima función secundaria de la comprensión [comunicación con el prójimo. (Nota del T.)], y la indefensión original del ser humano conviértese así en la fuente primordial de todas las motivaciones morales.

PROYECTO DE UNA PSICOLOGÍA PARA NEURÓLOGOS**1895**

Tomo: I; Páginas: 229-230

Cita:

Una vez que el individuo asistente ha realizado para el inerte el trabajo de la acción específica en el mundo exterior, el segundo se encuentra en situación de cumplir sin dilación, por medio de dispositivos reflejos, la función que en el interior de su cuerpo es necesaria para eliminar el estímulo endógeno. La totalidad de este proceso representa entonces una vivencia de satisfacción, que tiene las más decisivas consecuencias para el desarrollo funcional del individuo. En efecto, tres cosas se producen en su sistema y: 1) Se efectúa una descarga permanente, poniendo fin con ello a la urgencia que generó displacer en W. 2) Se produce la catectización de una o de varias neuronas del pallium, que corresponde a la percepción de un objeto. 3) A otros puntos del pallium llegan las noticias de la descarga lograda mediante el desencadenamiento del movimiento reflejo que siguió a la acción específica. Entre estas catectisis [2) y 3)] y las neuronas nucleares [que fueron catectizadas a partir de fuentes endógenas durante el estado de urgencia. I.] establécese entonces una facilitación.

PROYECTO DE UNA PSICOLOGÍA PARA NEURÓLOGOS**1895**

Tomo: I; Páginas: 230

Cita:

En cuanto a la facilitación, se origina de una manera que nos ofrece una visión más profunda del desarrollo de y . Hasta ahora hemos visto que las neuronas y son influidas por las neuronas j y por las vías de conducción endógena, mientras que las distintas neuronas y están aisladas las unas de las otras por barreras de contacto con poderosas resistencias. Existe, sin embargo, una ley fundamental de asociación por simultaneidad, que actúa durante la actividad y pura (durante el recuerdo reproductivo) y que constituye la base de todas las conexiones entre las neuronas y . Comprobamos que la consciencia (es decir, la catexis cuantitativa) pasa de una neurona y (a) a otra (b), siempre que la (a) y (b) hayan sido, en algún momento, catectizadas simultáneamente desde j o desde alguna otra parte. En otros términos, la catectización simultánea a-b ha llevado a la facilitación de una barrera de contacto. De ello se desprende, expresándolo en los términos de nuestra teoría, que una cantidad $[Qh]$ pasa más fácilmente de una neurona a otra catectizada, que a una no catectizada.

Así, la catexis de la segunda neurona actúa de la misma manera que un aumento de catexis en la primera. En este caso, una vez más, la catexis se revela como algo que, con respecto al pasaje de cantidad $[Qh]$, es equivalente a la facilitación.

PROYECTO DE UNA PSICOLOGÍA PARA NEURÓLOGOS**1895**

Tomo: I; Páginas: 230-231

Cita:

Así, la vivencia de satisfacción conduce a una facilitación entre las dos imágenes mnemónicas [la del objeto deseado y la del movimiento reflejo. I.] y las neuronas nucleares que han sido catectizadas durante el estado de urgencia. (Es de suponer que en [el curso de] la descarga producida por la satisfacción, también las imágenes mnemónicas quedan vacías de cantidad [Qh].) Con el restablecimiento del estado de urgencia o de deseo, la catexis pasa también a los dos recuerdos, reactivándolos. Es probable que el primero en experimentar esta activación desiderativa sea la imagen mnemónica del objeto.

No tengo duda alguna acerca de que la activación desiderativa produce en primer término algo similar a una percepción, o sea, una alucinación. Si ésta lleva a la realización del acto reflejo, su consecuencia ineludible será la defraudación.

PROYECTO DE UNA PSICOLOGÍA PARA NEURÓLOGOS

1895

Tomo: I; Páginas: 231-232

Cita:

En condiciones normales, y está expuesto a cantidad (Qh) desde las vías endógenas de conducción, y en condiciones anormales (aunque todavía no patológicas, lo está en aquellos casos en que cantidades excesivas (Q) irrumpen a través de los dispositivos de pantalla en j, o sea, en el caso del dolor. El dolor produce en y: 1) un gran aumento del nivel [de cantidad], que es sentido como displacer por W: 2) una tendencia a la descarga, que puede estar modificada en determinados sentidos; 3) una facilitación entre esta tendencia a la descarga y una imagen mnemónica del objeto algógeno. Además, es indudable que el dolor posee una cualidad especial que se manifiesta paralelamente al displacer.

Si la imagen mnemónica del objeto (hostil) [es decir, algógeno] es recatectizada por un motivo cualquiera (por ejemplo, por nuevas percepciones), surge un estado que no es el del dolor, pero que guarda con él cierta semejanza. Este estado incluye el displacer y la tendencia a la descarga que corresponde a la vivencia de dolor. Dado que el displacer significa un aumento del nivel [de cantidad], surge la cuestión de origen de esta cantidad (Qh). En la vivencia del dolor propiamente dicha, era la cantidad exterior (Q) irrumplente la que elevaba el nivel en y. En su reproducción -en el afecto- la única cantidad (Qh) que se le agrega es la cantidad [Q] que catectiza el recuerdo, siendo evidente que ésta es de la misma índole que cualquier otra percepción y que no puede resultar, pues, en un aumento general de cantidad (Qh).

Nos vemos obligados a admitir así que la catectización de los recuerdos desencadena displacer en el interior del cuerpo, o sea, que hace surgir nuevas cantidades de displacer. El mecanismo de este desencadenamiento sólo cabe imaginarlo de la siguiente manera. Tal como existen neuronas motrices que en presencia de cierto grado de repleción conducen cantidades (Qh) hacia los músculos, descargándolas, deben existir también neuronas «secretoras» que al ser excitadas causan en el interior del cuerpo la generación de algo que actúa como estímulo sobre las vías endógenas de conducción hacia y, o sea, que influyen sobre la producción de cantidades endógenas (Qh) y, en consecuencia, no descargan cantidad (Qh), sino que la aportan por vías indirectas. A estas neuronas secretoras [*] las llamaremos «neuronas llave» [*]. Es evidente que sólo son excitadas a partir de cierto nivel en y. Merced a la vivencia dolorosa se establece una excelente facilitación entre la imagen mnemónica del objeto hostil y estas neuronas llave, en virtud de la cual se libera entonces displacer en el afecto.

Esta hipótesis tan desconcertantes pero indispensable, es confirmada en cierta manera por lo que ocurre en la liberación de impulsos sexuales. Al mismo tiempo se nos impone la presunción de que los estímulos endógenos estarían constituidos en ambos casos por productos químicos cuyo número y variedad bien puede ser considerable. Dado que la liberación de displacer puede ser extraordinariamente grande, aun frente a una minúscula catexis del recuerdo hostil, es dable concluir que el dolor deja tras de sí facilitaciones particularmente abundantes y extensas. Es en este conexo cómo llegamos a presumir que la facilitación depende totalmente de la [magnitud de la] cantidad [Qh] alcanzada, de modo que el efecto facilitante de $3Qh$ puede ser mucho mayor que el de $3 \times Qh$ [Qh repetida tres veces].

PROYECTO DE UNA PSICOLOGÍA PARA NEURÓLOGOS**1895**

Tomo: I; Páginas: 232

Cita:

Los residuos de los dos tipos de vivencias [de satisfacción y de dolor] que acabamos de considerar son los afectos y los estados desiderativos, que tienen en común el hecho de entrañar un aumento de la tensión cuantitativa en y, producido en el afecto por un desprendimiento repentino, y en el deseo, por sumación. Ambos estados tienen la mayor importancia para el pasaje de cantidad en y, dado que dejan tras de sí motivaciones de tipo convulsivo en favor de dicho pasaje. El estado desiderativo produce algo así como una atracción positiva hacia el objeto deseado, o, más bien, hacia su imagen mnemónica, mientras que de la vivencia dolorosa resulta una repulsión, una aversión a mantener catectizada la imagen mnemónica hostil. He aquí, pues, la atracción desiderativa primaria y la defensa [rechazo] primaria [*].

La atracción desiderativa se explica fácilmente admitiendo que la catexis del recuerdo amable en el estado de deseo supera ampliamente en cantidad (Qh) a la catexis en el caso de la simple percepción, de modo que en el primer caso existe una facilitación particularmente buena entre el núcleo y y la correspondiente neurona del pallium.

Más difícil de explicar es la defensa [rechazo] primaria o represión, es decir, el hecho de que una imagen mnemónica hostil sea abandonada lo más rápidamente posible por la catexis [*]. Sin embargo, su explicación bien podría residir en el hecho de que las vivencias dolorosas primarias fueron resueltas y terminadas por una defensa refleja. La emergencia de otro objeto, en lugar del hostil, actuó entonces como señal de que la vivencia dolorosa había terminado; ahora el sistema y, aprendiendo por su experiencia biológica, trata de reproducir el estado en y que indicó otrora el cese del dolor. Con la expresión aprender por la experiencia biológica acabamos de introducir una nueva base de explicación que habrá de gravitar por sí sola, aunque al mismo tiempo no excluye, sino que requiere, la reducción a principios mecánicos. es decir. a factores cuantitativos [*]. En el caso que estamos considerando, bien podría ser el aumento de cantidad (Qh), producido invariablemente cada vez que se catectizan recuerdos hostiles, el que impulsa forzosamente a una intensificación de la actividad de descarga y con ello al drenaje [de cantidad] también de los recuerdos.

PROYECTO DE UNA PSICOLOGÍA PARA NEURÓLOGOS**1895**

Tomo: I; Páginas: 233

Cita:

Con nuestra hipótesis de la atracción desiderativa y de la tendencia a la represión ya nos hemos referido de hecho a un estado de y no considerado todavía, pues estos dos procesos indican que en y se ha establecido una organización cuya presencia dificulta pasajes [de cantidad] que al ocurrir por primera vez se realizaron de una manera determinada [es decir, que fueron acompañados por satisfacción o por dolor. I.]. Esta organización se denomina el yo. Resulta fácil imaginarla si consideramos que la recepción regularmente repetida de cantidades endógenas [Qh] por determinadas neuronas (del núcleo) y la consiguiente acción facilitante emanada de esa recepción repetida, darán por resultado un grupo de neuronas que retiene una catexis constante [véase parágrafo 10], o sea, que corresponde al portador de la reserva [de cantidad] que, según vimos, se deduce perentoriamente de la función secundaria [*]. El yo debe ser definido, pues, como la totalidad de las catexis y existentes en un momento dado, siendo necesario distinguir en ellas una porción permanente y otra variable. Resulta fácil comprender que las facilitaciones entre neuronas y también forman parte del dominio del yo, ya que representan otras tantas posibilidades de determinar la extensión que de momento en momento habrá de tener el yo cambiante.

PROYECTO DE UNA PSICOLOGÍA PARA NEURÓLOGOS

1895

Tomo: I; Páginas: 233-234

Cita:

Aunque este yo debe tender por fuerza a librarse de sus catexis por la vía de la satisfacción, no consigue hacerlo de otra manera, sino determinando la repetición de vivencias de dolor y de afectos, proceso que debe cumplir por la siguiente vía, que en términos generales se califica como la de la inhibición.

Una cantidad (Qh) que irrumpa desde cualquier parte en una neurona se propagará a través de la barrera de contacto que esté más facilitada y dará lugar a una corriente dirigida en dicho sentido. Expresándolo más claramente: la corriente de cantidad (Qh) se distribuirá hacia las distintas barreras de contacto en proporción inversa a sus respectivas resistencias, y cuando una fracción [de cantidad] incida sobre una barrera de contacto cuya resistencia sea superior a aquélla, no pasará prácticamente nada a través de ésta. Es fácil que tal distribución sea distinta para cada magnitud de cantidad (Qh) que se halle en la neurona, ya que en tal caso podrán formarse fracciones que excedan los umbrales de otras barreras de contacto. Así, el curso adoptado dependerá de las cantidades (Qh) y de las intensidades relativas de las facilitaciones.

Hemos llegado a conocer, empero, un tercer factor poderoso. Si una neurona adyacente está catectizada simultáneamente, ello actúa como una facilitación transitoria de las barreras de contacto entre ambas neuronas, modificando así el curso [de la corriente], que de otro modo habría seguido la dirección de la única barrera de contacto facilitada. Así, pues, una catexis colateral actúa como inhibición para el pasaje de cantidad (Qh). Imaginemos el yo como una red de neuronas catectizadas y bien facilitadas entre sí: aproximadamente así:

En tal caso, una cantidad (Qh) que, habiendo penetrado desde el exterior (j) en [la neurona] Ó, hubiese seguido la neurona b en caso de no ser influida, es ahora influida de tal modo por la catexis colateral Ó, en [la neurona] a, que sólo cederá una fracción [de cantidad] a b, o quizá ni siquiera llegue a esta [neurona] b. En otros términos, cuando existe un yo, por fuerza debe inhibir los procesos psíquicos primarios.

Tal inhibición, empero, representa una decidida ventaja para y. Supongamos que a sea un recuerdo hostil y b una neurona-llave para el displacer: en tal caso la evocación de a tendrá por efecto primario una liberación de displacer, que quizá sea superflua y que en todo caso lo es cuando se despliega en plena magnitud. Pero existiendo la acción inhibitoria de Ó, el desencadenamiento de displacer quedará muy reducido, y al sistema neuronal se le habrá evitado, sin sufrir ningún otro daño, el desarrollo y la descarga de cantidad. Ahora podemos imaginarnos fácilmente que el yo, con la ayuda de un mecanismo que llama su atención sobre la inminente recatectización de la imagen

mnemónica hostil, sea capaz de llegar a inhibir el pasaje [de cantidad] desde la imagen mnemónica hacia el desencadenamiento del displacer, por medio de una copiosa catexis colateral que pueda ser reforzada de acuerdo con las necesidades. Más aún: si admitimos que el desencadenamiento displacentero inicial [de cantidad Qh] sea recibido por el propio yo, tendremos en este mismo [desencadenamiento] la fuente de la cantidad que la catexis colateral inhibidora exige del yo.

La defensa [rechazo] primaria será entonces tanto más poderosa cuanto más intenso sea el displacer.

PROYECTO DE UNA PSICOLOGÍA PARA NEURÓLOGOS**1895**

Tomo: I; Páginas: 234-235

Cita:

De lo que hasta aquí hemos expuesto se desprende que existen dos situaciones en las cuales el yo en j (que en cuanto a sus tendencias podemos considerar como la totalidad del sistema nervioso) está expuesto a caer, ante procesos no influidos en y, en un estado inerte y a sufrir el daño consiguiente.

La primera de estas situaciones se da cuando el yo, encontrándose en estado de deseo, recatectiza de nuevo el recuerdo del objeto y pone luego en función el proceso de descarga, no pudiéndose alcanzar entonces la satisfacción, porque el objeto no existe en la realidad, sino sólo como un pensamiento imaginario. En un principio, y es incapaz de establecer esta distinción, pues sólo puede operar sobre la base de la secuencia de estados análogos entre sus neuronas [es decir, sobre la base de su experiencia previa de que la catectización del objeto fue seguida por satisfacción. I.]. Así, necesita disponer de un criterio venido de otra parte para distinguir entre la percepción y la representación [idea] [*].

En segundo lugar, y necesita un signo que dirija su atención a la recatectización de la imagen mnemónica hostil y que le permita prevenir, por medio de catexis colaterales, el consiguiente desencadenamiento de displacer. Si y es capaz de efectuar esta inhibición a tiempo tanto el desprendimiento de displacer como la defensa consiguiente serán leves, mientras que en caso contrario se producirá un displacer enorme y una excesiva defensa primaria.

PROYECTO DE UNA PSICOLOGÍA PARA NEURÓLOGOS**1895**

Tomo: I; Páginas: 235

Cita:

Tanto la catexis desiderativa como el desprendimiento de displacer, cuando se produce la recatectización del recuerdo respectivo, pueden ser biológicamente perjudiciales. La catexis desiderativa siempre lo es cuando sobrepasa determinada medida y favorece con ello la descarga, mientras que el desencadenamiento de displacer, siempre lo es, por lo menos cuando la catexis de la imagen mnemónica hostil emana (por asociación) de y mismo y no del mundo exterior. También en este caso se necesita, pues, un signo que permita distinguir la percepción del recuerdo (representación).

Ahora bien: probablemente sean las neuronas perceptivas las que suministran este signo, el signo de realidad. Ante cada percepción exterior se produce en W una excitación cualitativa que en un principio carece, empero, de toda importancia para y. Es preciso agregar, pues, que la excitación perceptual conduce a una descarga perceptual y que de ésta (como de todo otro tipo de descarga) llega una noticia a y. Es esta noticia de una descarga procedente de W (w) la que constituye el signo de cualidad o de realidad para y.

PROYECTO DE UNA PSICOLOGÍA PARA NEURÓLOGOS**1895**

Tomo: I; Páginas: 235-236

Cita:

Si el objeto deseado es catectizado copiosamente, al punto de ser alucinatoriamente activado, también dará lugar al mismo signo de descarga o de realidad que comúnmente sigue a la percepción exterior. En este caso fracasará, pues, el criterio [de diferenciación]. Pero si la catexis desiderativa se realiza bajo inhibición, como podrá ocurrir si el yo está patentizado, cabe concebir el caso cuantitativo de que la catexis desiderativa no sea la suficientemente intensa como para producir un signo de cualidad, mientras que la [correspondiente] percepción exterior lo habría producido. En este caso, pues, el criterio conserva su valor. La diferencia entre estos dos casos radica en el hecho de que, mientras el signo de cualidad derivado del exterior aparece siempre, cualquiera que sea la intensidad de la catexis, el derivado de y sólo se da en presencia de intensidades elevadas. Por consiguiente, es la inhibición por el «yo» la que facilita un criterio para la diferenciación entre la percepción y el recuerdo. La experiencia biológica enseñará entonces a no iniciar la descarga mientras no haya llegado el signo de realidad y a no impulsar con tal fin, por encima de una determinada medida, la catexis de los recuerdos deseados.

PROYECTO DE UNA PSICOLOGÍA PARA NEURÓLOGOS

1895

Tomo: I; Páginas: 236

Cita:

Por otro lado, la excitación de las neuronas perceptivas también puede servir para proteger el sistema y en el segundo de los casos previstos, es decir, al dirigir la atención de y hacia la presencia o la ausencia de una percepción. Con tal fin debemos aceptar que las neuronas perceptivas (wN) poseían originalmente una conexión anatómica con las vías procedentes de los distintos órganos sensoriales y que su descarga volvió a ser dirigida hacia los aparatos motores pertenecientes a esos mismos órganos sensoriales. En tal caso la noticia de esta última descarga (o sea la noticia de la atención refleja) actuará para y como una señal biológica de que debe enviar una cantidad de catexis hacia las mismas direcciones.

Resumiendo: en presencia de inhibición por un yo catectizado, los signos de descarga w sirven, en términos muy generales, como signos de realidad que y aprende a aprovechar por experiencia biológica. Si el yo se encuentra en estado de tensión desiderativa en el momento en que surge tal signo de realidad, hará que la descarga se dirija en el sentido de la acción específica. Si el signo de realidad coincide con un aumento del displacer, y producirá una defensa de magnitud normal, merced a una catexis colateral adecuadamente grande y situada en el lugar indicado. Si no ocurre ninguna de estas dos circunstancias les decir, si no existe un estado desiderativo ni un aumento del displacer en el momento en que se recibe un signo de realidad. I.], la catexis podrá desarrollarse sin impedimento alguno y de acuerdo con las condiciones en que se encuentren las facilitaciones. La catexis desiderativa, llevada hasta el punto de la alucinación, y el desencadenamiento total de displacer, que implica un despliegue completo de la defensa, los consideramos como procesos psíquicos primarios. En cambio, aquellos procesos que sólo son posibilitados por una buena catexis del yo y que representan versiones atenuadas de dichos procesos primarios, los denominamos procesos psíquicos secundarios. Se advertirá que la precondition ineludible de estos últimos es una correcta utilización de los signos de realidad, que a su vez sólo es posible si existe una inhibición por parte del yo.

PROYECTO DE UNA PSICOLOGÍA PARA NEURÓLOGOS**1895**

Tomo: I; Páginas: 237-238

Cita:

Así, la judicación es un proceso y que sólo se torna posible merced a la inhibición ejercida por el yo y que es provocarlo por la semejanza entre la catexis desiderativa de un recuerdo y una catexis perceptiva que le sea similar. De esto se desprende que la coincidencia de estas dos catexis habrá de convertirse en una señal biológica para poner fin a la actividad del pensamiento [al acto cogitativo. (Nota del T.)] e iniciar la descarga [*]. Al no coincidir las dos catexis surge el impulso a la actividad del pensamiento, que volverá a interrumpirse cuando coincidan.

PROYECTO DE UNA PSICOLOGÍA PARA NEURÓLOGOS**1895**

Tomo: I; Páginas: 239

Cita:

El pensamiento reproductivo tiene, pues, un propósito práctico y un fin biológicamente establecido, a saber: volver a dirigir hacia la catexis neuronal faltante una cantidad (Qh) que se halla emigrando desde la percepción sobrante. En tales condiciones se alcanza la identidad y, al mismo tiempo, el derecho a la descarga, siempre que aparezca además el signo de realidad desde la neurona b. Pero el proceso también puede independizarse de este último fin [o sea, de la descarga], tendiendo únicamente a la identidad. En tal caso nos encontraremos ante un puro acto cogitativo [de pensamiento], pero que, en todo caso, más tarde podrá ser prácticamente aprovechado. Además, en estas condiciones el yo catectizado se conduce de manera exactamente igual.

PROYECTO DE UNA PSICOLOGÍA PARA NEURÓLOGOS**1895**

Tomo: I; Páginas: 239

Cita:

...(Cfr. proceso del recuerdo y la evocación...) En las medidas en que las catexis coinciden, no dan motivo a la actividad cogitativa. Pero las porciones discrepantes, en cambio, «despiertan el interés» y pueden dar lugar a dos clases de actividad cogitativa. O bien la corriente se dirigirá a los recuerdos evocados y pondrá en función una actividad mnemónica errátil (que será dirigida, pues, por las diferencias y no por las semejanzas), o bien permanecerá concentrada en las porciones recién surgidas [de la percepción], poniendo entonces en función una actividad judicativa igualmente errátil.

Supongamos que el objeto presentado por la percepción sea similar al propio sujeto [percipiente]: que sea, en efecto, un semejante. En tal caso, el interés teórico que se le dedica queda explicado también por el hecho de que un objeto semejante fue, al mismo tiempo, su primer objeto satisfaciente, su primer objeto hostil y también su única fuerza auxiliar. De ahí que sea en sus semejantes donde el ser humano aprende por primera vez a (re)conocer... (Cfr. nota 122)

PROYECTO DE UNA PSICOLOGÍA PARA NEURÓLOGOS**1895**

Tomo: I; Páginas: 240

Cita:

...Este proceso de analizar un complejo perceptivo se llama (re)conocerlo; implica un juicio y llega a su término una vez alcanzado este último fin. Como se advierte, el juicio no es una función primaria, sino que presupone la catexis de la porción dispar [no coincidente] del complejo a partir del yo. En un principio el juicio no tiene ninguna finalidad práctica, y parecería que en el curso del enjuiciamiento fuese descargada la catexis de los elementos dispares [del complejo], pues ello explicaría por qué las actividades, los «predicados», tienen sólo una frágil vía de conexión con el elemento «sujeto» del complejo. [Véase la tercera parte de este Proyecto].

PROYECTO DE UNA PSICOLOGÍA PARA NEURÓLOGOS**1895**

Tomo: I; Páginas: 240

Cita:

Conformémonos, pues, con dejar bien establecido que es el primitivo interés en establecer la situación de satisfacción el que lleva en un caso a la reflexión reproductiva y en el otro a la judicación, como medios para llegar, desde la situación perceptual dada en la realidad, a la situación que es deseada. En todo esto sigue siendo una condición ineludible que los procesos y no transcurran libres de toda inhibición, sino sometidos a la actividad del yo. Con ello quedaría demostrado el sentido eminentemente práctico de toda actividad cogitativa.

PROYECTO DE UNA PSICOLOGÍA PARA NEURÓLOGOS**1895**

Tomo: I; Páginas: 240

Cita:

Así, el fin y el término de todos los procesos cogitativos es el establecimiento de un estado de identidad, el traspaso de una cantidad de catexis (Qh) emanada del exterior a una neurona catectizada desde el yo. El pensamiento cognoscitivo o judicativo persigue una identidad con una catexis corporal, mientras que el pensamiento reproductivo persigue una identidad con una catexis psíquica (con una vivencia propia del sujeto). El pensamiento judicativo opera con anticipación al reproductivo, ofreciéndole facilitaciones ya listas para el ulterior tránsito asociativo. Si una vez concluido el acto cogitativo se le agrega a la percepción el signo de realidad, entonces se habrá alcanzado un juicio de realidad, una creencia, llegándose con ello al objetivo de toda esa actividad.

PROYECTO DE UNA PSICOLOGÍA PARA NEURÓLOGOS**1895**

Tomo: I; Páginas: 240-241

Cita:

En lo que se refiere al juicio, cabe agregar todavía que su condición es, evidentemente, la presencia de experiencias somáticas, sensaciones e imágenes motrices en el propio sujeto. Mientras falten estos elementos, la porción variable del complejo perceptivo no podrá llegar a ser comprendida, es decir, podrá ser reproducida, pero no establecerá orientación alguna para nuevas vías de pensamiento. Así, por ejemplo -hecho que tendrá importancia más adelante [en la segunda parte]-, ninguna experiencia sexual podrá producir efecto alguno mientras el sujeto no haya tenido sensaciones sexuales, es decir, en términos generales, antes del comienzo de la pubertad.

PROYECTO DE UNA PSICOLOGÍA PARA NEURÓLOGOS**1895**

Tomo: I; Páginas: 241

Cita:

El juicio primario parece presuponer un menor grado de influencia por el yo catectizado que los actos reproductivos de pensamiento. Aunque [por lo general] se trata entonces de una asociación que es perseguida a través de una coincidencia parcial [entre la catexis desiderativa y la catexis perceptiva.I.], sin ser modificada en absoluto, también existen casos en los cuales el proceso asociativo del juicio se lleva a cabo con plena corriente de cantidad. La percepción equivaldría aproximadamente a un objeto nuclear más una imagen motriz. Mientras se percibe W, se imita los movimientos mismos, es decir, se inerva la propia imagen motriz (que ha sido suscitada por la coincidencia con la percepción), en grado tal que realmente se llega a efectuar el movimiento. Puede hablarse así de que una percepción tiene un valor imitativo. O bien la percepción evoca la imagen mnemónica de una propia sensación dolorosa, de modo que se siente entonces el displacer correspondiente y se repiten los movimientos defensivos adecuados. He aquí el valor conmisericordioso de una percepción.

No hay duda de que estos dos casos nos presentan el proceso primario actuando en el juicio; podemos admitir que toda judicación secundaria surgió por atenuación de esos procesos puramente asociativos. Así, el juicio, que más tarde se convertirá en un medio de (re) conocimiento de un objeto que quizá tenga importancia práctica, es en su origen un proceso de asociación entre catexis que llegan desde el exterior y catexis derivadas del propio cuerpo: una identificación entre noticias o catexis procedentes de j y del interior. Quizá no sea errado suponer que el enjuiciamiento también indica la manera en que cantidades (Q) procedentes de j pueden ser transmitidas y descargadas. Lo que llamamos las cosas son residuos que se han sustraído al juicio.

PROYECTO DE UNA PSICOLOGÍA PARA NEURÓLOGOS**1895**

Tomo: I; Páginas: 241-242

Cita:

El ejemplo del juicio nos ofrece un primer indicio de las discrepancias cuantitativas que es preciso estatuir entre el pensamiento y el proceso primario. Es lícito suponer que en el acto del pensamiento parte de y una tenue corriente de inervación motriz, pero, naturalmente, sólo si en el curso de dicho acto se ha inervado una neurona motriz o una neurona-llave [es decir, secretora]. Con todo, sería equivocado considerar esta descarga como el propio proceso cogitativo, del cual no es más que un efecto accesorio y no intencionado. El proceso cogitativo consiste en la catectización de neurona y, con alteración de las facilitaciones obligadas [previas] por una catectización colateral desde el yo. Desde un punto de vista mecánico es comprensible que en dicho proceso sólo una parte de la cantidad (Qh) pueda seguir las facilitaciones y que la magnitud de esta parte sea constantemente regulada por las catexis. Pero no es menos evidente que con ello se economiza, al mismo tiempo, cantidad (Qh) suficiente para hacer que la reproducción sea provechosa. De otro modo, toda la cantidad (Qh) que se necesitará para la descarga final sería gastada durante su pasaje en los puntos de salida motriz. Así, el proceso secundario es una repetición del primitivo curso [de excitación] en y, pero en un nivel atenuado y con cantidades menores.

PROYECTO DE UNA PSICOLOGÍA PARA NEURÓLOGOS**1895**

Tomo: I; Páginas: 242

Cita:

¡Con cantidades (Qh) menores aún -se podrá objetar aquí- que las que normalmente corren por las neuronas! ¿Cómo es posible abrir a cantidades tan pequeñas (Qh) las vías que sólo son transitadas para cantidades mayores que las que y recibe habitualmente? La única respuesta posible es que esto debe ser una consecuencia mecánica de las catexis colaterales. Tendremos que encontrar condiciones tales que en presencia de una catexis colateral puedan pasar cantidades pequeñas (Qh) por facilitaciones que de otro modo únicamente habrían sido viables para cantidades grandes. La catexis colateral liga, por así decirlo cierta magnitud de la cantidad (Qh) que corre por la neurona.

El pensamiento debe satisfacer también otra condición: no habrá de alterar sustancialmente las facilitaciones establecidas por los procesos primarios, pues si lo hiciera falsearía las trazas de la realidad. Respecto a esta condición, baste observar que la facilitación probablemente sea el resultado de un pasaje único de una cantidad considerable y que la catexis, por más poderosa que sea en el momento, no deja tras de sí un efecto de comparable duración. Las pequeñas cantidades (Q) que pasan en el curso del pensamiento no pueden, en general, superar las facilitaciones.

Sin embargo, no cabe duda de que el proceso cogitativo deja tras de sí trazas permanentes, dado que el siguiente repensar demanda un esfuerzo mucho menor que el primer pensar. Por tanto, a fin de que la realidad no sea falseada, deben existir trazas especiales -verdaderos signos de los procesos cogitativo- que constituyen una «memoria cogitativa»: algo que hasta ahora no es posible formular. Más adelante veremos de qué manera las trazas de los procesos cogitativos se diferencian de las que deja la realidad.

PROYECTO DE UNA PSICOLOGÍA PARA NEURÓLOGOS**1895**

Tomo: I; Páginas: 242

Cita:

Plantéase ahora el problema de cuáles son los medios cuantitativos que sostienen el proceso primario y . En el caso de la vivencia de dolor, trátase evidentemente de la cantidad (Q) que irrumpe desde el exterior; en el caso del afecto, es la cantidad liberada por facilitación; en el proceso secundario del pensamiento reproductivo, es evidente que una cantidad mayor o menor (Q_h) puede ser transferida desde el yo a la neurona c [*]; dicha cantidad puede ser calificada de interés cogitativo, siendo proporcional al interés afectivo, cuando éste es susceptible de desarrollarse. La cuestión es si existen procesos y de índole primaria para los cuales sea suficiente la cantidad (Q_h) traída desde j , o si a la catexis j de una percepción se le agrega automáticamente un aporte de y (la atención), siendo sólo éste el que torna posible un proceso y . Esta alternativa habrá de quedar abierta a la posibilidad de ser resuelta por referencia a algunos hechos psicológicos particulares.

PROYECTO DE UNA PSICOLOGÍA PARA NEURÓLOGOS**1895**

Tomo: I; Páginas: 243

Cita:

Antes, empero, es preciso adaptar el hecho del dormir al conjunto de nuestra teoría. La precondition esencial del sueño es fácilmente reconocible en el niño. El niño duerme mientras no lo atormenta ninguna necesidad física o ningún estímulo exterior (por ejemplo, el hambre o las sensaciones de frío y humedad). Se duerme una vez que ha obtenido su satisfacción (en el pecho). Así, también el adulto se duerme con facilidad post coenam et coitum [después de la comida y del coito]. Por consiguiente, la condición previa del dormir es la caída de la carga endógena en el núcleo de y, que torna innecesaria la función secundaria. En el sueño, el individuo se encuentra en el estado ideal de inercia, libre de la acumulación de cantidad (Qh).

En el estado de vigilia esta reserva se encuentra acumulada en el yo, y podemos admitir que es la descarga del yo la que condiciona y caracteriza el sueño. Con ello está dada, como se advierte al punto, la condición previa de los procesos psíquicos primarios.

PROYECTO DE UNA PSICOLOGÍA PARA NEURÓLOGOS**1895**

Tomo: I; Páginas: 243-244

Cita:

Las características del sueño revelan más de un hecho insospechado. El sueño se caracteriza por una parálisis motriz, una parálisis de la voluntad [véase abajo]. La voluntad es la descarga de toda la cantidad y (Qh). Al dormir, el tono espinal queda parcialmente relajado (es probable que la descarga motriz de j se manifieste en el tono); otras inervaciones persisten, junto con las fuentes de su excitación.

Es sumamente interesante que el estado del dormir comience y sea provocado por la oclusión de aquellos órganos sensoriales que pueden ser cerrados. Al dormir no han de producirse percepciones; nada perturba más el sueño que la aparición de impresiones sensoriales, que la catectización de y desde j. Esto parecería indicar que durante la vigilia se dirige una catexis constante, aunque desplazable (es decir, una atención), hacia las neuronas del pallium que reciben percepciones desde j, siendo, pues, muy posible que los procesos primarios y se lleven a cabo con este aporte de y. (Queda por ver si las propias neuronas del pallium o las neuronas nucleares adyacentes ya se encuentran precatectizadas.) Si y retira estas catexis del pallium, las percepciones inciden sobre neuronas no catectizadas, no pasan de ser leves y quizá hasta sean incapaces de emitir desde las percepciones un signo de cualidad [*]. Como ya hemos presumido, al vaciarse las neuronas perceptivas (wN), cesa asimismo una inervación de descarga que eleva la atención. También la explicación del enigma del hipnotismo podría arrancar de este punto. La aparente inexcitabilidad de los órganos sensoriales en dicha condición bien podría obedecer a tal retirada de la catexis de atención.

PROYECTO DE UNA PSICOLOGÍA PARA NEURÓLOGOS

1895

Tomo: I; Páginas: 244-246

Cita:

Lo más extraño empero, es que durante el dormir ocurran efectivamente procesos y: me refiero a los sueños, con sus múltiples características aún incomprendidas. Los sueños exhiben todos los grados de transición hacia la vigilia y de combinación con los procesos y normales; no obstante, es fácil discernir lo que constituye su carácter onírico propiamente dicho.

1. Los sueños carecen de descarga motriz y, por lo general, también de elementos motores. En el sueño se está paralizado.

La explicación más fácil de esta característica es la falta de precatexis espinal por cese de la descarga j. Dado que las neuronas no están catectizadas, la excitación motriz no puede superar las barreras. En otros estados oniroideos, el movimiento no está necesariamente excluido: no es ésta la característica esencial del sueño.

2. En los sueños, las conexiones son, en parte, contradictorias y, en parte, idióticas o aun absurdas, o extrañamente demenciales.

Este último atributo se explica por el hecho de que en el sueño impera la compulsión asociativa que, sin duda, rige también primariamente en la vida psíquica en general. Parecería que dos catexis coexistentes necesariamente deben ponerse en mutua conexión. He podido reunir algunos ejemplos cómicos del predominio de esta compulsión en la vida vigil. (Por ejemplo, unos espectadores provincianos que se encontraban en el Parlamento francés durante un atentado llegaron a la conclusión de que cada vez que un diputado pronunciaba un buen discurso se le aplaudía... a tiros) [*].

Los otros dos atributos, que en realidad son idénticos, demuestran que una parte de las experiencias psíquicas del soñante han sido olvidadas. En efecto, todas aquellas experiencias biológicas que normalmente inhiben el proceso primario están olvidadas, y ello se debe a la insuficiente catexis del yo. El carácter insensato e ilógico de los sueños probablemente obedezca a este mismo hecho. Parecería que las catexis y que no han sido retiradas se nivelaran, en parte, de acuerdo con las facilitaciones más próximas y, en parte, según las catexis vecinas. Si la descarga del yo fuese completa, el dormir tendría que estar necesariamente libre de sueños.

3. Las ideas oníricas son de carácter alucinatorio, despiertan consciencia y hallan crédito.

Esta es la característica más importante del dormir [*], una característica que se manifiesta al punto en las alternativas del duermevela: cerrados los ojos, se alucina, y apenas abiertos, se piensa en palabras [*]. Existen varias explicaciones del carácter alucinatorio de las catexis oníricas. En primer lugar, podríase admitir que la corriente de

j a la motilidad [en la vida vigil] habría impedido toda catectización retroactiva de las neuronas j desde y, y que al cesar dicha corriente j sería retroactivamente catectizada, dándose con ello las condiciones para la producción de cualidad [*]. El único argumento contrario es el de que las neuronas j deberían encontrarse protegidas contra la catectización desde y por el hecho de estar descatectizadas, igual que ocurre con la motilidad. Es característico del dormir el que toda la situación se encuentre invertida: el dormir suspende la descarga motriz desde y y facilita la descarga retroactiva hacia j. Sería tentador atribuir aquí el papel determinante a la gran corriente de descarga que en la vigilia va de j a la motilidad. En segundo lugar, podríamos invocar la naturaleza del proceso primario, señalando que el recuerdo primario de una percepción es siempre una alucinación [véase abajo] y que sólo la inhibición por parte del yo nos ha enseñado a no catectizar nunca W de manera tal que pueda transferir [catexis] retroactivamente a j. Para hacer más admisible esta hipótesis podríase aducir que la conducción de j a y, es, en todo caso, más fácil que la de y a j, de modo que una catexis y de una neurona, aun cuando sea mucho más intensa que la catexis perceptiva de la misma neurona, no debe entrañar necesariamente una conducción retroactiva. Esta explicación es apoyada aun por el hecho de que, en el sueño, la vivacidad de la alucinación es directamente proporcional a la importancia (es decir, a la catexis cuantitativa) de la idea respectiva. Esto indicaría que es la cantidad (Q) la que condiciona la alucinación. Si en la vigilia llega una percepción desde j, la catexis de y (el interés) la torna más nítida, pero no más vivida, o sea, que no altera su carácter cuantitativo.

4. La finalidad y el sentido de los sueños (por lo menos de los normales) pueden ser establecidos con certeza. Los sueños son realizaciones de deseos [*], es decir, procesos primarios que siguen a experiencias de satisfacción; no son reconocidos como tales, simplemente por que la liberación de placer (la reproducción de las descargas placenteras) es escasa en ellos, pues en general se desarrollan casi sin afecto alguno (o sea, sin desencadenamiento motor). Es muy fácil demostrar, empero, que ésta es su verdadera índole. Justamente por esta razón me inclino a deducir que las catexis desiderativas primarias también deben haber sido de carácter alucinatorio.

5. Es notable cuán mala es la memoria de los sueños y cuán poco daño hacen los sueños, en comparación con otros procesos primarios. Sin embargo, esto se explica fácilmente por el hecho de que los sueños siguen en su mayor parte las viejas facilitaciones y no motivan por ello cambio alguno. Además, porque las vivencias y se mantienen apartadas de los sueños y porque, debido a la parálisis de la motilidad, no dejan tras de sí rastro alguno de descarga.

6. Por fin, también es interesante que, en el sueño, la consciencia suministre cualidad con la misma facilidad que en la vigilia. Esto demuestra que la consciencia no está retringida al yo, sino que puede agregarse a cualquier proceso y. Esto nos advierte contra una posible identificación de los procesos primarios con los procesos inconscientes. ¡He aquí dos consejos inapreciables para lo que ha de seguir!

Si al recordar un sueño interrogamos a la consciencia en cuanto a su contenido, comprobaremos que el significado de los sueños como realizaciones de deseos se halla encubierto por una serie de procesos y, todos los cuales volveremos a encontrar en las neurosis, siendo allí característico de la índole patológica de dichos trastornos.

PROYECTO DE UNA PSICOLOGÍA PARA NEURÓLOGOS

1895

Tomo: I; Páginas: 246-247

Cita:

Nuestra consciencia de las ideas oníricas es, sobre todo, discontinua: no conscienciamos toda una cadena de asociaciones, sino sólo algunos de sus puntos, entre los cuales se encuentran eslabones intermedios inconscientes que podemos descubrir con facilidad una vez despiertos. Si nos detenemos a investigar las razones de estos «saltos», he aquí lo que encontramos. Supongamos

que A sea una idea onírica conscienciada que lleva a B; en lugar de B, empero, aparece C en la consciencia, simplemente porque se encuentra en la vía que conduce de B a otra catexis D, simultáneamente presente. Así, se produce una desviación debida a una catexis simultánea de otra especie, que, además, no es consciente. De tal modo, C ha tomado el lugar de B, aunque B concuerda mejor con la concatenación de ideas: es decir con la realización del deseo.

Por ejemplo, [sueño que] O. le ha hecho a Irma una inyección de propil [A]. Luego, veo muy vívidamente ante mí «trimetilamina» y alucino su fórmula [C]. El pensamiento simultáneamente presente es el de que la enfermedad de Irma es de índole sexual [D]. Entre este pensamiento y el del propil hay una asociación [B] acerca de una conversación sobre el quimismo sexual con W. Fl. [Wilhelm Fliess], en cuyo curso me llamó especialmente la atención hacia la trimetilamina. Esta última idea se consciencia, entonces, merced al impulso desde ambas direcciones [*]. Es muy curioso que no se consciencie también el eslabón intermedio (quimismo sexual [B]), ni la idea desviadora índole sexual de la enfermedad [D]), cosa que necesita ser explicada. Podríase suponer que las catexis de B o de D no son, por sí solas, suficientemente intensas para imponer la alucinación retroactiva, mientras que C, estando catectizada desde aquellas dos [ideas] podría conseguirlo. Sin embargo, en el ejemplo que acabo de dar, D (la índole sexual de la enfermedad) era, por cierto, tan intensa como A (la inyección de propil), y el derivado de estas dos (la fórmula química [C]) era enormemente vívido.

El problema de los eslabones intermedios inconsciente rige también para el pensamiento vigil, en el que hechos similares aparecen a diario. Lo que sigue siendo característico del sueño, empero, es la facilidad del desplazamiento de cantidad (Qh), y con ello, la manera en que B es sustituida por una [idea] C, cuantitativamente superior.

PROYECTO DE UNA PSICOLOGÍA PARA NEURÓLOGOS

1895

Tomo: I; Páginas: 248

Cita:

Comenzaré por ocuparme de algunos fenómenos que se encuentran en la histeria, sin ser necesariamente privativos de la misma.

A quienquiera que haya observado esta enfermedad le habrá llamado ante todo la atención el hecho de que los casos de histeria se encuentran sometidos a una compulsión ejercida por ideas hiperintensas [*]. Así, por ejemplo, una idea puede surgir en la consciencia con una frecuencia particular, sin que lo justifique el curso de los hechos, o bien puede ocurrir que la activación de esta neurona sea acompañada por consecuencias psíquicas incomprensibles. La emergencia de la idea hiperintensa tiene resultados que, por una parte, no pueden ser suprimidos y, por la otra, no pueden ser comprendidos: desencadenamientos de afectos, inversiones motrices, inhibiciones. El individuo no carece, en modo alguno, de endospección [insight] en cuanto al extraño carácter de la situación en que se encuentra preso.

Las ideas hiperintensas también ocurren normalmente, siendo ellas las que confieren al yo su carácter peculiar. No nos sorprenden cuando conocemos su desarrollo genético (educación, experiencia) y sus motivaciones. Estamos acostumbrados a ver en ellas el resultado de poderosos y razonables motivos. Las ideas hiperintensas histéricas, por el contrario, nos llaman la atención por su extravagancia: son representaciones que no producirían efecto alguno en otras personas y cuya importancia no atinamos a comprender. Nos parecen intrusas, usurpadoras y, en consecuencia, ridículas.

Por consiguientes, la compulsión histérica es: 1) incomprensible; 2) refractaria a toda elaboración intelectual; 3) incongruente en su estructura.

PROYECTO DE UNA PSICOLOGÍA PARA NEURÓLOGOS**1895**

Tomo: I; Páginas: 249-250

Cita:

Existe una compulsión neurótica simple que puede ser confrontada con la histérica. Así, por ejemplo, supóngase que un hombre haya corrido peligro de muerte al caer de un coche y que desde entonces se sienta impedido de viajar en coche. Semejante compulsión es: 1) comprensible, pues conocemos su origen: 2) congruente, pues la asociación con el peligro justifica la vinculación del viajar en coche con el miedo. Tampoco esta compulsión es, sin embargo, susceptible de ser resuelta por elaboración intelectual 2). Mas dicha característica no puede ser considerada como absolutamente patológica, pues también nuestras ideas hiperintensas normales suelen ser insolubles por la reflexión. Estaríamos tentados de negar a la compulsión histérica todo carácter patológico, si la experiencia no nos demostrara que tal compulsión sólo persiste en una persona normal durante un breve espacio a partir de su causación, desintegrándose luego gradualmente. La persistencia de una compulsión es, pues, patológica y traduce una neurosis simple.

PROYECTO DE UNA PSICOLOGÍA PARA NEURÓLOGOS**1895**

Tomo: I; Páginas: 249

Cita:

Ahora bien: nuestros análisis demuestran que una compulsión histérica queda resuelta en cuanto es explicada; es decir, en cuanto se la torna comprensible. Así, estas dos características serían esencialmente una y la misma. En el curso del análisis también llegamos a conocer el proceso por el cual ha surgido la apariencia de absurdidad e incongruencia. El resultado del análisis es, en términos generales, el siguiente.

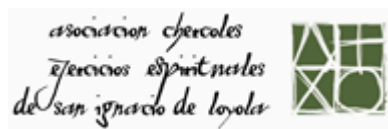
Antes del análisis, A es una idea hiperintensa que irrumpe demasiado frecuentemente a la consciencia y que, cada vez que lo hace, provoca el llanto. El sujeto no sabe por qué A le hace llorar; considera que es absurdo, pero no puede impedirlo.

Después del análisis, se ha descubierto que existe una idea B, que con toda razón es motivo de llanto y que con toda razón se repite a menudo, mientras el sujeto no haya realizado contra ella cierta labor psíquica hartamente complicada. El efecto de B no es absurdo, le resulta comprensible al sujeto y aún puede ser combatido por él.

B guarda cierta relación particular con A, pues alguna vez hubo una vivencia que consistía en B + A. En ella, A era sólo una circunstancia accesoria, mientras que B era perfectamente apta para causar dicho efecto permanente. La reproducción de este suceso en el recuerdo se lleva a cabo ahora como si A hubiese ocupado el lugar de B. A se ha convertido en un sustituto, en un símbolo de B. De ahí la incongruencia: A es acompañada de consecuencias que no parece merecer, que no se le adecuan.

También normalmente tiene lugar la formación de símbolos. El soldado se sacrifica por un trapo de colores izado en una pértiga, porque éste ha llegado a ser para él el símbolo de la patria, y a nadie se le ocurriría considerarlo por eso neurótico. Pero el símbolo histérico funciona de distinta manera. El caballero que se bate por el guante de su dama sabe, en primer lugar, que el guante debe toda su importancia a la dama, y en segundo lugar, su veneración del guante no le impide en modo alguno, pensar también en la dama y rendirle servicio de otras maneras. El histérico que es presa del llanto a causa de A, en cambio, no se percata de que ello se debe a la asociación A-B, y B misma no desempeña el menor papel en su vida psíquica. Aquí, la cosa ha sido totalmente sustituida por el símbolo.

Esta afirmación es cierta en el más estricto sentido. Cada vez que desde el exterior o desde las asociaciones actúa un estímulo que debería, en propiedad, catectizar B, es evidente que en su lugar aparece A en la consciencia, al punto de que la naturaleza de B puede inferirse fácilmente de las motivaciones que tan extrañamente suscitan la emergencia de A. Cabe formular estas condiciones expresando que A es compulsiva y que B está reprimida (por lo menos de la consciencia). El análisis ha llevado al



sorprendente resultado de que a cada compulsión le corresponde una represión, que para cada irrupción excesiva a la consciencia existe una amnesia correspondiente.

PROYECTO DE UNA PSICOLOGÍA PARA NEURÓLOGOS**1895**

Tomo: I; Páginas: 249-250

Cita:

El término «hiperintenso» traduce características cuantitativas y es lógico suponer que la represión tenga el sentido cuantitativo de una sustracción de cantidad (Q); así, la suma de ambos [es decir, de la compulsión más la represión] equivaldría a lo normal. En tal caso, solo la distribución [de cantidad] estaría alterada. Algo se le ha agregado a A, que le ha sustraído a B. El proceso patológico es un proceso de desplazamiento, tal como hemos llegado a conocerlo en los sueños, o sea un proceso primario.

PROYECTO DE UNA PSICOLOGÍA PARA NEURÓLOGOS**1895**

Tomo: I; Páginas: 250

Cita:

Nada habría que revelar en todo esto y nada se podría deducir de ello, si no fuese porque la experiencia clínica nos enseña dos hechos. Primero, que la represión afecta exclusivamente ideas que despiertan en el yo un afecto penoso (displacer); segundo, que dichas ideas pertenecen al dominio de la vida sexual.

PROYECTO DE UNA PSICOLOGÍA PARA NEURÓLOGOS**1895**

Tomo: I; Páginas: 250

Cita:

Sin embargo, podemos adquirir una convicción más directa acerca del papel desempeñado por los efectos defensivos. Si investigamos el estado en que se encuentra la [idea] B reprimida, comprobamos que es fácil hallarla y llevarla a la consciencia. Esto resulta sorprendente, pues bien podíamos haber supuesto que B realmente estaría olvidada y que no habría quedado en y el menor rastro mnemónico de la misma. Nada de eso: B es una imagen mnemónica como otra cualquiera; no está extinguida; pero si, como sucede habitualmente, B es un complejo de catexis, entonces se eleva una resistencia extraordinariamente poderosa y difícil de eliminar contra toda elaboración cogitativa de B. Es perfectamente lícito interpretar esta resistencia contra B como la medida de la compulsión ejercida por A, y también es dable concluir que la fuerza que antes reprimió B vuelve a actuar ahora en la resistencia. Al mismo tiempo, empero, averiguamos algo más. Hasta ahora, sólo sabíamos que B no podía tornarse consciente, pero nada sabíamos sobre la conducta de B frente a la catexis cogitativa. Pero ahora comprobamos que la resistencia se dirige contra toda elaboración cogitativa de B, aun cuando ésta haya llegado a ser parcialmente consciente. Así, en lugar de «excluida de la consciencia», podemos decir excluída del proceso cogitativo [de la elaboración intelectual. (Nota del T.)].

Por tanto, es un proceso defensivo emanado del «yo» catectizado el que conduce a la represión histérica, y con ello, a la compulsión histérica. En tal medida, el proceso parece diferenciarse de los procesos y primarios.

PROYECTO DE UNA PSICOLOGÍA PARA NEURÓLOGOS**1895**

Tomo: I; Páginas: 251

Cita:

Con todo, estamos lejos de haber hallado una solución. Como sabemos, el resultado de la represión histérica discrepa muy profundamente del que arroja la defensa normal, acerca de la que contamos con precisos conocimientos. Es un hecho de observación general el de que evitamos pensar en cosas que despiertan únicamente displacer y que lo conseguimos dirigiendo nuestros pensamientos a otras cosas. Sin embargo, aun cuando logremos que la idea B, intolerable, surja raramente en nuestra consciencia, merced a que la hemos mantenido lo más aislada posible, nunca logramos olvidarla en medida tal que alguna nueva percepción no nos la vuelva a recordar. Tampoco en la histeria es posible evitar semejante reactivación; la única diferencia radica en que [en la histeria] lo que se torna consciente -es decir, lo que es catectizado- es siempre A, en lugar de B. Por consiguiente, es esta inmovible simbolización la que constituye aquella función que excede de la defensa normal.

PROYECTO DE UNA PSICOLOGÍA PARA NEURÓLOGOS**1895**

Tomo: I; Páginas: 251

Cita:

Cabe agregar aquí aún otra observación. Es evidente que la represión histérica tiene lugar con ayuda de la simbolización, del desplazamiento a otras neuronas. Podríase suponer ahora que el enigma radicase exclusivamente en el mecanismo de este desplazamiento y que la represión misma no estuviera necesitada de explicación alguna. Sin embargo, cuando lleguemos al análisis de la neurosis obsesiva, por ejemplo, ya veremos que en ella existe una represión sin simbolización; más aún: que la represión y la sustitución se encuentran allí separadas en el tiempo. Por consiguiente, el proceso de la represión sigue siendo la clave del enigma.

PROYECTO DE UNA PSICOLOGÍA PARA NEURÓLOGOS**1895**

Tomo: I; Páginas: 252-254

Cita:

Se podría considerar perfectamente natural que una asociación pase por un número de eslabones intermedios inconscientes antes de llegar a uno consciente, como ocurre en este caso. Entonces, el elemento que ingresa a la consciencia sería aquel que despierta especial interés. Pero lo notable de nuestro ejemplo (Cfr. ejemplo de Emma: no puede entrar en una tienda sola) es, precisamente, el hecho de que no ingresa a la consciencia aquel elemento que despierta interés (el atentado), sino otro, en calidad de símbolo (los vestidos). Si nos preguntamos cuál puede haber sido la causa de este proceso patológico interpolado, sólo podemos indicar una: el desencadenamiento sexual, del que también hay pruebas en la consciencia. Este aparece vinculado al recuerdo del atentado, pero es muy notable que no se vinculase al atentado cuando el mismo ocurrió en la realidad. Nos encontramos aquí ante el caso de que un recuerdo despierte un afecto que no pudo suscitar cuando ocurrió en calidad de vivencia, porque en el ínterin las modificaciones de la pubertad tomaron posible una nueva comprensión de lo recordado.

Ahora bien: este caso es típico de la represión que se produce en la histeria. Siempre comprobamos que se reprime un recuerdo, el cual sólo posteriormente llega a convertirse en un trauma. El motivo de este estado de cosas radica en el retardo de la pubertad con respecto al restante desarrollo del individuo.

PROYECTO DE UNA PSICOLOGÍA PARA NEURÓLOGOS**1895**

Tomo: I; Páginas: 254

Cita:

Aunque no es habitual en la vida psíquica que un recuerdo despierte un afecto que no lo acompañó cuando era una vivencia, tal es, sin embargo, lo más común en el caso de las ideas sexuales, precisamente porque el retardo de la pubertad constituye una característica general de la organización. Toda persona adolescente lleva en sí rastros mnemónicos que sólo pueden ser comprendidos una vez despertadas sus propias sensaciones sexuales; toda persona adolescente, pues, lleva en sí el germen de la histeria. Claro está que habrán de intervenir también otros factores concurrentes, ya que esta tendencia tan general queda limitada al escaso número de personas que realmente se tornan histéricas.

Ahora bien: el análisis nos demuestra que lo perturbador en un trauma sexual es, sin duda, el desencadenamiento afectivo, y la experiencia nos enseña que los histéricos son personas de las que sabemos que, en unos casos, se han tornado prematuramente excitables en su sexualidad, por estimulación mecánica y emocional (masturbación), y de las que, en otros casos, podemos admitir que poseen una predisposición al desencadenamiento sexual precoz. El comienzo prematuro del desencadenamiento sexual y la intensidad prematura del mismo son, a todas luces, equivalentes, de modo que esta condición queda reducida a un factor cuantitativo.

PROYECTO DE UNA PSICOLOGÍA PARA NEURÓLOGOS**1895**

Tomo: I; Páginas: 254-255

Cita:

La más cotidiana experiencia nos enseña que el despliegue afectivo inhibe el curso normal del pensamiento y que lo hace de distintas maneras. En primer lugar, pueden ser olvidadas muchas vías de pensamiento que de otro modo habrían sido tomadas en cuenta, como también ocurre, por otra parte, en los sueños. Así, por ejemplo, en la agitación causada por una intensa preocupación me ha sucedido que olvidara recurrir al teléfono, que acababa de ser instalado en mi casa. La vía recientemente establecida sucumbía aquí en el estado afectivo; la facilitación, es decir, la antigüedad, ganaba el predominio. Con semejante olvido se pierde la capacidad de selección, la adecuación y la lógica del proceso, tal como ocurre también en el sueño. En segundo lugar, también sin que haya olvido alguno pueden adoptarse vías que de otro modo habrían sido evitadas: en particular, vías que conducen a la descarga, como, por ejemplo, acciones realizadas bajo la influencia del afecto. En suma, pues, el proceso afectivo se aproxima al proceso primario no inhibido.

PROYECTO DE UNA PSICOLOGÍA PARA NEURÓLOGOS

1895

Tomo: I; Páginas: 255-256

Cita:

De esto se desprenden varias consecuencias. Primero, que en el desencadenamiento afectivo se intensifica la propia idea desencadenante; segundo, que la función principal del yo catectizado consiste en evitar nuevos procesos afectivos y en reducir las viejas facilitaciones afectivas. Estas condiciones sólo podemos representárnoslas de la siguiente manera. Originalmente, una catexis perceptiva en su calidad de heredera de una vivencia dolorosa, desencadenó *displacer*, siendo reforzada por la cantidad [Qh] así desencadenada y avanzando luego hacia la descarga por vías de derivación que ya se encontraban en parte prefacilitadas. Una vez establecido un yo catectizado, la función de la «atención» para nuevas catexis perceptivas se desarrolló de la manera que ya conocemos [véase el final del párrafo 13], y esta atención sigue ahora, con catexis colaterales, el curso adoptado por la cantidad que emana de W. De tal manera, el desencadenamiento de *displacer* queda cuantitativamente restringido y su comienzo actúa, para el yo, como una señal de poner en juego la defensa normal. Así se evita la fácil y excesiva generación de nuevas experiencias de dolor, con todas sus facilitaciones. Cuanto más intenso sea, empero, el desprendimiento de *displacer* tanto más difícil será la tarea a cumplir por el yo, pues éste, con sus catexis colaterales, sólo es capaz de proveer hasta cierto límite un contrapeso a las cantidades [Qh] intervinientes, de modo que no puede impedir por completo la ocurrencia de un proceso primario.

Además, cuanto mayor sea la cantidad que tiende a derivarse, tanto más difícil será para el yo la labor cogitativa que, según todo parece indicarlo, constituiría en el desplazamiento experimental de pequeñas cantidades (Qh). La «reflexión» en una actividad del yo que demanda tiempo y que se torna imposible cuando el nivel afectivo entraña grandes cantidades (Qh). De ahí que el afecto se caracterice por la precipitación y por una selección de métodos similar a la que se adopta en el proceso primario.

Por consiguiente, el yo procura no permitir ningún desencadenamiento de afecto, ya que con ello admitiría también un proceso primario. Su instrumento para este fin es el mecanismo de la atención. Si una catexis desencadenante de *displacer* escapase a la atención, el yo llegaría demasiado tarde para contrarrestarla. Tal es, precisamente, lo que ocurre en la *proton pseudohistérica*. La atención está enfocada sobre las percepciones, que son los factores desencadenantes normales del *displacer*. Aquí, en cambio, no es una percepción, sino una traza mnemónica, la que inesperadamente desencadena el *displacer*, y el yo se entera de ello demasiado tarde, ha permitido que se llevara a cabo un proceso primario, simplemente porque no esperaba que ocurriera.

PROYECTO DE UNA PSICOLOGÍA PARA NEURÓLOGOS

1895

Tomo: I; Páginas: 256

Cita:

Existen, sin embargo, también otras ocasiones en las que un recuerdo desencadena displacer, cosa que es plenamente normal en el caso de los recuerdos recientes. Ante todo, si un trauma (una vivencia de dolor) ocurre por primera vez cuando ya existe un yo -los primeros de todos los traumas escapan totalmente al yo-, prodúcese un desencadenamiento de displacer, pero simultáneamente actúa también el yo, creando catexis colaterales. Si más tarde se repite la catexización de la traza mnemónica, también se repite el displacer, pero entonces se encuentran ya presentes las facilitaciones yoicas, y la experiencia demuestra que el segundo desencadenamiento de displacer es de menor intensidad, hasta que, después de suficientes repeticiones, queda reducida a la intensidad de una mera señal, tan conveniente para el yo [*]. Así, pues, lo esencial es que en ocasión del primer desencadenamiento de displacer no falte la inhibición por el yo, de modo que el proceso no tenga el carácter de una vivencia afectiva primaria «póstuma». Tal es precisamente lo que ocurre empero, cuando el recuerdo es el primero en motivar el desencadenamiento de displacer, como es el caso en la proton pseudohistérica.

Con todo esto quedaría confirmada la importancia de una de las ya citadas precondiciones que nos ofrece la experiencia clínica: el retardo de la pubertad posibilita la ocurrencia de procesos primarios póstumos.

PROYECTO DE UNA PSICOLOGÍA PARA NEURÓLOGOS**1895**

Tomo: I; Páginas: 256

Cita:

Debe ser posible explicar mecánicamente los denominados «procesos secundarios», atribuyéndolos al efecto que una masa de neuronas con una catexis constante (el yo) ejerce sobre otras neuronas con catexis variables. Comenzaré por intentar una descripción psicológica de tales procesos.

Si por un lado tenemos el yo y por el otro W (percepciones) -es decir, catexis en y venidas de j; (del mundo exterior)-, entonces tendremos que encontrar un mecanismo que induzca al yo a seguir las percepciones y a influir sobre ellas. Ese mecanismo radica, según creo, en el hecho de que, de acuerdo con mis hipótesis, toda percepción excita w; es decir, emite un signo de cualidad [*]. Dicho más correctamente, excita consciencia (consciencia de una cualidad) en W, y la descarga de la excitación perceptiva provee a y con una noticia que constituye precisamente, dicho signo de cualidad. Por consiguiente, propongo la sugerencia de que serían estos signos de cualidad los que interesan a y en la percepción...

PROYECTO DE UNA PSICOLOGÍA PARA NEURÓLOGOS**1895**

Tomo: I; Páginas: 257

Cita:

Tal sería, pues, el mecanismo de la atención psíquica [*]. Me resulta difícil dar una explicación mecánica (automática) de su origen. Creo, por tanto, que está biológicamente determinada, es decir, que se ha conservado en el curso de la evolución psíquica, debido a que toda otra conducta por parte de y ha quedado excluida en virtud de ser generadora de displacer. El efecto de la atención psíquica es el de catectizar las mismas neuronas que son las portadoras de la catexis perceptiva. Este estado de atención tiene un prototipo en la vivencia de satisfacción [parágrafo 11 de la primera parte], que es tan importante para todo el curso del desarrollo, y en las repeticiones de dicha experiencia: los estados de anhelo desarrollados hasta convertirse en estados de deseo y estado de expectación. Ya demostré [primera parte, parágrafo 16-18] que dichos estados contienen la justificación biológica de todo pensar. La situación psíquica es, en dichos estados, la siguiente: el anhelo implica un estado de tensión en el yo y, a consecuencia de éste, es catectizada la representación del objeto amado (la idea desiderativa). La experiencia biológica nos enseña que esta representación no debe ser catectizada tan intensamente que pueda ser confundida con una percepción, y que su descarga debe ser diferida hasta que de ella partan signos de cualidad que demuestren que la representación es ahora real; es decir, que su catexis es perceptiva. Si surgiera una percepción que fuese idéntica o similar a la idea desiderativa, se encontraría con sus neuronas ya precatectizadas por el deseo; es decir, algunas de ellas, o todas, estarán ya catectizadas, de acuerdo con la medida en que coincidan la representación [idea desiderativa] y la percepción. La diferencia entre dicha representación y la percepción recién llegada da origen, entonces, al proceso cogitativo [del pensamiento], que tocará a su fin cuando se haya encontrado una vía por la cual las catexis perceptivas sobrantes [discrepantes] puedan ser convertidas en catexis ideativas: en tal caso se habrá alcanzado la identidad.

PROYECTO DE UNA PSICOLOGÍA PARA NEURÓLOGOS**1895**

Tomo: I; Páginas: 257

Cita:

La atención consistirá entonces en establecer la situación psíquica del estado de expectación también para aquellas percepciones que no coinciden, ni siquiera en parte, con las catexis desiderativas. Sucede, simplemente, que ha llegado a ser importante emitir catexis al encuentro de todas las percepciones. En efecto, la atención está biológicamente justificada, sólo se trata de guiar al yo en cuanto a cuál catexis expectante debe establecer, y a tal objeto sirven los signos de cualidad.

PROYECTO DE UNA PSICOLOGÍA PARA NEURÓLOGOS**1895**

Tomo: I; Páginas: 258

Cita:

(Ya de esta primera parte de nuestra descripción se desprende una regla de suma importancia: la catexis perceptiva, cuando ocurre por primera vez, tiene escasa intensidad y posee sólo reducida cantidad (Q), mientras que la segunda vez, existiendo ya una precatexis de y, la cantidad afectada es mayor. Ahora bien: la atención no implica, en principio, ninguna alteración intrínseca en el juicio acerca de los atributos cuantitativos del objeto, de modo que la cantidad externa (Q) de los objetos no puede expresarse en y por cantidad psíquica (Qh). La cantidad psíquica (Qh) significa algo muy distinto, que no está representado en la realidad, y, efectivamente, la cantidad externa (Q) está expresada en y por algo distinto, a saber, por la complejidad de las catexis. Pero es por este medio que la cantidad externa (Q) es mantenida apartada de y [parágrafo 9 de la primera parte]).

PROYECTO DE UNA PSICOLOGÍA PARA NEURÓLOGOS**1895**

Tomo: I; Páginas: 258

Cita:

...(Descripción del proceso de atención)... Como resultado de la experiencia biológica, la atención de y está constantemente dirigida a los signos de cualidad. Estos signos ocurren, pues, en neuronas que ya están precatectizadas, alcanzando así una cantidad suficiente magnitud. Los índices de cualidad así intensificados intensifican a su vez, merced a su facilitación, las catexis perceptivas, y el yo ha aprendido a disponer las cosas de modo tal que sus catexis atentas sigan el curso de ese movimiento asociativo al pasar de los signos de cualidad hacia la percepción. De tal manera [el yo] es guiado para que pueda catectizar precisamente las percepciones correctas o su vecindad. En efecto, si admitimos que es la misma cantidad (Q_h) procedente del yo la que corre a lo largo de la facilitación entre el signo de cualidad y la percepción, hasta habremos encontrado una explicación mecánica (automática de la catexis de atención. Así, pues, la atención abandona los signos de cualidad para dirigirse a las neuronas perceptivas, ahora hipercatectizadas.

Supongamos que, por uno u otro motivo, fracase el mecanismo de la atención. En tal caso no se producirá la catectización desde y de las neuronas perceptivas y la cantidad (Q) que a ellas haya llegado se transmitirá a lo largo de las mejores facilitaciones, o sea, en forma puramente asociativa, en la medida en que lo permitan las relaciones entre las resistencias y la cantidad de la catexis perceptiva. Probablemente este pasaje de cantidad no tardaría en llegar a su fin, puesto que la cantidad (Q) se divide y no tarda en reducirse, en alguna de las neuronas siguientes, a un nivel demasiado bajo para el curso ulterior. El decurso de las cantidades vinculadas a la percepción (W_q) puede, bajo ciertas circunstancias, suscitar ulteriormente la atención o no; en este último caso terminará silenciosamente en la catectización de cualquier neurona vecina, sin que lleguemos a conocer el destino ulterior de dicha catexis. Tal es el curso de una percepción no acompañada por atención, como ha de ocurrir incontables veces en cada día. Como lo demostrará el análisis del proceso de la atención, dicho curso no puede llegar muy lejos, circunstancia de la cual cabe inferir la reducida magnitud de las cantidades vinculadas a la percepción (W_q). (Cf. Nota 150).

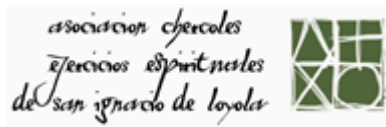
PROYECTO DE UNA PSICOLOGÍA PARA NEURÓLOGOS**1895**

Tomo: I; Páginas: 258-259

Cita:

En cambio, si el sistema W ha recibido su catexis de atención, puede ocurrir toda una serie de cosas, entre las cuales cabe destacar dos situaciones: la del pensar común y la de sólo pensar observando. Este último caso parecería ser el más simple; corresponde aproximadamente al estado del investigador que, habiendo hecho una percepción, se pregunta: «¿Qué significa esto? ¿Adónde conduce?» Lo que sucede entonces es lo siguiente (pero en aras de la simplicidad tendré que sustituir ahora la compleja catectización perceptiva por la de una única neurona). La neurona perceptiva está hipercatectizada, la cantidad, compuesta de cantidad externa y de cantidad psíquica (Q y Qh) fluye a lo largo de las mejores facilitaciones y supera cierto número de barreras, de acuerdo con las resistencias y la cantidad intervinientes. Llegará a catectizar algunas neuronas asociadas, pero no podrá superar otras barreras, porque la fracción [de cantidad] que llega a incidir sobre ellas es inferior a su umbral. Seguramente serán catectizadas neuronas más numerosas y más alejadas que en el caso de un mero proceso asociativo que se desarrolle sin atención. Finalmente, empero, la corriente desembocará, también en este caso, en determinadas catexis terminales o en una sola. El resultado de la atención será que en lugar de la percepción aparecerán una o varias catexis mnemónicas, conectadas por asociación con la neurona inicial.

En aras de la simplicidad, supongamos también que se trate de una imagen mnemónica única. Si ésta pudiese volver a ser catectizada (con atención) desde y, el juego se repetiría: la cantidad (Q) volvería a fluir una vez más y catectizaría (evocaría) una nueva imagen mnemónica, recorriendo para ello la vía de la mejor facilitación. Ahora bien: el propósito del pensamiento observador es a todas luces el de llegar a conocer en la mayor extensión posible las vías que arrancan del sistema W, pues de tal modo podrá agotar el conocimiento del objeto perceptivo. (Se advertirá que la forma de pensamiento aquí descrita lleva el (re)conocimiento). De ahí que se requiera una vez más una catexis y para las imágenes mnemónicas ya alcanzadas; pero también se requiere un mecanismo que dirija dicha catexis a los lugares correctos. ¿Cómo, sino así, podrían saber las neuronas y en el yo adónde debe dirigirse la catexis? Un mecanismo de atención como el que anteriormente hemos descrito vuelve a presuponer, sin embargo, la presencia de signos de cualidad. ¿Acaso aparecen éstos en el decurso asociativo? De acuerdo con nuestras presuposiciones, normalmente no; pero bien podrían ser obtenidos por medio del siguiente nuevo dispositivo. En condiciones normales, los signos de cualidad sólo emanan de la percepción, de modo que todo se reduce a extraer una percepción del decurso de cantidad (Qh). si el decurso de cantidad (Qh) entrañara una descarga además del mero pasaje, esa descarga daría, como cualquier otro movimiento, un signo de movimiento. Después de todo, los mismos



signos de cualidad son noticias de descarga. (Más adelante podremos considerar de qué tipo de descarga son noticias). Ahora puede ocurrir que durante un decurso cuantitativo (Qh) también sea catectizada una neurona motriz, que a continuación descargará la cantidad (Qh) y dará origen a un signo de cualidad. Mas se trata de que obtengamos tales descargas de todas las catexis. Pero no todas [las descargas] son motrices, de modo que con este propósito deberán ser colocadas en una firme facilitación con neuronas motrices.

PROYECTO DE UNA PSICOLOGÍA PARA NEURÓLOGOS**1895**

Tomo: I; Páginas: 259-260

Cita:

...Pero no todas [las descargas] son motrices, de modo que con este propósito deberán ser colocadas en una firme facilitación con neuronas motrices.

Esta finalidad es cumplida por las asociaciones verbales, que consisten en la conexión de neuronas y con neuronas empleadas por las representaciones vocales y que, a su vez, se encuentran íntimamente asociadas con imágenes verbales motrices. Estas asociaciones [verbales] tienen sobre las demás la ventaja de poseer otras dos características: son circunscritas (es decir, escasas en número) y son exclusivas. La excitación progresa, en todo caso, de la imagen vocal a la imagen verbal y de ésta a la descarga. Por consiguiente, si las imágenes mnemónicas son de tal naturaleza que una corriente parcial pueda pasar de ellas a las imágenes vocales y a las imágenes verbales motrices, entonces la catexis de las imágenes mnemónicas estará acompañada por noticias de una descarga, y éstas son signos de cualidad, o sea, al mismo tiempo signos de que el recuerdo es consciente. Ahora bien: si el yo precatectiza estas imágenes verbales, como antes precatectizó las imágenes de la descarga de percepciones, se habrá creado con ello el mecanismo que le permitirá dirigir la catexis y a los recuerdos que surjan durante el pasaje de cantidad [Qh] [*]. He aquí el pensamiento observador consciente.

PROYECTO DE UNA PSICOLOGÍA PARA NEURÓLOGOS**1895**

Tomo: I; Páginas: 260

Cita:

Además de posibilitar el (re)conocimiento, las asociaciones verbales efectúan aún otra cosa de suma importancia. Las facilitaciones entre las neuronas y constituyen, como sabemos, la memoria, o sea, la representación de todas las influencias que y ha experimentado desde el mundo exterior. Ahora advertimos que el propio yo también catectiza las neuronas y y suscita corrientes que seguramente deben dejar trazas en la forma de facilitaciones. Pero y no dispone de ningún medio para discernir entre estos resultados de los procesos cogitativos y los resultados de los procesos perceptivos. Los procesos perceptivos, por ejemplo, pueden ser (reconocidos) y reproducidos merced a su asociación con descargas de percepción; pero de las facilitaciones establecidas por el pensamiento sólo queda su resultado, y no un recuerdo. Una misma facilitación cogitativa puede haberse generado por un solo proceso intenso o por diez procesos menos susceptibles de dejar una impronta. Los signos de descarga verbal son los que vienen ahora a subsanar este defecto, pues equiparan los procesos cogitativos a procesos perceptivos, confiriéndoles realidad y posibilitando su recuerdo.

PROYECTO DE UNA PSICOLOGÍA PARA NEURÓLOGOS**1895**

Tomo: I; Páginas: 260

Cita:

También merece ser considerado el desarrollo biológico de estas asociaciones verbales, tan importantes. La inervación verbal es primitivamente una descarga que actúa como válvula de seguridad para y, sirviendo para regular en ella las oscilaciones de cantidad (Qh) y funcionando como una parte de la vía que conduce a la alteración interna y que representa el único medio de descarga mientras todavía no se ha descubierto la acción específica. Esta vía adquiere una función secundaria al atraer la atención de alguna persona auxiliar (que por lo común es el mismo objeto desiderativo) hacia el estado de necesidad y de apremio en que se encuentra el niño; desde ese momento servirá al propósito de la comunicación quedando incluida así en la acción específica.

PROYECTO DE UNA PSICOLOGÍA PARA NEURÓLOGOS

1895

Tomo: I; Páginas: 260-261

Cita:

Como ya hemos visto [parágrafos 16-17], cuando se inicia la función judicativa las percepciones despiertan interés en virtud de su posible conexión con el objeto deseado y sus complejos son descompuestos en una porción no asimilable (la «cosa») [*] y una porción que es conocida por el yo a través de su propia experiencia (los atributos, las actividades [de la cosa]). Este proceso, que denominamos comprender, ofrece dos puntos de contacto con la expresión verbal [por el lenguaje]. En primer lugar, existen objetos (percepciones) que nos hacen gritar, porque provocan dolor; esta asociación de un sonido -que también suscita imágenes motrices de movimientos del propio sujeto- con una percepción que ya es de por sí compleja destaca el carácter hostil del objeto y sirve para dirigir la atención a la percepción; he aquí un hecho que demostrará tener extraordinaria importancia. En una situación en que el dolor nos impediría obtener buenos signos de cualidad del objeto, la noticia del propio grito nos sirve para caracterizarlo. Esta asociación conviértese así en un recurso para conscienciar los recuerdos que provocan displacer y para convertirlos en objetos de la atención: la primera clase de recuerdos conscientes ha quedado así creada [*]. Desde aquí sólo basta un corto paso para llegar a la invención del lenguaje. Existen objetos de un segundo tipo que por sí mismos emiten constantemente ciertos sonidos, o sea, objetos en cuyo complejo perceptivo interviene también un sonido. En virtud de la tendencia imitativa que surge en el curso del proceso del juicio [parágrafo 18 de la primera parte] es posible hallar una noticia de movimiento [de uno mismo] que corresponda a esa imagen sonora. También esta clase de recuerdos puede tornarse ahora consciente. Sólo hace falta agregar asociativamente a las percepciones sonidos deliberadamente producidos, para que los recuerdos despertados al atender a los signos de descarga tonal se tornen conscientes, igual que las percepciones, y puedan ser catectizados desde y.

PROYECTO DE UNA PSICOLOGÍA PARA NEURÓLOGOS**1895**

Tomo: I; Páginas: 261

Cita:

Así hemos comprobado que lo característico del proceso del pensamiento cognoscitivo es el hecho de que la atención se encuentre desde un principio dirigida a los signos de la descarga cogitativa, o sea, a los signos verbales [del lenguaje]. Como sabemos, también el denominado pensamiento «consciente» se lleva a cabo acompañado por una ligera descarga motriz. (Cfr. nota 157: El pensamiento "es esencialmente un tipo experimental de acción, con desplazamiento de menores cantidades de catexia y con escasa derivación (descarga) de las mismas. [Los dos principios del suceder psíquico, 1911.] Este pasaje falta en la traducción castellana de López Ballesteros, y su omisión torna ininteligible el párrafo respectivo.)

PROYECTO DE UNA PSICOLOGÍA PARA NEURÓLOGOS

1895

Tomo: I; Páginas: 261-263

Cita:

Bien quisiéramos tener ahora alguna información cuantitativa sobre este proceso del pensamiento cognoscitivo. Ya sabemos que en este caso la percepción está hipercatectizada, en comparación con el proceso asociativo simple, y que el proceso mismo [del pensamiento] consiste en un desplazamiento de cantidades (Qh) que es regulado por la asociación con signos de cualidad. En cada punto de detención se renueva la catexis y, y finalmente tiene lugar una descarga a partir de las neuronas motrices de la vía del lenguaje. Cabe preguntarse ahora si este proceso significa para el yo una considerable pérdida de cantidad (Qh), o si el gasto consumido por el pensamiento es relativamente leve. La respuesta a esta cuestión nos es sugerida por el hecho de que las inervaciones del lenguaje derivadas en el curso del pensamiento son evidentemente muy pequeñas. No hablamos realmente [al pensar], como tampoco nos movemos realmente cuando nos representamos una imagen de movimiento. Pero la diferencia entre imaginación y movimiento es sólo cuantitativa, como nos lo han enseñado las experiencias de «lectura del pensamiento». Cuando pensamos con intensidad realmente podemos llegar a hablar en voz alta. Pero ¿cómo es posible efectuar descargas tan pequeñas si, como sabemos, las cantidades pequeñas (Qh) no pueden cursar y las grandes se nivelan en masa a través de las neuronas motrices?

Es probable que las cantidades afectadas por el desplazamiento en el proceso cogitativo no sean de considerable magnitud. En primer lugar, el gasto de grandes cantidades (Qh) significaría para el yo una pérdida que debe ser limitada en la medida de lo posible, dado que la cantidad (Qh) es requerida para la acción específica, tan exigente. En segundo lugar, una cantidad considerable (Qh) recorrería simultáneamente varias vías asociativas, con lo cual no dejaría tiempo suficiente para la catectización del pensamiento y causaría además un gasto considerable. Por consiguiente, las cantidades (Qh) que cursan durante el proceso del pensamiento deben ser forzosamente reducidas. No obstante [*], de acuerdo con nuestra hipótesis, la percepción y el recuerdo deben estar hipercatectizados en el proceso del pensamiento, y deben estarlo en medida más intensa que en la percepción simple. Además, existen diversos grados de intensidad de la atención, lo que sólo podemos interpretar en el sentido de que existen diversos grados de intensificación de las cantidades catectizantes (Qh). En tal caso el proceso de la vigilancia observadora [de las asociaciones] sería precisamente tanto más difícil cuanto más intensa fuese la atención, lo que sería tan inadecuado que ni siquiera podemos admitirlo.

Así nos encontramos frente a dos requerimientos aparentemente contradictorios: fuerte catexis y débil desplazamiento. Si quisiéramos armonizarlos nos veríamos

obligados a admitir algo que podría calificarse como un estado de «ligadura» [*] en las neuronas, que aun en presencia de una catexis elevada permite sólo una escasa corriente. Esta hipótesis se torna más verosímil considerando que la corriente en una neurona es evidentemente afectada por las catexis que la rodean. Ahora bien: el propio yo es una masa de neuronas de esta especie que mantienen fijadas sus catexis; es decir, que se encuentran en estado de ligadura, cosa que evidentemente sólo puede ser el resultado de su influencia mutua. Por tanto, bien podemos imaginarnos que una neurona perceptiva, catectizada con atención, sea por ello en cierto modo transitoriamente absorbida por el yo, y que desde ese momento se encuentre sujeta a la misma ligadura de su cantidad (Q_h) que afecta a todas las demás neuronas yoicas. Si es catectizada más intensamente la cantidad (Q) de su corriente puede quedar disminuida en consecuencia, y no necesariamente aumentada (?). Podemos imaginarnos, verbigracia, que en virtud de esta ligadura sea librada a la corriente precisamente la cantidad externa (Q), mientras que la catexis de la atención quede ligada; un estado de cosas que no necesita ser, por cierto, permanente.

Así, el proceso del pensamiento quedaría mecánicamente caracterizado por esta condición de «ligadura» que combina una elevada catexis con una reducida corriente [de cantidad]. Cabe imaginar otros procesos en los cuales la corriente sea proporcional a la catexis, o sea, procesos con descarga no inhibida.

PROYECTO DE UNA PSICOLOGÍA PARA NEURÓLOGOS

1895

Tomo: I; Páginas: 263

Cita:

De esta manera nos encontramos inesperadamente ante el más oscuro de todos los problemas: el origen del yo; es decir, de un complejo de neuronas que mantienen fijada su catexis, o sea, que constituyen por breves períodos un complejo con nivel constante [de cantidad] [*]. La consideración genética de este problema será la más promisor. Originalmente el yo consiste en las neuronas nucleares, que reciben cantidad endógena (Qh) por las vías de conducción y que la descargan por medio de la alteración interna. La «vivencia de satisfacción» procura a este núcleo una asociación con una percepción (la imagen desiderativa) y con una noticia de movimiento (la porción refleja de la acción específica). La educación y el desarrollo de este yo primitivo tienen lugar en el estado repetitivo del deseo, o sea, en los estados de expectación. El yo comienza por aprender que no debe catectizar las imágenes motrices (con la descarga consiguiente), mientras no se hayan cumplido determinadas condiciones por parte de la percepción. Aprende además que no debe catectizar la idea desiderativa por encima de cierta medida, pues si así lo hiciera se engañaría a sí mismo de manera alucinatoria. Si respeta, empero, estas dos restricciones y si dirige su atención hacia las nuevas percepciones, tendrá una perspectiva de alcanzar la satisfacción perseguida. Es claro entonces que las restricciones que impiden al yo catectizar la imagen desiderativa y la imagen motriz por encima de cierta medida son la causa de una acumulación de cantidad (Qh) en el yo y parecerían obligarlo a transferir su cantidad (Qh), dentro de ciertos límites, a las neuronas que se encuentren a su alcance.

PROYECTO DE UNA PSICOLOGÍA PARA NEURÓLOGOS**1895**

Tomo: I; Páginas: 264

Cita:

Sólo queda por averiguar ahora cómo se originan las dos barreras que garantizan el nivel constante del yo, en particular el de las barreras contra las imágenes de movimiento que impiden la descarga. Aquí nos encontramos ante un punto decisivo para nuestra concepción de toda la organización. Sólo podemos decir que cuando aún no existía esta barrera y cuando, junto con el deseo, producíase también la descarga motriz, el placer esperado debió de faltar siempre y el desencadenamiento continuo de estímulos endógenos concluyó por causar displacer. Sólo esta amenaza de displacer, vinculada a la descarga prematura, puede corresponder a la barrera que aquí estamos considerando. En el curso del desarrollo ulterior la facilitación asume una parte de la tarea [de llevar a cabo las restricciones]. Sigue en pie, sin embargo, el hecho de que la cantidad (Qh) en el yo se abstiene de catectizar, sin más ni más, las imágenes motrices, pues si así lo hiciera llevaría a un desencadenamiento de displacer.

PROYECTO DE UNA PSICOLOGÍA PARA NEURÓLOGOS**1895**

Tomo: I; Páginas: 264

Cita:

Todo lo que aquí describo como una adquisición biológica del sistema neuronal me lo imagino representado por semejante amenaza de displacer, cuyo efecto consistiría en que no sean catectizadas aquellas neuronas que conducen al desencadenamiento de displacer. Esto constituye la defensa primaria, lógica consecuencia de la tendencia básica del sistema neuronal [parágrafo 1 de la primera parte]. El displacer sigue siendo el único medio de educación. No atino a decidir, por supuesto, cómo podríamos explicar mecánicamente dicha defensa primaria, esa no-catectización por amenaza de displacer.

PROYECTO DE UNA PSICOLOGÍA PARA NEURÓLOGOS**1895**

Tomo: I; Páginas: 264-265

Cita:

...(Cfr. importancia y necesidad para distinguir entre las catexias de percepciones reales y las catexias de deseos de la atención...) Mas la regla biológica de la atención, en la medida en que concierne al yo, es la siguiente: cuando aparezca un signo de realidad, la catexis perceptiva que exista simultáneamente deberá ser hipercatectizada. He aquí la segunda regla biológica; la primera era la de la defensa primaria.

PROYECTO DE UNA PSICOLOGÍA PARA NEURÓLOGOS**1895**

Tomo: I; Páginas: 265

Cita:

Retornemos ahora a nuestra descripción del proceso del pensamiento observador o cognoscitivo. En él, al contrario de lo que ocurre en los procesos de expectación, las percepciones no inciden sobre catexis desiderativas, o sea, que son los primeros signos de realidad los que dirigen la atención del yo hacia la región perceptiva que habrá de ser catectizada. El decurso asociativo de la cantidad (Q) que [las percepciones] traen consigo tiene lugar por neuronas que ya están precatectizadas, y en cada pasaje vuelve a liberarse la Qj (la cantidad perteneciente a las neuronas j), que es desplazada [a lo largo de esas neuronas precatectizadas]. Durante este decurso asociativo se generan los signos de cualidad (del lenguaje), a consecuencia de los cuales el decurso asociativo se consciencia y se torna reproducible.

PROYECTO DE UNA PSICOLOGÍA PARA NEURÓLOGOS**1895**

Tomo: I; Páginas: 265-266

Cita:

No cabe duda que esto es muy cierto, pero la consideración de los signos de cualidad no es, por ello, superflua. En efecto, cabe destacar que la regla biológica de la atención que acabamos de establecer es una abstracción derivada de la percepción y que en un principio sólo rige para los signos de realidad. También los signos de descarga por medio del lenguaje son, en cierto sentido, signos de realidad -aunque sólo signos de la realidad cogitativa y no de la exterior [*]-; pero en modo alguno ha podido imponerse para estos signos de realidad cogitativa una regla biológica como la que estamos considerando, ya que su violación no entrañaría ninguna amenaza constante de displacer. El displacer producido al pasar por alto el (re)conocimiento no es tan flagrante como el que se genera al ignorar el mundo exterior, aunque ambos casos son, en el fondo, uno y el mismo. Así, pues, existe realmente una especie de proceso cogitativo observador, en el que los signos de cualidad nunca son evocados, o únicamente lo son en forma esporádica, siendo posibilitado dicho proceso porque el yo sigue automáticamente con sus catexis el decurso asociativo. Ese proceso cogitativo hasta es, con mucho el más frecuente de todos, y en modo alguno puede considerárselo anormal es nuestro pensamiento de tipo común; inconsciente, pero con ocasionales irrupciones a la consciencia; en suma, es el denominado «pensamiento consciente», con eslabones intermedios inconscientes que pueden, empero, ser conscienciados.

PROYECTO DE UNA PSICOLOGÍA PARA NEURÓLOGOS

1895

Tomo: I; Páginas: 266

Cita:

No obstante, el valor de los signos cualitativos para el pensamiento es incuestionable. En primer lugar, la suscitación de signos de cualidad intensifica las catexis en el decurso asociativo y asegura la atención automática, que, si bien no sabemos cómo, está evidentemente vinculada a la emergencia de catexis. Además -lo que parece ser más importante- la atención dirigida a los signos cualitativos asegura la imparcialidad del decurso de asociación. En efecto, al yo le resulta muy difícil colocarse en la situación del puro y simple «investigar» [explorar]. El yo casi siempre tiene catexis intencionales [*] o desiderativas, cuya presencia durante la actividad exploradora influye, como veremos más adelante sobre el curso de asociación, produciendo así un falso conocimiento de las percepciones. Ahora bien: no existe ninguna protección mejor contra esta falsificación por el pensamiento que la de una cantidad normalmente desplazable (Qh) que sea dirigida por el yo hacia una región incapaz de manifestar (es decir, de provocar) ninguna desviación semejante del decurso asociativo. Sólo existe un expediente de esta clase: la orientación de la atención hacia los signos de cualidad, pues éstos no equivalen a ideas intencionales, sino que, por el contrario, su catectización acentúa todavía más el decurso asociativo, al contribuir con nuevos aportes de la cantidad catectizante.

Por tanto, el pensamiento que es acompañado por la catectización de los signos de realidad cogitativa o de los signos de lenguaje representa la forma más alta y segura del proceso cogitativo cognoscitivo.

PROYECTO DE UNA PSICOLOGÍA PARA NEURÓLOGOS

1895

Tomo: I; Páginas: 267

Cita:

Dado que la suscitación de signos cogitativos es evidentemente útil, podemos presumir la existencia de dispositivos especialmente destinados a asegurarla. En efecto, los signos de pensamiento no surgen espontáneamente y sin la colaboración de y, a diferencia de los signos de realidad. La observación nos demuestra al respecto que dichos dispositivos no tienen en todos los procesos cogitativos la misma efectividad que poseen en los exploradores. Una condición previa para la suscitación de signos cogitativos es, en principio, su catectización con atención en tales condiciones esos signos surgen en virtud de la ley según la cual la facilitación queda mejorada entre dos neuronas conectadas y simultáneamente catectizadas, No obstante, la atracción ofrecida por la precatización de los signos cogitativos sólo tiene hasta cierto punto la fuerza suficiente para superar otras influencias. Así, por ejemplo, toda otra catexis vecina al decurso asociativo (como una catexis intencional o afectiva), competirá con aquélla [con la precatexis de atención] y tenderá a inconscienciar el decurso asociativo. Como lo confirma la experiencia, será producido un efecto similar si las cantidades que intervienen en el decurso asociativo son más considerables, pues elevarán el caudal de la corriente y acelerará con ello todo el decurso. La expresión cotidiana de que «algo ocurrió en uno con tal rapidez que uno ni siquiera se dio cuenta» es, sin duda, absolutamente correcta, y también es un hecho sabido que los afectos pueden interferir la suscitación de los signos cogitativos.

De todo esto se desprende una nueva regla para nuestra descripción mecánica de los procesos psíquicos: la de que el decurso asociativo, que no puede ser alterado por el nivel [de catexis], puede serlo, en cambio, por la propia magnitud de la cantidad (Q) fluente. En términos generales, una cantidad (Q) de gran magnitud adopta, a través de la red de facilitaciones, una vía distinta que la seguida por una cantidad menor.

PROYECTO DE UNA PSICOLOGÍA PARA NEURÓLOGOS**1895**

Tomo: I; Páginas: 268

Cita:

Existen, evidentemente, otras formas del proceso cogitativo que no persiguen el desinteresado fin del (re)conocimiento, sino algún otro fin de índole práctica. Así, el estado de expectación, a partir del cual se desarrolló el pensamiento en general, es un ejemplo de este segundo tipo de pensamiento. En él se retiene firmemente una catexis desiderativa, mientras que una segunda catexis, perceptiva, emerge y es perseguida con atención. Pero el propósito de este proceso no es descubrir adónde conducirá en general [dicha catexis perceptiva], sino averiguar por qué vías conducirá a la activación de la catexis desiderativa que en el ínterin ha sido retenida. Este tipo de proceso cogitativo - biológicamente más primitivo- puede ser fácilmente representado basándonos en nuestras hipótesis. Sea + V la idea desiderativa que se mantiene especialmente catectizada, y W 168) la percepción que habrá de ser perseguida: en tal caso el primer resultado de la catectización atenta de W consistirá en que la Qj [la cantidad perteneciente a las neuronas j] fluya hacia la neurona a, la mejor facilitada; de ésta pasaría una vez más a la mejor vía, si no fuese interferida por la existencia de catexis colaterales. Si de a partiesen tres vías -b, c y d, en el orden de su [grado de] facilitación- y si d estuviera situada en la vecindad de la catexis desiderativa + V, el resultado bien podría ser que la Qj, a pesar de las facilitaciones, no fluyera hacia c y b, sino hacia d, y de allí hacia + V, revelándose así que la vía buscada era W -a - d - + V. Vemos actuar aquí el principio, que ya hemos admitido hace tiempo [parágrafo 11 de la primera parte], de que la catexis puede no seguir la facilitación, o sea, que también puede actuar contra ella y que, en consecuencia, la catexis colateral puede modificar el decurso de cantidad [Qh]. Dado que las catexis son modificables, está dentro del arbitrio del yo cambiar el curso adoptado desde W en el sentido de cualquier catexis intencional.

PROYECTO DE UNA PSICOLOGÍA PARA NEURÓLOGOS**1895**

Tomo: I; Páginas: 268-269

Cita:

Bajo «catexis intencional» cabe entender aquí, no una catexis uniforme, como la que afecta todo un sector en el caso de la atención, sino una catexis en cierto modo «enfaticante», que sobresale por encima del nivel yoico. Probablemente sea preciso admitir que en este tipo de pensamiento con catexis intencionales simultáneamente fluye también cantidad [Qh] desde + V, de modo que el decurso [asociativo] desde W puede ser influido, no sólo por + V, sino también por los puntos sucesivos que recorre. La única diferencia es, en tal caso, que la vía desde + V ... es conocida y está fijada, mientras que la vía que parte de W ... a... es desconocida y aún debe ser descubierta. Dado que en realidad nuestro yo siempre alimenta catexis intencionales -a menudo hasta muchas al mismo tiempo-, podemos comprender ahora la dificultad de llevar a cabo un pensamiento puramente cognoscitivo, así como la posibilidad de alcanzar en el curso del pensamiento práctico las vías más dispares, en distintos momentos, bajo distintas circunstancias y por distintas personas.

PROYECTO DE UNA PSICOLOGÍA PARA NEURÓLOGOS**1895**

Tomo: I; Páginas: 269

Cita:

El pensamiento práctico también nos permite apreciar en su justo valor las dificultades del pensamiento en general, que ya conocemos por propia experiencia. Retomemos nuestro ejemplo anterior, en el que la corriente Qj fluiría naturalmente [siguiendo las facilitaciones] hacia b y c, mientras que d sobresale por su estrecha conexión con la catexis intencional o con la idea derivada de ella. Puede ocurrir entonces que la influencia de la facilitación a favor de b...c sea tan considerable, que supere ampliamente la atracción hacia d... + V. A fin de que, no obstante, el decurso [de asociación] se dirija hacia + V, sería necesario que la catexis de + V y de sus ideas derivadas fuese intensificada aún más; quizá sería necesario también que la atención hacia W fuese modificada en el sentido de alcanzar un mayor o menor grado de «ligadura» y un nivel de corriente que sea más favorable a la vía d... + V. Tal gasto requerido para superar buenas facilitaciones con el objeto de atraer la cantidad (Q) hacia vías menos facilitadas, pero más próximas a la catexis intencional, corresponde plenamente a la dificultad del pensamiento.

PROYECTO DE UNA PSICOLOGÍA PARA NEURÓLOGOS

1895

Tomo: I; Páginas: 269-270

Cita:

El papel desempeñado por los signos de cualidad en el pensamiento práctico apenas difiere del que tienen en el pensamiento cognoscitivo. Los signos cualitativos aseguran y fijan el curso [asociativo]; pero no son absolutamente indispensables para el mismo. Si reemplazamos las neuronas y las ideas individuales, respectivamente, por complejos de neuronas y de ideas, nos topamos con una complejidad del pensamiento práctico que se sustrae a toda posibilidad de descripción, aunque comprendemos que precisamente en estos casos sería conveniente llegar a conclusiones rápidas [véase parágrafo 4 de esta tercera parte]. En el curso del pensamiento práctico, empero, los signos cualitativos no suelen ser plenamente suscitados, y es precisamente su completo desarrollo el que sirve para amortiguar y complicar el curso asociativo. Cuando dicho curso desde una percepción particular a determinadas y particulares catexis intencionales haya sido seguido repetidamente y se encuentre estereotipado por facilitaciones mnemónicas, generalmente no existiría ya motivo alguno para la suscitación de los signos de cualidad.

El fin del pensamiento práctico es [el establecimiento de] la identidad, es decir, el desemboque de la catexis Qj, desplazada, en la catexis desiderativa, que en el ínterin habrá sido firmemente retenida. Como consecuencia puramente biológica, cesa con ello toda necesidad de pensar y se posibilita, en cambio, la plena y total inervación de las imágenes motrices que hayan sido tocadas durante el pasaje [de cantidad], imágenes que en tales circunstancias constituyen un elemento accesorio permisible de la acción específica. Dado que durante el pasaje [de cantidad] la catexis de estas imágenes motrices sólo era de carácter «ligado», y dado que el proceso cogitativo partió de una percepción (W) que únicamente fue perseguida en calidad de imagen mnemónica, todo el proceso cogitativo puede independizarse tanto del proceso expectacional como de la realidad, progresando hacia la identidad sin experimentar modificación alguna. Así [el proceso cogitativo] parte de una mera representación [idea], y ni siquiera lleva a la acción una vez que ha concluido, pero [en el ínterin] habrá producido un conocimiento práctico que, dada una oportunidad real, podrá ser utilizado. La experiencia demuestra, en efecto, que conviene tener preparado el proceso cogitativo práctico cuando se lo necesite en virtud de las condiciones de la realidad, y no tener que improvisarlo en tal ocasión.

PROYECTO DE UNA PSICOLOGÍA PARA NEURÓLOGOS**1895**

Tomo: I; Páginas: 270

Cita:

Junto al pensamiento cognoscitivo y al pensamiento práctico, debemos diferenciar un pensamiento reproductivo o recordante, que en parte coincide con el práctico, pero que no lo cubre totalmente. Este recordar es la condición previa de todo examen realizado por el pensamiento crítico; persigue un determinado proceso cogitativo en sentido retrógrado, retrocediendo posiblemente hasta una percepción, y al hacerlo procede, una vez más, sin un fin dado (en contraste con el pensamiento práctico) y recurriendo copiosamente a los signos de cualidad. En este curso retrógrado el proceso se encuentra con eslabones intermedios que hasta entonces permanecieron inconscientes y que no dejaron tras de sí ningún signo de cualidad, pero cuyos signos cualitativos emergerán posteriormente [ex post facto. I.]. De esto se desprende que el decurso cogitativo puede dejar trazas por sí mismos, sin necesidad de signos cualitativos. Claro está que en algunos casos parecería que ciertos trechos [de un tren de ideas] sólo pueden ser conjeturados porque sus puntos inicial y terminal están dados por signos de cualidad.

PROYECTO DE UNA PSICOLOGÍA PARA NEURÓLOGOS

1895

Tomo: I; Páginas: 271-272

Cita:

En el decurso del pensamiento, sea éste cognoscitivo, crítico o práctico, pueden ocurrir múltiples y variados sucesos que merecen una descripción. El pensamiento puede conducir al displacer o puede llevar a la contradicción.

Examinemos el caso de que el pensamiento práctico, acompañado por catexis intencionales, lleve a un desencadenamiento de displacer. La experiencia cotidiana nos enseña que semejante suceso actúa como obstáculo para el proceso cogitativo. ¿Cómo es posible entonces que ocurra siquiera? Si un recuerdo genera displacer al ser catectizado, ello se debe, en términos muy generales, al hecho de que en su oportunidad, cuando acaeció, la percepción correspondiente generó displacer, o sea, que formó parte de una vivencia de dolor. La experiencia demuestra también que las percepciones de esta clase atraen un alto grado de atención, pero que no suscitan tanto sus propios signos de cualidad, sino más bien los de la reacción que dichas percepciones desencadenan; por tanto, están asociadas con sus propias manifestaciones de afecto y de defensa. Si perseguimos las visicitudes de tales percepciones una vez que se han convertido en imágenes mnemónicas, comprobamos que sus primeras repeticiones todavía despiertan afecto, tanto como displacer, pero que con el correr del tiempo pierden esta capacidad. Simultáneamente experimentan otra transformación. Al principio conservan el carácter de las cualidades sensoriales; pero cuando dejan de ser capaces de suscitar afectos pierden también dichas cualidades sensoriales y se asemejan progresivamente a otras imágenes- mnemónicas. Si un tren de ideas se topa con aquel tipo de imagen mnemónica aún «indómita», se generan los signos cualitativos que le corresponden -a menudo de carácter sensorial-, además de sensaciones displacenteras y de tendencias a la descarga, cuya combinación caracteriza un afecto determinado, y con esto queda interrumpido el curso del pensamiento.

¿Qué podría ocurrir con los recuerdos susceptibles de generar afecto, para que concluyan por quedar dominados? No cabe suponer que el «tiempo» debilite su capacidad de repetir la generación de afecto, dado que normalmente dicho factor contribuye más bien a intensificar una asociación. Es evidente que a esas repeticiones debe ocurrirles, en el «tiempo», algo que lleve al sometimiento de los recuerdos, y ese algo sólo puede consistir en que [los recuerdos] lleguen a ser dominados por alguna relación con el yo o con las catexis del yo. Si dicho proceso tarda en estos casos más de lo que tarda normalmente, es preciso encontrarle un motivo particular; en efecto, tal motivo radica en el origen de esos recuerdos capaces de generar afecto. Siendo trazas de vivencias de dolor, han estado catectizados (de acuerdo con nuestra hipótesis del dolor) con excesiva Qj [cantidad perteneciente a las neuronas j] y han adquirido una excesiva

facilitación hacia el desencadenamiento de displacer y de afecto. Por consiguiente, deberán recibir del yo una «ligadura» especialmente considerable y reiterada, a fin de poder compensar esa facilitación hacia el displacer.

El hecho de que los recuerdos sigan teniendo carácter alucinatorio durante tan largo tiempo, también requiere una explicación, que sería de importancia precisamente para nuestro concepto de la alucinación misma. Es lógico suponer que la capacidad de un recuerdo para generar alucinaciones, como su capacidad de generar afectos, son signos de que la catexis del yo todavía no ha adquirido ninguna influencia sobre el recuerdo y de que en éste predominan los métodos primarios de descarga y el proceso total o primario.

Estamos obligados a suponer que en los estados de alucinamiento la cantidad (Q) fluye retrógradamente hacia j , y con ello hacia W (w); por tanto, una neurona ligada no permite tal reflujo. Cabe preguntarse también si lo que posibilita dicho reflujo es la excesiva magnitud de la cantidad que catectiza el recuerdo, pero aquí debemos recordar que tal cantidad considerable (Q) únicamente se encuentra en la primera ocasión, en la vivencia misma del dolor. Al producirse sus repeticiones sólo nos encontramos ante catexis mnemónicas de magnitud habitual, que, no obstante, genera alucinación y displacer. Sólo podemos presumir que lo logran en virtud de una facilitación extraordinariamente intensa. De ello se desprende que una cantidad j de magnitud común basta perfectamente para asegurar el reflujo y para excitar la descarga, con lo cual gana importancia el efecto inhibitor de la ligadura por el yo.

Finalmente se logrará catectizar el recuerdo del dolor en forma tal que ya no pueda exhibir reflujo alguno y que sólo pueda desencadenar un mínimo displacer. Estará entonces dominado, y lo estará por una facilitación cogitativa suficientemente poderosa para sostener un efecto permanente y para volver a ejercer una inhibición cada vez que se repita posteriormente dicho recuerdo. La vía que conduce al desencadenamiento de displacer aumentará gradualmente su resistencia en virtud del desuso, pues las facilitaciones están sujetas a una gradual decadencia (es decir, al olvido). Sólo una vez que esto haya ocurrido, el recuerdo habrá llegado a ser un recuerdo dominado, como otro cualquiera.

PROYECTO DE UNA PSICOLOGÍA PARA NEURÓLOGOS**1895**

Tomo: I; Páginas: 272

Cita:

Parece, empero, que este proceso de sometimiento del recuerdo deja tras de sí rastros permanentes en el proceso cogitativo. Dado que antes quedaba interrumpido el curso del pensamiento cada vez que se activaba la memoria, y se suscitaba displacer, surge ahora una tendencia a inhibir el curso del pensamiento en cuanto al recuerdo sometido genere su traza de displacer. Esta tendencia es muy conveniente para el pensamiento práctico, pues un eslabón intermedio que lleve al displacer, de ningún modo puede hallarse en la vía perseguida hacia la identidad con la catexis desiderativa. Así surge una defensa cogitativa primaria, que en el pensamiento práctico toma el desencadenamiento de displacer como señal de que una vía determinada habrá de ser abandonada, es decir, de que la catexis de la atención deberá dirigirse en otro sentido [*]. Aquí, una vez más, es el displacer el que dirige la corriente de cantidad (Qh), tal como lo hizo de acuerdo con la primera regla biológica. Se podría preguntar por qué esta defensa cogitativa no se dirigió contra el recuerdo cuando aún era capaz de generar afecto. Cabe presumir, sin embargo, que en esa oportunidad se le opuso la segunda regla biológica, la regla que postula la atención frente a todo signo de realidad y la memoria aún indómita era perfectamente susceptible de imponer la producción de signos reales de cualidad. Como vemos, ambas reglas se concilian perfectamente en un mismo propósito práctico.

PROYECTO DE UNA PSICOLOGÍA PARA NEURÓLOGOS**1895**

Tomo: I; Páginas: 273

Cita:

Es interesante observar cómo el pensamiento práctico se deja guiar por la regla biológica de defensa. En el pensamiento teórico (cognoscitivo y crítico) ya no se comprueba la intervención de dicha regla. Esto es comprensible, pues en el pensamiento intencional se trata de encontrar un camino cualquiera, pudiéndose descartar todos los que estén afectados de displacer, mientras que en el pensamiento teórico habrán de ser explorados todos los caminos.

PROYECTO DE UNA PSICOLOGÍA PARA NEURÓLOGOS**1895**

Tomo: I; Páginas: 273

Cita:

Cabe preguntarse todavía cómo es posible que ocurra el error en el curso del pensamiento. ¿Qué es el error?

Tendremos que examinar aún más detenidamente el proceso del pensamiento. El pensamiento práctico, del que procede todo pensamiento, sigue siendo también la meta final de todo proceso cogitativo. Todas las demás formas son derivados de aquél. Es una evidente ventaja si la conversión cogitativa que tiene lugar en el pensamiento práctico ha podido ser cumplida de antemano y no necesita ser realizada una vez surgido el estado de expectación, pues: 1) se gana un tiempo que podrá ser dedicado a la elaboración de la acción específica; 2) el estado de expectación está lejos de ser particularmente favorable al decurso cogitativo. El valor de la prontitud durante el breve intervalo que media entre la percepción y la acción se evidencia considerando la celeridad con que cambian las percepciones. Si el proceso del pensamiento ha persistido demasiado, su resultado se habrá invalidado en el ínterin. Por tal razón, premeditamos.

PROYECTO DE UNA PSICOLOGÍA PARA NEURÓLOGOS**1895**

Tomo: I; Páginas: 273

Cita:

(Cfr. el problema del error) El primero de los procesos cogitativos derivados [del pensamiento práctico] es el de la judicación, a la cual el yo llega gracias a algo que descubre en su propia organización: gracias a la ya mencionada coincidencia parcial entre las catexis perceptivas y las noticias del propio cuerpo. En virtud de ella, los complejos perceptivos se dividen en una parte constante e incomprendida -la cosa- y una parte cambiante y comprensible: los atributos o movimientos de la cosa. Dado que el «complejo-cosa» sigue reapareciendo en combinación con múltiples «complejos-atributo», y éstos, a su vez, en combinación con múltiples «complejos-cosa», se da la posibilidad de elaborar vías de pensamiento que lleven de estos dos tipos de complejos hacia el «estado de cosa» deseado, de una manera que tenga, en cierto modo, validez general y que sea independiente de la circunstancial y momentánea percepción real [*]. La actividad cogitativa realizada con juicios, en lugar de complejos perceptivos desordenados, significa, pues, una considerable economía. Pasamos por alto aquí la cuestión de si la unidad psicológica así alcanzada también está representada en el decurso del pensamiento por una unidad neuronal correspondiente y si ésta es otra que la unidad de la imagen verbal.

PROYECTO DE UNA PSICOLOGÍA PARA NEURÓLOGOS**1895**

Tomo: I; Páginas: 273-274

Cita:

El error puede inmiscuirse ya en el establecimiento del juicio. En efecto, los complejos-cosa a los complejos-movimiento no son nunca totalmente idénticos, y entre sus elementos discrepantes puede haber algunos cuya omisión vicia el resultado en la realidad. Este defecto del pensamiento tiene su origen en la tendencia (que efectivamente estamos imitando aquí) a sustituir el complejo por una neurona única, tendencia a la que nos impele la inmensa complejidad [del material]. He aquí las equivocaciones del juicio por defectos de las premisas.

Otra fuente de error puede radicar en la circunstancia de que los objetos perceptivos de la realidad no sean percibidos completamente por hallarse fuera del campo de los sentidos. He aquí los errores por ignorancia, ineludibles para para todo ser humano. Cuando no es éste el caso, puede haber sido defectuosa la precatectización psíquica (por haber sido distraído el yo de las percepciones) llevando a percepciones imprecisas y a decursos cogitativos incompletos: he aquí los errores por atención insuficiente.

PROYECTO DE UNA PSICOLOGÍA PARA NEURÓLOGOS**1895**

Tomo: I; Páginas: 274

Cita:

Si ahora adoptamos, como material de los procesos cogitativos, los complejos ya juzgados y ordenados, en vez de los complejos vírgenes, se nos ofrecerá la oportunidad de abreviar el propio proceso cogitativo práctico. En efecto, si se ha demostrado que el camino que lleva de la percepción a la identidad con la catexis desiderativa pasa por una imagen motriz M, será biológicamente seguro que, una vez alcanzada dicha identidad, esta M quedará totalmente inervada. La simultaneidad de la percepción con M creará una intensa facilitación entre ambas, y toda próxima percepción evocará M sin necesidad de ningún decurso asociativo. (Esto presupone, naturalmente, que sea posible establecer en cualquier momento una conexión entre dos catexis.) Lo que originalmente fue una conexión cogitativa laboriosamente establecida, conviértese ahora, merced a una catectización total simultánea, en una poderosa facilitación. Sólo cabe preguntarse acerca de ésta si sigue siempre la vía originalmente descubierta, o si puede recorrer una línea de conexión más directa. Esto último parecería ser lo más probable y al mismo tiempo lo más conveniente, pues evitaría la necesidad de fijar vías de pensamiento que deben quedar disponibles para otras conexiones de la más diversa especie. Además, si la vía cogitativa no está sujeta a la repetición, tampoco podrá esperarse en ella facilitación alguna, y el resultado se fijará mucho mejor por medio de una conexión directa. Quedaría por establecer, empero, de dónde procede la nueva vía, problema que sería simplificado si ambas catexis, W y M, tuviesen una asociación común con una tercera.

PROYECTO DE UNA PSICOLOGÍA PARA NEURÓLOGOS**1895**

Tomo: I; Páginas: 274

Cita:

La porción del proceso cogitativo que pasa de la percepción a la identidad, a través de una imagen motriz, también podrá ser resaltada y suministrará un resultado similar si la atención fija la imagen motriz y la pone en asociación con las percepciones, que asimismo habrán vuelto a ser fijadas. También esta facilitación cogitativa se restablecerá cuando ocurra un caso real.

En este tipo de actividad cogitativa, la posibilidad de errores no es obvia a primera vista; pero no cabe duda de que se podrá adoptar una vía cogitativa inadecuada o que se podrá resaltar un movimiento antieconómico, dado que, después de todo, en el pensamiento práctico la selección depende exclusivamente de las experiencias reproducibles.

PROYECTO DE UNA PSICOLOGÍA PARA NEURÓLOGOS**1895**

Tomo: I; Páginas: 274

Cita:

Con el creciente número de recuerdos surgen cada vez nuevas vías de desplazamiento. De ahí que se considere conveniente seguir todas las percepciones hasta el final para hallar, entre todas las vías, las más favorables. Esta es la función del pensamiento cognoscitivo, que así aparece como una preparación para el pensamiento práctico, aunque en realidad sólo se haya desarrollado tardíamente de este último. Sus resultados tienen valor para más de una especie de catexis desiderativa.

PROYECTO DE UNA PSICOLOGÍA PARA NEURÓLOGOS**1895**

Tomo: I; Páginas: 275

Cita:

Los errores que pueden ocurrir en el pensamiento cognoscitivo son evidentes: la parcialidad, cuando no se evitan las catexis intencionales, y la falta de integridad, cuando no se han recorrido todos los caminos posibles. Claro está que en este caso es de incalculable utilidad que los signos de cualidad sean evocados simultáneamente. Cuando estos procesos cogitativos seleccionados son introducidos en el estado de expectación, es posible que todo el decurso asociativo, desde su eslabón inicial hasta el terminal, pase por los signos cualitativos, en vez de pasar por toda la extensión del pensamiento, y ni siquiera es necesario que la serie cualitativa coincida entonces totalmente con la serie cogitativa.

PROYECTO DE UNA PSICOLOGÍA PARA NEURÓLOGOS

1895

Tomo: I; Páginas: 275

Cita:

El displacer no desempeña ningún papel en el pensamiento teórico, de ahí que éste también sea posible en presencia de recuerdos «dominados».

PROYECTO DE UNA PSICOLOGÍA PARA NEURÓLOGOS**1895**

Tomo: I; Páginas: 275

Cita:

Quédanos por considerar otra forma de pensamiento: el crítico o examinador. Este tipo de pensamiento es motivado cuando, a pesar de haberse obedecido todas las reglas, el estado de expectación, con su acción específica consiguiente, no lleva a la satisfacción, sino al displacer. El pensamiento crítico, procediendo tranquilamente, sin ninguna finalidad práctica y recurriendo a todos los signos de cualidad, trata de repetir todo el decurso de cantidad (Qh) [*], con el fin de comprobar algún error de pensamiento o algún defecto psicológico. El pensamiento crítico es un pensamiento cognoscitivo que actúa sobre un objeto particular: precisamente sobre una serie de pensamientos [cogitativa]

PROYECTO DE UNA PSICOLOGÍA PARA NEURÓLOGOS**1895**

Tomo: I; Páginas: 275

Cita:

...¿en qué consisten los errores lógicos?

Brevemente dicho, en la inconsideración de las reglas biológicas que gobiernan el decurso cogitativo [las series de pensamientos]. Estas reglas establecen hacia dónde debe dirigirse en cada ocasión la catexis de la atención y cuándo debe detenerse el proceso del pensamiento. Están protegidas por amenazas de displacer, han sido ganadas por la experiencia y pueden ser traducidas sin dificultad a las reglas de la lógica, lo que habrá de ser demostrado en detalle. Por consiguiente, el displacer intelectual de la contradicción, ante el que se detiene el pensamiento examinador [crítico], no es otra cosa sino el displacer acumulado para proteger las reglas biológicas, que ahora es activado por el proceso cogitativo incorrecto.

La existencia de estas reglas biológicas queda demostrada precisamente por la sensación de displacer provocada por los errores lógicos. (Cfr. nota 174).

PROYECTO DE UNA PSICOLOGÍA PARA NEURÓLOGOS

1895

Tomo: I; Páginas: 275-276

Cita:

En cuanto a la acción, sólo podremos imaginárnosla ahora como la catectización total de aquellas imágenes motrices que hayan sido destacadas durante el proceso cogitativo, y también quizá de aquellas que hayan formado parte de la porción arbitraria [¿intencional? I.] de la acción específica (siempre que haya existido un estado de expectación). Aquí se renuncia al estado de ligadura y se retraen las catexis atencivas. En cuanto a lo primero [el abandono del estado de ligadura], obedece sin duda a que el nivel del yo ha caído inconteniblemente ante el primer pasaje [de cantidad] desde las neuronas motrices. No se debe pensar, naturalmente, que el yo quede completamente descargado a consecuencia de actos aislados, pues ello sólo podrá suceder en los actos de satisfacción más exhaustivos. Es muy instructivo comprobar que la acción no tiene lugar por inversión de la vía recorrida por las imágenes motrices, sino a lo largo de vías motrices especiales. De ahí también que el afecto agregado al movimiento no sea necesariamente el deseado, como debería serlo si se hubiese producido una simple inversión de la vía original. Por eso es que en el curso de la acción debe efectuarse una nueva comparación entre las noticias de movimiento entrantes y los movimiento ya precatectizados, y debe producirse una excitación de las inervaciones correctoras, hasta alcanzar la identidad. Aquí nos encontramos con la misma situación que ya comprobamos en el caso de las percepciones, con la única diferencia de que aquí es menor la multiplicidad, mayor la velocidad y existe una descarga constante y total, que allí faltaba por completo. Pero la analogía es notable entre el pensamiento práctico y la acción eficiente. Esto nos demuestra que las imágenes motrices son sensibles [sensoriales. I.]. Sin embargo, el hecho peculiar de que en el caso de la acción sean adoptadas nuevas vías, en lugar de recurrir a la inversión mucho más simple de la vía original, parece demostrar que el sentido de conducción de los elementos neuronales está perfectamente fijado, al punto que el movimiento neuronal quizá tenga distinto carácter en uno y en otro caso.

Las imágenes motrices son percepciones, y en calidad de tales poseen, naturalmente, cualidad y despiertan consciencia. También es evidente que en ocasiones pueden atraer la más considerable atención. Pero sus cualidades no son muy llamativas y quizá no sean tan multiformes como las del mundo exterior; no están asociadas con imágenes verbales, sino que en parte sirven más bien a esta asociación. Es preciso recordar, sin embargo, que no proceden de órganos sensoriales altamente organizados y que su cualidad es evidentemente monótona.

LA HERENCIA Y LA ETIOLOGÍA DE LAS NEUROSIS

1896

Tomo: I; Páginas: 279

Cita:

En cuanto a la etiología de las neurosis, pienso que se debe reconocer en teoría que las influencias etiológicas, diferentes entre sí por su categoría y por el orden de su relación con el efecto que producen, pueden agruparse en tres clases: condiciones, causas concurrentes y causas específicas. Las condiciones son indispensables para la producción de la afección de que se trate, pero su naturaleza es universal, y se encuentran igualmente en la etiología de muchas otras enfermedades. Las causas concurrentes colaboran también en la causación de otras afecciones pero no son, como las condiciones, indispensables para la producción de una determinada.

Por último, las causas específicas son tan indispensables como las condiciones pero no aparecen más que en la etiología de la afección, de la cual son específicas.

LA HERENCIA Y LA ETIOLOGÍA DE LAS NEUROSIS

1896

Tomo: I; Páginas: 281

Cita:

¿Cuáles son, pues, estas causas específicas de la neurosis? Es acaso una sola o son varias? ¿Puede quizá comprobarse una relación etiológica constante entre tal causa y tal efecto neurótico, de modo que a cada una de las grandes neurosis podamos adscribir una etiología particular?

Apoyado en un examen laborioso de los hechos, he de afirmar que esta última suposición corresponde exactamente a la realidad; que cada una de las grandes neurosis enumeradas tiene por causa inmediata una perturbación particular de la economía nerviosa, y que estas modificaciones patológicas funcionales reconocen como origen común la vida sexual del individuo, sea un desorden de la vida sexual actual, sean sucesos importantes de la vida pretérita.

LA HERENCIA Y LA ETIOLOGÍA DE LAS NEUROSIS

1896

Tomo: I; Páginas: 282

Cita:

Así, pues, la etiología específica de la histeria está constituida por una experiencia de pasividad sexual anterior a la pubertad.

LA HERENCIA Y LA ETIOLOGÍA DE LAS NEUROSIS

1896

Tomo: I; Páginas: 283

Cita:

¿Cómo llegar a convencerse de la realidad de estas confesiones obtenidas en el análisis que pretenden ser recuerdos conservados desde la primera infancia y cómo precaverse contra la inclinación de mentir y la facilidad de invención atribuidas a los histéricos? Yo mismo me acusaría de credulidad censurable si no dispusiese de otras pruebas más concluyentes. Pero es que los enfermos no cuentan jamás estas historias espontáneamente ni van nunca a ofrecer al médico en el curso del tratamiento el recuerdo completo de una tal escena. No se consigue despertar la huella física del suceso sexual precoz sino por medio de la más enérgica presión del procedimiento analítico y en lucha contra una enorme resistencia. Es necesario arrancar el recuerdo trozo a trozo, y mientras el mismo despierta en su consciencia, se muestran los pacientes invadidos por una emoción difícil de fingir.

LA HERENCIA Y LA ETIOLOGÍA DE LAS NEUROSIS

1896

Tomo: I; Páginas: 283

Cita:

¿Pueden comprenderse que una tal experiencia sexual precoz sufrida por un individuo cuyo sexo apenas se ha diferenciado todavía llegue a constituirse en origen de una anomalía psíquica persistente, como la histeria? ¿Y cómo armonizar una tal hipótesis con nuestras ideas actuales sobre el mecanismo psíquico de esta neurosis? A la primera de estas interrogaciones podemos dar una respuesta satisfactoria: precisamente por tratarse de un sujeto infantil no produce en su fecha la excitación efecto alguno, pero su huella psíquica perdura. Más tarde, cuando con la pubertad queda desarrollada la reactividad de los órganos sexuales hasta un nivel inconmensurable con relación al estado infantil, es reanimada esta huella psíquica inconsciente, y a causa de la transformación debida a la pubertad, despliega el recuerdo una potencia de la que careció totalmente el suceso mismo. El recuerdo actúa entonces como si fuese un suceso presente. Trátase, pues, por decirlo así, de una acción póstuma de un trauma sexual.

LA HERENCIA Y LA ETIOLOGÍA DE LAS NEUROSIS

1896

Tomo: I; Páginas: 284

Cita:

Todos los sucesos posteriores a la pubertad, a los cuales es preciso atribuir una influencia sobre el desarrollo de la neurosis histérica y sobre la formación de sus síntomas, no son en realidad sino causas concurrentes, agentes provocadores, como decía Charcot, para el cual ocupaba la herencia nerviosa el puesto que yo reclamo para la experiencia sexual precoz. Estos agentes accesorios no están sujetos a las condiciones estrictas que pesan sobre las causas específicas. El análisis demuestra de un modo irrefutable que sólo por su facultad de despertar la huella psíquica inconsciente del suceso infantil gozan de una influencia patógena en relación con la histeria. Su conexión con la huella patógena primaria es lo que lleva su recuerdo a lo inconsciente, facultándolos así para contribuir al desarrollo de una actividad psíquica sustraída al poder de las funciones conscientes.

NUEVAS OBSERVACIONES SOBRE LAS NEUROPSICOSIS DE DEFENSA

1896

Tomo: I; Páginas: 288

Cita:

(Nota 177) Una teoría psicológica de la represión habría de explicarnos también por qué son las representaciones de contenido sexual las únicas que pueden ser reprimidas. He aquí algunas indicaciones: El representar de contenido sexual produce en los genitales procesos de excitación análogos a los de la propia experiencia sexual. Podemos suponer que esta excitación somática se transforma en excitación psíquica. Por lo común, el efecto correspondiente es en la experiencia real mucho más fuerte que en el recuerdo de la misma. Pero cuando la experiencia real ha sobrevenido en una época anterior a la madurez sexual y su recuerdo es despertado en tiempos posteriores a la misma, actúa el recuerdo, produciendo una excitación incomparablemente más intensa de la que en su día produjo la experiencia, pues en el intermedio ha elevado la pubertad, de un modo extraordinario, la capacidad de reacción del aparato sexual. Esta relación inversa entre la experiencia real y el recuerdo es lo que parece integrar la condición de la represión. La vida sexual ofrece -por el retraso de la pubertad con respecto a las funciones psíquicas- la única posibilidad existente de una tal inversión de la eficacia relativa. Los traumas infantiles actúan a posteriori como experiencias recientes, pero ya desde lo inconsciente. Los límites de este estudio me imponen aplazar para otra ocasión más amplias explicaciones psicológicas. Sólo quiero indicar aún que a época de «maduración sexual» a la que aquí me refiero no coincide con la pubertad, sino que es anterior a ella (de los ocho a los diez años).

NUEVAS OBSERVACIONES SOBRE LAS NEUROPSICOSIS DE DEFENSA

1896

Tomo: I; Páginas: 289

Cita:

(Nota 178) Adición en 1924: «Todo este capítulo se halla dominado por un error, que más tarde he reconocido y rectificado repetidamente. Al escribirlo no sabíamos distinguir, de los recuerdos reales del sujeto, sus fantasías sobre sus años infantiles. En consecuencia, adscribimos a la seducción, como factor etiológico, una importancia y una generalidad de las que carece. Al superar este error fue cuando se nos hizo visible el campo de las manifestaciones espontáneas de la sexualidad infantil, que describimos en nuestras Aportaciones a una teoría sexual, publicadas en 1905. Sin embargo, no todo lo expuesto en el capítulo que antecede debe ser rechazado, pues la seducción conserva aún un cierto valor etiológico. Asimismo, creo aún exactas algunas de las observaciones psicológicas en él desarrolladas.»

NUEVAS OBSERVACIONES SOBRE LAS NEUROPSICOSIS DE DEFENSA

1896

Tomo: I; Páginas: 289-290

Cita:

La esencia de la neurosis obsesiva puede encerrarse en una breve fórmula: las representaciones obsesivas son reproches transformados, retornados de la represión, y referentes siempre a un acto sexual de la niñez ejecutado con placer. Para explicar esta fórmula será necesario describir el curso típico de una neurosis obsesiva.

Los sucesos que contienen el germen de la neurosis se desarrollan en un primer período, al que podemos dar el nombre de «la inmoralidad infantil». Primero, en la más temprana infancia, tienen efecto las experiencias pasivas, que más tarde hacen posible la represión, sobreviniendo luego los actos de agresión sexual contra el sexo contrario, los cuales motivan ulteriormente los reproches.

A este período pone fin la iniciación -a veces también adelantada- de la «maduración» sexual. Al recuerdo de aquellos actos placenteros se enlaza entonces un reproche, y la conexión en que se hallan con las experiencias iniciales de pasividad hace posible -con frecuencia después de un esfuerzo consciente-, recordando luego su represión y sustitución por un síntoma primario de defensa. Los escrúpulos, la vergüenza, la desconfianza en sí mismo son síntomas de este orden, con los cuales comienza el tercer período: el de la salud aparente y, en realidad, de la defensa conseguida.

NUEVAS OBSERVACIONES SOBRE LAS NEUROPSICOSIS DE DEFENSA

1896

Tomo: I; Páginas: 290

Cita:

El período siguiente -el de la enfermedad- se caracteriza por el retorno de los recuerdos reprimidos, o sea, por el fracaso de la defensa, siendo aún indeciso si el despertar de dichos recuerdos es con mayor frecuencia casual y espontáneo, o consecuencia y efecto secundario de perturbaciones sexuales actuales. Los recuerdos reanimados y los reproches de ellos surgidos no pasan nunca a la consciencia sin sufrir grandes alteraciones, y así, aquello que se hace consciente como representaciones y afectos obsesivos, sustituyendo para la vida consciente el recuerdo patógeno, son transacciones entre las representaciones reprimidas y las represoras.

NUEVAS OBSERVACIONES SOBRE LAS NEUROPSICOSIS DE DEFENSA

1896

Tomo: I; Páginas: 290-291

Cita:

Para describir precisa y exactamente los procesos de la represión y de la formación de representaciones transaccionales habríamos de decidirnos a admitir hipótesis muy definidas sobre el substrato del suceder psíquico y de la consciencia. Mientras queramos evitar tales hipótesis habremos de contentarnos con las siguientes observaciones: existen dos formas de neurosis obsesiva, según que el paso a la consciencia sea forzado tan sólo por el contenido mnémico de la acción, base del reproche, o también por el afecto concomitante. El primer caso es el de las representaciones obsesivas típicas en las cuales el contenido atrae toda la atención del enfermo, no sintiendo éste como afecto sino un vago displacer en lugar del correspondiente al reproche único que armonizaría con el contenido de la representación. Este contenido de la representación obsesiva aparece doblemente deformado con relación al acto infantil motivador, mostrándose sustituido lo pasado por algo actual, y reemplazado lo sexual por algo análogo no sexual. Estas dos transformaciones son obra de la tendencia a la represión, aún perdurante; tendencia que hemos de atribuir al yo. La influencia del recuerdo patógeno reanimado se muestra en el hecho de que el contenido de la representación obsesiva es todavía fragmentariamente idéntico al reprimido, o se deduce de él de un modo lógico. Si con ayuda del método psicoanalítico reconstruimos la génesis de una representación obsesiva hallamos que de una impresión actual parten dos procesos mentales, uno de los cuales, el que integra el recuerdo reprimido, se demuestra tan correctamente lógico como el otro, a pesar de no ser capaz de consciencia ni susceptible de rectificación. Cuando los resultados de estas dos operaciones psíquicas no coinciden, no tiene lugar la supresión lógica de la contradicción existente entre ambas, sino que al lado del resultado mental normal entra en la consciencia, a título de transacción entre la resistencia y el resultado mental patológico, una representación obsesiva aparentemente absurda. Cuando ambos procesos mentales dan el mismo resultado, se robustecen mutuamente, resultando así que un resultado mental normal se conduce como una representación obsesiva. Toda obsesión neurótica, emergente en lo psíquico, tiene su origen en la represión. Las representaciones obsesivas tienen, digámoslo así, curso psíquico forzoso, no por su propio valor, sino por la fuente de la que emanan o que las ha intensificado.

NUEVAS OBSERVACIONES SOBRE LAS NEUROPSICOSIS DE DEFENSA

1896

Tomo: I; Páginas: 291

Cita:

La neurosis obsesiva toma una segunda forma cuando lo que alcanza una representación en la vida psíquica consciente no es el contenido mnémico reprimido, sino el reproche, reprimido también. El afecto correspondiente al reproche puede transformarse por medio de un incremento psíquico en cualquier otro afecto displaciente.

Sucedido esto nada hay ya que se oponga a que el afecto sustitutivo se haga consciente. De este modo el reproche (de haber realizado en la niñez el acto sexual de que se trate) se transforma fácilmente en vergüenza (de que otra persona lo sepa), en miedo hipocondríaco (de las consecuencias físicas de aquel acto), en miedo social (a la condenación social del delito cometido), en miedo a la tentación (desconfianza justificada en la propia fuerza moral de resistencia), en miedo religioso, etc. En todos estos casos, el contenido mnémico del acto motivo del reproche puede también hallarse representado en la consciencia o quedar completamente desvanecido; circunstancia esta última que dificulta extraordinariamente el diagnóstico. Muchos casos que después de una investigación superficial se consideran como de hipocondría vulgar (neurasténica) pertenecen a este grupo de los afectos obsesivos. Así, la llamada «neurastenia periódica» o «melancolía periódica» resulta ser con insospechada frecuencia, una neurosis obsesiva de esta segunda forma; descubrimiento de no escasa importancia terapéutica.

NUEVAS OBSERVACIONES SOBRE LAS NEUROPSICOSIS DE DEFENSA

1896

Tomo: I; Páginas: 291

Cita:

Al lado de estos síntomas transaccionales, que significan el retorno de lo reprimido, y con ello el fracaso de la defensa primitivamente conseguida, forma la neurosis obsesiva otros, de un origen totalmente distinto. El yo intenta, en efecto, defenderse de las ramificaciones del recuerdo, inicialmente reprimido, y crea en esta lucha defensiva síntomas que podríamos reunir bajo el nombre de «defensa secundaria». Son estos síntomas, en su totalidad, «medidas preventivas», que prestan buenos servicios en la lucha contra las representaciones y los afectos obsesivos. Si estos elementos auxiliares consiguen efectivamente en la lucha defensiva reprimir de nuevo los síntomas del retorno, impuestos al yo, la obsesión se transferirá a las medidas preventivas mismas, y creará una tercera forma de la «neurosis obsesiva»: los actos obsesivos. Estos actos no son nunca primarios ni contienen otra cosa que una defensa y jamás una agresión. El análisis psíquico demuestra que, no obstante su singularidad, resultan siempre explicables refiriéndolos al recuerdo obsesivo, contra el cual combaten.

NUEVAS OBSERVACIONES SOBRE LAS NEUROPSICOSIS DE DEFENSA

1896

Tomo: I; Páginas: 292

Cita:

La defensa secundaria contra las representaciones obsesivas puede consistir en una violenta desviación del pensamiento hacia otras ideas, lo más opuestas posible. Así, en el caso de la especulación obsesiva recae ésta sobre temas abstractos contrapuestos al carácter, siempre concreto, de las representaciones reprimidas.

NUEVAS OBSERVACIONES SOBRE LAS NEUROPSICOSIS DE DEFENSA

1896

Tomo: I; Páginas: 292

Cita:

En otras ocasiones intenta el enfermo dominar cada una de sus ideas obsesivas por medio de un proceso mental lógico, y acogiéndose a sus recuerdos conscientes; conducta que le lleva al examen y a la duda obsesivos. La preferencia que en este examen obsesivo da el enfermo a la percepción sobre el recuerdo le impulsa primero y le fuerza después a coleccionar y conservar todos los objetos con los que entra en contacto. La defensa secundaria contra los afectos obsesivos da origen a una gran serie de medidas preventivas, susceptibles de transformarse en actos obsesivos. Tales medidas preventivas pueden clasificarse, según su tendencia, en los siguientes grupos: medidas de penitencia (ceremoniales molestos, observaciones de los números); de preservación (fobias de todas clases, superstición, minuciosidad incremento del síntoma primario de los escrúpulos); del miedo a delatarse (colección cuidadosa de todo papel escrito, misantropía); de aturdimiento (dipsomanía). Entre todos estos actos e impulsos obsesivos, corresponde a las fobias el lugar más importante.

NUEVAS OBSERVACIONES SOBRE LAS NEUROPSICOSIS DE DEFENSA

1896

Tomo: I; Páginas: 297-298

Cita:

Sólo me queda utilizar los datos adquiridos en el análisis de este caso de paranoia para una comparación entre tal enfermedad y la neurosis obsesiva. Tanto en una como en otra se nos muestra la represión como el nódulo del mecanismo psíquico, siendo en ambos casos lo reprimido un suceso sexual infantil. Todas las obsesiones proceden también en esta paranoia de la represión. Los síntomas de la paranoia son susceptibles de una clasificación análoga a la que llevamos a cabo con los de la neurosis obsesiva. Una parte de los síntomas -las ideas delirantes de desconfianza y persecución- procede de nuevo de la defensa primaria. En la neurosis obsesiva el reproche inicial ha sido reprimido por la formación del síntoma primario de la defensa, o sea, por la desconfianza en sí mismo. Con ello queda reconocida la justicia del reproche. En la paranoia, el reproche es reprimido por un procedimiento al que podemos dar el nombre de proyección, transfiriéndose la desconfianza sobre otras personas.

LA ETIOLOGÍA DE LA HISTERIA

1896

Tomo: I; Páginas: 299

Cita:

Cuando queremos formarnos una idea de la causación de un estado patológico como la histeria, emprendemos primero una investigación anamnésica, preguntando al enfermo a sus familiares a qué influencias patógenas atribuyen la emergencia de los síntomas neuróticos. Lo que así averiguamos surge, naturalmente, falseado por todos aquellos factores que suelen encubrir a un enfermo el conocimiento de su estado, o sea, por su falta de comprensión científica de las influencias etiológicas, por falsa conclusión de post hoc ergo propter hoc, y por el displacer de recordar determinados traumas y sucesos sexuales o de comunicarlos. Observamos, por tanto, en esta investigación anamnésica la conducta de no aceptar las opiniones del enfermo sin antes someterlas a un penetrante examen crítico, no consintiendo que los pacientes desvíen nuestra opinión científica sobre la etiología de la neurosis. Reconocemos, desde luego, la verdad de ciertos datos que retornan constantemente en las manifestaciones de los enfermos, tales como el de que su estado histérico es una prolongada consecuencia de una emoción pretérita; pero, por otro lado, hemos introducido en la etiología de la histeria un factor que el enfermo no menciona nunca y sólo a disgusto acepta: la disposición hereditaria. La escuela de Charcot, tan influyente en estas cuestiones, ve en la herencia la única causa verdadera de la histeria, y considera como meras causas ocasionales o «agentes provocadores» todos los demás factores dañosos, de tan diversa naturaleza e intensidad.

No se me negará que sería hartamente deseable la existencia de un segundo medio de llegar a la etiología de la histeria con mayor independencia de los datos del enfermo. Así, el dermatólogo puede reconocer la naturaleza luética de una lesión por sus características visibles y sin que le haga vacilar la oposición del paciente, que niega la existencia de una fuente de infección. Igualmente, el médico forense posee medios de precisar la cuasación de una herida sin tener que recurrir a la declaración del lesionado. Pues bien: en la histeria existe asimismo tal posibilidad de llegar al conocimiento de las causas etiológicas partiendo de los síntomas. Para esclarecer lo que este nuevo método es con respecto a la investigación anamnésica habitual, nos serviremos de una comparación basada en un progreso real alcanzado en un distinto sector científico.

LA ETIOLOGÍA DE LA HISTERIA

1896

Tomo: I; Páginas: 300

Cita:

Si queremos que los síntomas de un histeria nos revelen de un modo aproximadamente análogo la génesis de la enfermedad, habremos de tomar como punto de partida el importante descubrimiento de Breuer de que los síntomas de la histeria (con excepción de los estigmas) derivan su determinación de ciertos sucesos de efecto traumático vividos por el enfermo y reproducidos como símbolos mnémicos en la vida anímica del mismo. Ha de emplearse su método -u otro de naturaleza análoga- para dirigir retroactivamente la atención del sujeto desde el síntoma a la escena en la cual y por la cual surgió, y una vez establecida una relación entre ambos elementos, se consigue hacer desaparecer el síntoma, llevando a cabo en la reproducción de la escena traumática una rectificación póstuma del proceso psíquico en ella desarrollado.

LA ETIOLOGÍA DE LA HISTERIA

1896

Tomo: I; Páginas: 300

Cita:

Ha de saberse, en efecto, que la referencia de un _íntoma histérico a una escena traumática sólo trae consigo un progreso de nuestra comprensión etiológica cuando tal escena cumple dos condiciones esenciales. Ha de poseer adecuación determinante y fuerza traumática suficientes. Un ejemplo nos aclarará mejor que toda explicación estos conceptos. En un caso de vómitos histéricos creemos haber descubierto la cuasación del síntoma (excepto para un cierto residuo) cuando el análisis lo refiere a un suceso que hubo de provocar justificadamente en el paciente una intensa repugnancia; por ejemplo, en un accidente ferroviario, habremos de preguntarnos, insatisfechos, cómo un sobresalto puede producir precisamente vómitos. Falta aquí toda adecuación determinante. Otro caso de explicación insatisfactoria será, por ejemplo, la referencia de los vómitos al hecho de haber mordido el sujeto una fruta podrida. Los vómitos aparecen entonces determinados desde luego, por la repugnancia, pero no comprendemos que ésta haya podido ser tan poderosa como para eternizarse en un síntoma histérico. Falta en este caso la fuerza traumática.

LA ETIOLOGÍA DE LA HISTERIA

1896

Tomo: I; Páginas: 303-304

Cita:

El resultado principal de esta consecuente prosecución del análisis consiste en descubrirnos que en todo caso, y cualquiera que sea el síntoma que tenemos como punto de partida, llegamos ideductiblemente al terreno de la vida sexual. Quedaría así descubierta una de las condiciones etiológicas de los síntomas histéricos. La experiencia hasta hoy adquirida me hace prever que precisamente esta afirmación, o por lo menos su validez general, ha de despertar vivas contradicciones. O, mejor dicho, la tendencia a la contradicción, pues nadie puede aún apoyar su oposición en investigaciones llevadas a cabo por igual procedimiento y que hayan proporcionado resultados distintos. Por mi parte, sólo he de observar que la acentuación del factor sexual en la etiología de la histeria no corresponde, desde luego, en mí, a una opinión preconcebida. Los dos investigadores que me iniciaron en el estudio de la histeria, Charcot y Breuer, se hallaban muy lejos de tal hipótesis e incluso sentían hacia ella cierta repulsión personal, de la que yo participé en un principio. Sólo laboriosas investigaciones, llevadas a cabo con la más extremada minuciosidad, han podido convertirme -y muy lentamente, por cierto- a la opinión que hoy sustento. Mi afirmación de que la etiología de la histeria ha de buscarse en la vida sexual se basa en la comprobación de tal hecho den dieciocho casos de histeria y con respecto a cada uno de los síntomas; comprobación robustecida, allí donde las circunstancias lo han permitido, por el éxito terapéutico alcanzado. Se me puede objetar, desde luego, que los análisis diecinueve y veinte demostrarán, quizá, la existencia de fuentes distintas para los síntomas histéricos, limitando a un 80 por 100 la amplitud de la etiología sexual. Ya lo veremos. Mas, por lo pronto, como los dieciocho casos citados son también todos los que hasta ahora he podido someter al análisis, y como nadie hubo de molestarse en elegirlos para favorecerme, no extrañará que no comparta aquella esperanza y esté, en cambio, dispuesto a ir más allá de la fuerza probatoria de mi actual experiencia. A ello me mueve, además, otro motivo de carácter meramente subjetivo hasta ahora. Al tratar de sintetizar mis observaciones en una tentativa de explicación de los mecanismos fisiológico y psicológico de la histeria se me ha impuesto la intervención de fuerzas sexuales motivacionales como una hipótesis indispensables.

LA ETIOLOGÍA DE LA HISTERIA

1896

Tomo: I; Páginas: 305

Cita:

Ahora bien: obrando así, se llegaba a la primera infancia; esto es, a una edad anterior al desarrollo de la vida sexual, circunstancia a la cual parecía enlazarse una renuncia a la etiología sexual. Pero ¿no hay, acaso, derecho a suponer que tampoco a la infancia le faltan leves excitaciones sexuales y que quizá el ulterior desarrollo sexual es influido de un modo decisivo por sucesos infantiles? Aquellos daños que recaen sobre un órgano aún imperfecto y una función en vías de desarrollo suelen causar efectos más graves y duraderos que los sobrevenidos en edad más madura. Y quizá aquellas reacciones anormales a impresiones de orden sexual con las que nos sorprenden los histéricos en su pubertad tenga, en general, como base tales sucesos sexuales de la infancia, que habrían de ser, entonces, de naturaleza uniforme e importante. Llegaríamos así a la posibilidad de explicar como tempranamente adquirido aquello que hasta ahora achacamos a una predisposición, inexplicable, sin embargo, por la herencia. Y dado que los sucesos infantiles de contenido sexual sólo por medio de sus huellas mnémicas pueden manifestar una acción psíquica, tendríamos aquí un complemento de aquel resultado del análisis, según el cual sólo mediante la cooperación de los recuerdos pueden surgir síntomas histéricos.

LA ETIOLOGÍA DE LA HISTERIA

1896

Tomo: I; Páginas: 305-306

Cita:

NO es difícil adivinar que si he expuesto tan detalladamente el proceso mental que antecede es por ser el que después de tantas dilaciones ha de llevarnos, por fin, a la meta. Llegamos, en efecto, al término de nuestra penosa labor analítica y hallamos ya cumplidas todas las aspiraciones y esperanzas mantenidas en nuestro largo camino. Al penetrar con el análisis hasta la más temprana infancia, estos es, hasta el límite de la capacidad mnémica del hombre, damos ocasión al enfermo en todos los casos para la reproducción de sucesos que por sus peculiaridades y por sus relaciones con los síntomas patológicos ulteriores han de ser considerados como la búsqueda etiología de la neurosis. Estos sucesos infantiles son, nuevamente, de contenido sexual, pero de naturaleza mucho más uniforme que las escenas de la pubertad últimamente halladas. No se trata ya en ellos de la evocación del tema sexual por una impresión sensorial cualquiera, sino de experiencias sexuales en el propio cuerpo de relaciones sexuales (en un amplio sentido). Se me confesará que la importancia de tales escenas no precisa de más amplia fundamentación. Nos limitaremos a añadir que sus detalles nos revelan siempre aquellos factores determinantes que en las otras, posteriormente acaecidas y reproducidas con anterioridad, habíamos echado aún de menos.

LA ETIOLOGÍA DE LA HISTERIA

1896

Tomo: I; Páginas: 306-307

Cita:

Pero también otros, menos enemigos de las teorías psicológicas de la histeria, se inclinarán a preguntar, ante nuestros resultados analíticos, qué seguridades ofrece el empleo del psicoanálisis y si no es muy posible que tales escenas, expuestas por el paciente como recuerdos, no sean sino sugerencias del médico o puras invenciones y fantasías del enfermo. A esta objeción habré de replicar que los reparos de orden general, opuestos a la seguridad del método psicoanalítico, podrán ser examinados y desvanecidos una vez que realicemos una exposición completa de su técnica y de sus resultados. En cambio, los relativos a la autenticidad de las escenas sexuales infantiles pueden ya ser rebatidos hoy con más de un argumento. En primer lugar, la conducta de los enfermos mientras reproducen estos sucesos infantiles resulta inconciliable con la suposición de que dichas escenas no sean una realidad penosamente sentida y sólo muy a disgusto recordada. Antes del empleo del análisis no saben los pacientes nada de tales escenas y suelen rebelarse cuando se les anuncia su emergencia. Sólo la intensa coerción del tratamiento llega a moverlos a su reproducción; mientras atraen a su consciencia tales sucesos infantiles, sufren bajo las más violentas sensaciones, avergonzándose de ellas y tratando de ocultarlas, y aun después de haberlos vivido de nuevo, de modo tan convincente, intentan negarles crédito, haciendo constar que en su reproducción no han experimentado, como en la de otros elementos olvidados, la sensación de recordar. (Cfr. nota 183): agregación en 1924: "Todo esto es exacto, pero me hace pensar que en la época en que fue escrito no me había libertado aún de una estimación exagerada de la realidad e insuficiente de la fantasía".

LA ETIOLOGÍA DE LA HISTERIA

1896

Tomo: I; Páginas: 307

Cita:

Este último detalle me parece decisivo, pues no es aceptable que los enfermos aseguren tan resueltamente su incredulidad si por un motivo cualquiera hubiesen inventado ellos mismos aquello a lo que así quieren despojar de todo valor.

La sospecha de que el médico impone al enfermo tales reminiscencias, sugiriéndole su representación y su relato, es más difícil de rebatir, pero me parece igualmente insostenible. No he conseguido jamás imponer a un enfermo una escena por mí esperada, de manera que pareciese revivirla con todas sus sensaciones correspondientes. Quizá a otros les sea posible.

Existe, en cambio, toda una serie de garantías de la realidad en las escenas sexuales infantiles. En primer lugar, su uniformidad en ciertos detalles, consecuencia necesaria de las premisas uniformemente repetidas de estos sucesos, si no hemos de atribuirlos a un previo acuerdo secreto entre los distintos enfermos, y, además, el hecho de describir a veces los pacientes, como cosa inocente, sucesos cuya significación se ve que no comprenden, pues si no, quedarían espantados, o tocar, sin concederles valor, detalles que sólo un hombre experimentado conoce y sabe estimar como sutiles rasgos característicos de la realidad. (Cfr. la nota añadida en 1924: que cuando esto escribía no valoraba suficientemente la fantasía...)

LA ETIOLOGÍA DE LA HISTERIA

1896

Tomo: I; Páginas: 308

Cita:

b) Las experiencias sexuales infantiles, consistentes en la estimulación de los genitales, actos análogos al coito, etc., han de ser, pues, consideradas en un último análisis, como aquellos traumas de los cuales parten la reacción histérica contra los sucesos de la pubertad y el desarrollo de síntomas histéricos. Contra esta afirmación se alzarán, seguramente, desde distintos sectores, dos objeciones contrarias entre sí. Dirán unos que tales abusos sexuales, realizados por adultos con niños o por niños entre sí, son muy raros para poder cubrir con ellos la condicionalidad de una neurosis tan frecuente como la histeria. Observarán, en cambio, otros, que estos sucesos son, por el contrario, muy frecuentes, demasiado frecuentes para poder adscribirles una significación etiológica. Objetarán, además, que no resultaría difícil hallar multitud de personas que recuerdan haber sido objeto en su niñez de abusos sexuales y no han enfermado jamás de histeria. Por último, se nos opondrá como más poderoso argumento el de que en las capas sociales inferiores no surge, ciertamente, la histeria con mayor frecuencia que en las superiores, mientras que todo hace suponer que el precepto de la interdicción sexual de la infancia estransgredido con mucha mayor frecuencia entre los proletarios. (Cfr. objeciones...)

LA ETIOLOGÍA DE LA HISTERIA

1896

Tomo: I; Páginas: 309

Cita:

Me inclino, por tanto, a creer que sin una previa seducción no es posible para el niño emprender el camino de la agresión sexual. De este modo, las bases de las neurosis serían constituidas siempre por personas adultas, durante la infancia del sujeto, transmitiéndose luego los niños entre sí la disposición a enfermar más tarde de histeria. Si tenemos en cuenta que las relaciones sexuales infantiles, favorecidas pos la vida en común, son especialmente frecuentes entre hermanos o primos, y suponemos que doce o quince años más tarde surgen entre los jóvenes miembros de la familia varios casos de enfermedad, habremos de reconocer que esta emergencia familiar de la neurosis resulta muy apropiada para inducirnos a error, haciéndonos ver una disposición hereditaria donde no existe más que una pseudo-herencia y, en realidad, una infección transmitida en la infancia.

LA ETIOLOGÍA DE LA HISTERIA

1896

Tomo: I; Páginas: 309

Cita:

Examinemos ahora la otra objeción, basada precisamente en el reconocimiento de la frecuencia de los sucesos sexuales infantiles y en la existencia de muchas personas que recuerdan tales escenas y no han enfermado de histeria. A esta objeción habremos de replicar, en primer lugar, que la extraordinaria frecuencia de un factor etiológico no puede ser empleada como argumento contra su importancia etiológica. El bacilo de la tuberculosis flota en todas partes y es aspirado por muchos más hombres de los que luego enferman, sin que su importancia etiológica quede disminuida por el hecho de precisar de la cooperación de otros factores para provocar su efecto específico. Para concederle la categoría de etiología específica basta con que la tuberculosis no sea posible sin su colaboración. Lo mismo sucede en nuestro problema. Nada importa la existencia de muchos hombres que han vivido en su infancia escenas sexuales y no han enfermado luego de histeria; sí, en cambio, todos aquellos que padecen esta enfermedad han vivido tales escenas. El círculo de difusión de un factor etiológico puede muy bien ser más extenso que el de su efecto; lo que no puede ser más restringido. No todos los que entran en contacto con un enfermo de viruela o se aproximan a él contraen su enfermedad, y, sin embargo, la única etiología conocida de la viruela es el contacto.

LA ETIOLOGÍA DE LA HISTERIA

1896

Tomo: I; Páginas: 310

Cita:

¿Cuáles pueden ser, entonces, los factores que la «etiología específica» de la histeria necesita para producir realmente la neurosis? Es éste un tema que deberá ser tratado aparte y por sí solo. De momento me limitaré a señalar el punto de contacto en el que engranan los dos elementos de la cuestión: la etiología específica y la auxiliar. Habrá de tenerse en cuenta cierto número de factores: la constitución hereditaria y personal, la importancia interna de los sucesos sexuales infantiles y, sobre todo, su acumulación. Unas breves relaciones sexuales con un niño cualquiera, luego indiferente, serán mucho menos eficaces que las sostenidas durante varios años con un hermano. En la etiología de las neurosis, las condiciones cuantitativas alcanzan igual importancia que las cualitativas, constituyendo valores liminares, que han de ser traspasados para que la enfermedad llegue a hacerse manifiesta. De todos modos, no tengo por completa la anterior serie etiológica, ni creo resuelto con ella el problema de cómo no es más frecuente la histeria entre las clases inferiores. (Recuérdese, además, la extraordinaria difusión de la histeria masculina en la clase obrera, afirmada por Charcot.) Pero debo también advertir que yo mismo señalé hace pocos años un factor, hasta entonces poco atendido, al que atribuyo el papel principal en la provocación de la histeria después de la pubertad. Expuse en tal ocasión que la explosión de la histeria puede ser atribuida casi siempre a un conflicto psíquico, en el que una representación intolerable provoca la defensa del yo e induce a la represión. Por entonces no pude indicar en qué circunstancias logra esta tendencia defensiva del yo el efecto patológico de rechazar a lo inconsciente el recuerdo penoso para el yo y crear en su lugar un síntoma histérico. Hoy puedo yo completar mis afirmaciones añadiendo que la defensa consigue su intención de expulsar de la consciencia la representación intolerable cuando la persona de que se trata, sana hasta entonces, integra, en calidad de recuerdos inconscientes, escenas sexuales infantiles, y cuando la representación que ha de ser expulsada puede ser enlazada, lógica o asociativamente, a tal suceso infantil.

Teniendo en cuenta que la tendencia defensiva del yo depende del desarrollo moral e intelectual de la persona, comprendemos ya perfectamente que en las clases populares sea la histeria mucho menos frecuente de lo que habría de permitir su etiología específica.

LA ETIOLOGÍA DE LA HISTERIA**1896**

Tomo: I; Páginas: 310-311

Cita:

Volvamos ahora a aquel último grupo de objeciones, cuya réplica nos ha llevado tan lejos. Hemos oído y reconocido que existen muchas personas que recuerdan claramente sucesos sexuales infantiles y, sin embargo, no han enfermado de histeria. Este argumento es de por sí muy poco consistente, pero nos da pretexto para una importante observación. Las personas de este orden no pueden, según nuestra comprensión de la neurosis, enfermarse de histeria, o, por lo menos, enfermarse a consecuencia de las escenas conscientemente recordadas. En nuestros enfermos, dichos recuerdos no son nunca consistentes y los curamos precisamente de su histeria haciendo conscientes sus recuerdos inconscientes de las escenas infantiles. En el hecho mismo de haber vivido tales sucesos no podíamos ni precisábamos modificar nada. Vemos, pues, que no se trata tan sólo de la existencia de los sucesos sexuales infantiles, sino también de determinada condición psicológica. Tales escenas han de existir en calidad de recuerdos inconscientes, y sólo en cuanto y mientras lo son pueden crear y mantener síntomas histéricos. De qué depende el que estos sucesos dejan tras de sí recuerdos conscientes o inconscientes, si de su contenido, de la época de su acaecimiento o de influencias posteriores, son interrogaciones que plantean un nuevo problema, en el cual nos guardaremos muy bien de entrar por ahora. Haremos constar únicamente que el análisis nos ha aportado, como primer resultado, el principio de que los síntomas histéricos son derivados de recuerdos inconscientemente activos.

LA ETIOLOGÍA DE LA HISTERIA

1896

Tomo: I; Páginas: 311

Cita:

c) Para mantener nuestras afirmaciones de que los sucesos sexuales infantiles constituyen la condición fundamental, o, por decirlo así, la disposición de la histeria, si bien no crean inmediatamente los síntomas histéricos, sino que permanecen en un principio inactivos, y sólo actúan de un modo patógeno ulteriormente, al ser despertados como recuerdos inconscientes en la época posterior a la pubertad; para mantener estas afirmaciones, repetimos, hemos de contrastarlas con las numerosas observaciones que señalan ya la aparición de la histeria en la infancia anterior a la pubertad. Las dificultades que aquí pudieran surgir quedan resueltas al examinar con algún detenimiento los datos conseguidos en el análisis sobre las circunstancias temporales de los sucesos sexuales infantiles. Vemos entonces que la eclosión de síntomas histéricos comienza, no por excepción, sino regularmente, en los graves casos por nosotros analizados, hacia los ocho años, y que los sucesos sexuales que no muestran un efecto inmediato se extienden cada vez más atrás, hasta los cuatro, los tres e incluso los dos años de la vida del sujeto. Dado que la cadena formada por los sucesos patógenos no aparece interrumpida, en ninguno de los casos examinados, al cumplir ocho años el sujeto, hemos de suponer que esta edad, en la que tiene efecto la segunda dentición, forma para la histeria un límite, a partir del cual se hace imposible su causación. Aquellos que no han vivido anteriormente sucesos sexuales no pueden ya adquirir disposición alguna a la histeria. En cambio, quienes los han vivido pueden ya comenzar a desarrollar síntomas histéricos. La aparición aislada de la histeria anterior a este límite de edad (anterior a los ocho años) habría de interpretarse como un signo de madurez precoz. La existencia de dicho límite se halla probablemente enlazada a los procesos evolutivos del sistema sexual. El adelantamiento del desarrollo sexual somático es un fenómeno frecuente, y puede incluso pensarse en su impulsión por prematuros estímulos sexuales.

LA ETIOLOGÍA DE LA HISTERIA

1896

Tomo: I; Páginas: 312

Cita:

d) Pudiera también preguntárenos cómo es posible que el recuerdo de los sucesos sexuales infantiles desarrolle tan magnos efectos patógenos cuando el hecho mismo de vivirlos no provocó trastorno alguno. Realmente, no estamos habituados a observar que de una imagen mnémica emanen fuerzas de las que careció la impresión real. Se advertirá, además, con cuánta consistencia se mantiene en la histeria el principio de que sólo los recuerdos pueden producir síntomas. Todas las escenas posteriores, en las cuales nacen los síntomas, no son verdaderamente eficaces, y los sucesos a los que corresponde eficacia auténtica no producen en un principio efecto alguno. Pero nos hallamos aquí ante una cuestión que podemos muy bien desglosar de nuestro tema. Sentimos, ciertamente, la necesidad de llevar a cabo una síntesis de toda la serie de singulares condiciones a cuyo conocimiento hemos llegado. Para la producción de un síntoma histérico es necesario que exista una tendencia defensiva contra una representación penosa; esta representación ha de hallarse enlazada lógica y asociativamente con un recuerdo inconsciente, por conducto de elementos intermedios más o menos numerosos, que por el momento permanecen también inconscientes; el contenido de dicho recuerdo inconsciente ha de ser necesariamente sexual y consistir en un suceso acaecido en determinado período infantil, y no podemos menos de preguntarnos cómo es posible que este recuerdo de un suceso inocuo en su día tenga a posteriori el efecto anormal de llevar a un resultado patológico un proceso psíquico como el de la defensa, permaneciendo por sí mismo inconsciente en todo ello.

No obstante, habremos de decirnos que se trata de un problema puramente psicológico, cuya solución hace necesarias ciertas hipótesis sobre los procesos psíquicos normales y sobre el papel que en ellos desempeña la consciencia, pero que de momento puede quedar insolucionado, sin que ello disminuya el valor de nuestros descubrimientos sobre la etiología de los fenómenos histéricos.

LA ETIOLOGÍA DE LA HISTERIA

1896

Tomo: I; Páginas: 313

Cita:

La fuerza determinante de las escenas infantiles se oculta a veces tanto, que un análisis superficial no logra descubrirla. Creemos entonces haber hallado la explicación de cierto síntoma en el contenido de alguna de las escenas posteriores; pero al tropezar luego, en el curso de nuestra labor, con una escena infantil de idéntico contenido, reconocemos que la escena ulterior debe exclusivamente su capacidad de determinar síntomas a su coincidencia con la anterior. No queremos, por tanto, negar toda importancia a las escenas posteriores. Si se me planteara la labor de exponer aquí las reglas de la producción de síntomas histéricos, habría de reconocer como una de ellas la de ser elegida para síntoma aquella representación que es hecha resaltar por la acción conjunta de varios factores y despertada simultáneamente desde diversos lados, regla que en otro lugar he tratado de expresar con el aserto de que los síntomas histéricos se hallan superdeterminados.

LA ETIOLOGÍA DE LA HISTERIA

1896

Tomo: I; Páginas: 314

Cita:

Hemos dejado antes aparte, como tema especial, la relación entre la etiología reciente y la infantil. Pero no queremos abandonar la cuestión sin transgredir, por lo menos con una observación nuestro anterior propósito. Ha de reconocerse la existencia de un hecho que desorienta nuestra comprensión psicológica de los fenómenos histéricos y parece advertirnos que nos guardemos de aplicar una misma medida a los actos psíquicos de los histéricos y de los normales. Nos referimos a la desproporción comprobada en el histérico entre el estímulo psíquicamente excitante y la reacción psíquica, desproporción que tratamos de explicar con la hipótesis de una excitabilidad general anormal o, en un sentido fisiológico, suponiendo que los órganos cerebrales dedicados a la transmisión presentan en el enfermo un especial estado psíquico o se han sustraído a la influencia coercitiva de otros centros superiores. No quiero negar que ambas teorías pueden proporcionarnos en algunos casos una explicación exacta de los fenómenos histéricos. Pero la parte principal del fenómeno, la reacción histérica anormal y exagerada a los estímulos psíquicos, permite una distinta explicación, en cuyo apoyo pueden aducirse infinitos ejemplos extraídos del análisis. Esta explicación es como sigue: La reacción de los histéricos sólo aparentemente es exagerada; tiene que parecernoslo porque no conocemos sino una pequeña parte de los motivos a que obedece.

En realidad esta reacción es proporcional al estímulo excitante y, por tanto, normal y psicológicamente comprensible. Así lo descubrimos en cuando el análisis agrega a los motivos manifiestos, conscientes en el enfermo, aquellos otros motivos que han actuado sin que el enfermo los conociese ni pudiera, por tanto, comunicarlos.

Podría llenar página tras página con la demostración del importante principio antes enunciado en todos y cada uno de los elementos de la actividad psíquica total de los histéricos, pero habré de limitarme a exponer algunos ejemplos. Recuérdese la frecuente susceptibilidad psíquica de los histéricos, que ante la menor desatención reaccionan como si de una mortal ofensa se tratase. ¿Qué pensaríamos si observásemos una tan elevada susceptibilidad ante motivos insignificantes entre dos personas normales; por ejemplo, en un matrimonio? Deduciríamos que la escena conyugal presenciada no era únicamente el resultado del último motivo insignificante y que en el ánimo de los protagonistas habían ido acumulándose poco a poco materias detonantes que el último pretexto había hecho estallar en su totalidad.

En la histeria sucede lo mismo. No es la última insignificante molestia la que produce el llanto convulsivo, el ataque de desesperación y el intento de suicidio, contradiciendo el principio de la proporcionalidad entre el efecto y la causa. Lo que pasa es que dicha mínima mortificación actual ha despertado los recuerdos de múltiples

e intensas ofensas anteriores, detrás de las cuales se esconde aún el recuerdo de una grave ofensa jamás cicatrizada, recibida en la infancia. Igualmente cuando una joven se dirige los más espantosos reproches por haber permitido que un muchacho acariciase secretamente su mano y contrae a partir de aquel momento una neurosis, puede pensarse en un principio que se trata de una persona anormal, excéntrica e hipersensitiva, pero no tardaremos en cambiar de idea al mostrarnos el análisis que aquel contacto recordó a la sujeto otro análogo experimentado en su niñez y enlazado con circunstancias menos inocentes, de manera que sus reproches se refieren en realidad a aquella antigua historia. Por último, el enigma de los puntos histerógenos encuentra también aquí su explicación. Al tocar uno de tales puntos realizamos algo que no nos proponíamos. Despertamos un recuerdo que puede provocar un ataque de convulsiones, y cuando se ignora la existencia de tal elemento psíquico intermedio se ve en el ataque un efecto directo del contacto. Los enfermos comparten tal ignorancia y caen, por tanto, en errores análogos, estableciendo constantemente falsos enlaces entre el último motivo consciente y el efecto dependiente de tantos elementos intermedios. Pero cuando se ha hecho posible al médico reunir para la explicación de una reacción histérica los motivos conscientes y los inconscientes, se ve obligado a reconocer que la reacción del enfermo, aparentemente exagerada, es casi siempre proporcionada y sólo anormal en su forma.

LA ETIOLOGÍA DE LA HISTERIA

1896

Tomo: I; Páginas: 314-315

Cita:

En la histeria sucede lo mismo. No es la última insignificante molestia la que produce el llanto convulsivo, el ataque de desesperación y el intento de suicidio, contradiciendo el principio de la proporcionalidad entre el efecto y la causa. Lo que pasa es que dicha mínima mortificación actual ha despertado los recuerdos de múltiples e intensas ofensas anteriores, detrás de las cuales se esconde aún el recuerdo de una grave ofensa jamás cicatrizada, recibida en la infancia. Igualmente cuando una joven se dirige los más espantosos reproches por haber permitido que un muchacho acariciase secretamente su mano y contrae a partir de aquel momento una neurosis, puede pensarse en un principio que se trata de una persona anormal, excéntrica e hipersensitiva, pero no tardaremos en cambiar de idea al mostrarnos el análisis que aquel contacto recordó a la sujeto otro análogo experimentado en su niñez y enlazado con circunstancias menos inocentes, de manera que sus reproches se refieren en realidad a aquella antigua historia. Por último, el enigma de los puntos histerógenos encuentra también aquí su explicación. Al tocar uno de tales puntos realizamos algo que no nos proponíamos. Despertamos un recuerdo que puede provocar un ataque de convulsiones, y cuando se ignora la existencia de tal elemento psíquico intermedio se ve en el ataque un efecto directo del contacto. Los enfermos comparten tal ignorancia y caen, por tanto, en errores análogos, estableciendo constantemente falsos enlaces entre el último motivo consciente y el efecto dependiente de tantos elementos intermedios. Pero cuando se ha hecho posible al médico reunir para la explicación de una reacción histérica los motivos conscientes y los inconscientes, se ve obligado a reconocer que la reacción del enfermo, aparentemente exagerada, es casi siempre proporcionada y sólo anormal en su forma.

Contra esta justificación de la reacción histérica a estímulos psíquicos se objetará con razón que de todos modos no se trata de una reacción normal, pues los hombres sanos se conducen de muy distinto modo, sin que actúen en ellos todas las excitaciones pasadas cada vez que se presenta un nuevo estímulo. Se experimenta así la impresión de que en los histéricos conservan su eficacia todos los sucesos pretéritos a los que ya han reaccionado con tanta frecuencia y tan violentamente, pareciendo estos enfermos incapaces de llevar a cabo una descarga de los estímulos psíquicos. Hay en esto algo de verdad. Pero no debe olvidarse que los antiguos sucesos vividos por los enfermos actúan al ser estimulados por un motivo actual como recuerdos inconscientes. Parece así como si la dificultad de descarga y la imposibilidad de transformar una impresión actual en un recuerdo inofensivo dependieran precisamente de los caracteres peculiares de lo psíquico inconsciente. Como se ve, el resto del problema es nuevamente psicología, y psicología de un orden muy distinto al estudiado hasta ahora por los filósofos.

LA ETIOLOGÍA DE LA HISTERIA

1896

Tomo: I; Páginas: 315

Cita:

A esta psicología que hemos de crear para nuestras necesidades -a la futura psicología de las neurosis- de remitirme también al exponer como final algo en lo que se verá, quizá, al principio, un obstáculo a nuestra iniciada comprensión de la etiología de la histeria. He de afirmar, en efecto, que la importancia etiológica de los sucesos sexuales infantiles no aparece limitada al terreno de la histeria, extendiéndose también a la singular neurosis obsesiva e incluso, quizá, a la paranoia crónica y a otras psicosis funcionales. No puedo hablar aquí con la precisión deseable, porque el número de mis análisis de neurosis obsesivas es aún muy inferior al de histeria. Con respecto a la paranoia, sólo dispongo de un único análisis suficiente y algunos otros fragmentarios. Pero lo que en estos casos he hallado me ofrece garantías de exactitud y me promete resultados positivos en futuros análisis. Se recordará, quizá, que en ocasiones anteriores he sostenido ya la síntesis de la histeria y la neurosis obsesiva bajo el título de neurosis de defensa, aunque no había llegado aún al descubrimiento de su común etiología infantil. Añadiré ahora que todos mis casos de representaciones obsesivas me han revelado un fondo de síntomas histéricos, en su mayoría sensaciones y dolores, que podían ser referidos precisamente a los más antiguos sucesos infantiles. ¿Qué es lo que determina que de las escenas sexuales infantiles haya de surgir luego, al sobrevenir los demás factores patógenos, bien la histeria, bien la neurosis obsesiva o incluso la paranoia? Esta extensión de nuestros conocimientos parece disminuir el valor etiológico de dichas escenas, despojando de su especialidad a la relación etiológica.

LA ETIOLOGÍA DE LA HISTERIA

1896

Tomo: I; Páginas: 316

Cita:

No me es posible dar todavía una respuesta precisa a esta interrogación, pues no cuento aún con datos suficientes. He observado, hasta ahora, que las representaciones obsesivas se revelan siempre en el análisis como reproches, disfrazados y deformados, correspondientes a agresiones sexuales infantiles, siendo, por tanto, más frecuentes en los hombres que en las mujeres, y desarrollándose en aquéllos con mayor frecuencia que la histeria. De este hecho puede deducirse que el carácter activo o pasivo del papel desempeñado por el sujeto en las escenas sexuales infantiles ejerce una influencia determinante sobre la elección de la neurosis ulterior.